

**MUNDO**

**INFIERNO**

**PHILIP JOSÉ FARMER**



**Lectulandia**

Jack Cull, muerto en la Tierra en un accidente de automóvil, vive ahora en un extraño mundo hueco, encerrado en sí mismo, todo él construido de piedra y arena, y que es una versión moderna, cruelmente sofisticada, del infierno tradicional.

Pero se trata de un infierno muy particular, donde no existe más dolor que el no saber a dónde conduce una existencia vacía, donde la gente que muere resucita al poco tiempo en idénticas condiciones que antes, y donde los demonios, detentadores antes del poder en aquel mundo infernal, son ahora los esclavos de los seres humanos.

**Lectulandia**

Philip José Farmer

# **Mundo Infierno**

ePub r1.2

algarri 24.06.14

Título original: *Inside Outside*

Philip José Farmer, 1964

Traducción: S. Castro

Retoque de cubierta: algarri

Ilustraciones: algarri

Editor digital: algarri

Corrección de erratas: r1.2 Bofeton

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



---

Flotaba en el vacío crepuscular.

Abrazados, el mentón de cada uno de ellos apoyado en el hombro del otro, girando alrededor de un eje común, en un giro interminable.

A su alrededor —no existía ni arriba ni abajo—, no había nada. Nada excepto el invisible aire que los empujaba hacia el centro de la esfera, hacia el sol oculto tras una nube de polvo.

Jack Cull abrazaba estrechamente a Phyllis Nilstrom, mientras miraba fijamente por encima del hombro de ella. Al cabo de un cierto tiempo, imposible de determinar con precisión en aquel momento donde el sol permanecía siempre fijo en el mismo lugar del cielo vio aparecer una pequeña mancha. Su corazón empezó a latir apresuradamente. Luego la mancha aumentó de tamaño. Cull comprendió que no se dirigía directamente hacia ellos. No era, como creyó al principio, uno de los despojos producidos por el cataclismo, un edificio, un árbol o la arrancada cúspide de una montaña. Su forma era la de un ser vivo, pero no tenía la menor semejanza con ninguna de las criaturas que había conocido Cull en aquel mundo.

El ser hizo un giro y cambió de dirección, obviamente porque había divisado a los dos seres humanos.

Se les acercó, y Cull adivinó que se trataba de uno de los miembros de la nueva especie, del tercero de los grupos llamados a poblar aquel mundo.

La vista de aquella monstruosa aparición no le aterró en absoluto. Había pasado últimamente por demasiadas pruebas como para poder sentir aún alguna emoción. Ni siquiera dedicó toda su atención a la extraña criatura, su pensamiento perseguía sin cesar la imagen de una Tierra que recordaba pero que jamás había visto, que durante un momento había esperado ver, pero que ahora sabía no podría ver jamás.

Y evocaba aquella época aún reciente en que los hombres medían el tiempo en función de sus períodos de sueño y de vela, cuando las circunstancias eran distintas. En aquella época, Cull, ignorando la verdad pero queriendo descubrirla, había conocido la esperanza. Pese a todas las pruebas que demostraban lo contrario, siempre se había negado a admitir que se encontraba en el Infierno. Ya que aquel

mundo no era un mundo físico que obedeciera a leyes físicas... aunque algunas cosas fueran difícilmente explicables.

Ahora sabía que no se trataba de un mundo metafísico, que todas las cosas tenían su explicación, que cada elemento era gobernado según principios inmutables. El mismo principio de casualidad que regía en la Tierra era aplicable aquí.

Pero aquel otro lejano día, aquel día en que pensando, no había estado tan seguro de todo ello.



---

El desierto de la Muerte era, según los antiguos, el arcaico Infierno, cuyos fuegos se habían apagado. Jack Cull había observado tan a menudo este desierto, a través de la ventana de su apartamento en lo alto de la torre, que comprendía lo que quería decir. Aquella montaña, mientras tomaba su café —un sucedáneo de café instantáneo hecho de hojas de árbol de roca machacadas—, mantenía los ojos fijos en los techos y las paredes de la ciudad y en toda la extensión del desierto.

Tan lejos como alcanzaba su vista —no existía el horizonte—, no se podía ver más que arena. Aquí y allá se levantaban abruptas montañas. Al igual que el desierto, estaban desprovistas de todo árbol, de todo arbusto, de la menor vegetación. A su alrededor no había más que arena, sol y vapores de gases tóxicos emanados de las grietas en el suelo.

Aquella mañana (?), como de costumbre, Cull miraba hacia arriba, hacia las montañas, preguntándose si era cierto lo que se decía de ellas. Corrían tantos rumores por la ciudad, y tan pocos eran dignos de crédito. Pero era bueno conservar algo de esperanza en el corazón, acunarla, albergarla, insuflarle algo de vida... Y corría el rumor de que, si un hombre conseguía atravesar el desierto hasta las montañas, podría escapar del propio Infierno. Además, si no fuera así, ¿por qué habrían erigido aquella barrera entre la ciudad y las montañas?

Lo malo de aquel rumor era que Cull podía ver con sus propios ojos que no había nada más allá del desierto.

No, no era exactamente así. De hecho, Cull no podía ver nada más allá de la extensión de arena debido a que ésta descubría una curva ascendente hasta un punto donde el desierto quedaba oculto tras una bruma.

No existía cielo. O si existía, no era más que una prolongación del propio suelo.

Aquél era un mundo donde el cielo no era azul, donde el sol permanecía siempre inmóvil en el cenit, donde no se podía encontrar una sombra más que bajo un techo o cerca de un muro que formaba un plano inclinado.

Un antiguo le había dicho a Cull que, antes, ocurría a veces que, en el borde del mundo, un hombre perdiera el equilibrio y cayera. Pero, había añadido su informador,

luego las cosas habían cambiado... y no para mejorar. El Infierno era un compromiso entre los conceptos terrestres y los infernales. Y allí estos compromisos parecían ir siempre de mal en peor.

—Hay que aceptar los compromisos —había murmurado Cull.

«¿Pero para qué?», se preguntaba.

Cull se dedicó de nuevo a su desayuno, mientras examinaba con disgusto su apartamento: cuatro paredes de piedra, una cama de piedra, un banco de piedra, una mesa de piedra, todo ello tallado respectivamente en granito, diorita, toba volcánica y piedra caliza. La mesa de piedra conservaba la huella de los codos quitinosos de los «demonios» que, por toda la eternidad (?), se habían apoyado en ella. El banco de piedra estaba gastado en su parte central, en el lugar donde callosas y escamosas posaderas habían estado frotando durante miles de siglos.

¿El desayuno? En una escudilla de cuarzo había una sopa compuesta por maná y unos filamentos amarrados, una especie de pasta fibrosa proveniente de las hojas del árbol de roca. Estos árboles constituían la única vegetación de aquel mundo, y si existían, pensaba Cull, era debido a que los seres humanos tenían necesidad de una materia prima, ya que no siendo espíritus puros sino seres de carne y sangre, que respiraban y sangraban y poseían una boca, dientes e intestinos, debían absorber una comida consistente. La otra razón de la existencia de los árboles de roca era que se necesitaba un generador de oxígeno y un consumidor de anhídrido carbónico. Aquel universo, aunque cerrado, era tan físico como la Tierra de donde provenían los seres humanos.

Tras haber comido su sopa y bebido otra taza de café, Cull se afeitó con una navaja sílex. Había que mantener las apariencias: el orgullo no estaba prohibido, y los desafiantes bigotes estaban de moda.

Pero, mientras pasaba por segunda vez la navaja por su rostro, se produjo una nueva sacudida sísmica. El suelo se combó, los bloques de piedra que formulaban las paredes se agrietaron literalmente. Cull se apoyó en la mesa y siguió afeitándose: no iba a dejarse impresionar por cosas como aquélla. El universo podía continuar su expansión si quería; él no se alteraría por ello.

Pero al universo tampoco le importaba lo que pensara él al respecto.

El resultado fue que se produjo un corte en el cuello. Pero tuvo la suerte (¿o la desgracia?), de fallar por un ápice la yugular.

Maldiciendo, se dirigió hacia la ventana para echar una mirada al exterior.

¡El infierno se había desencadenado en el Infierno!

A lo lejos (hay que recordar que allí no existía horizonte) apareció una delgada línea sinuosa. Avanzó hacia él, hacia la ciudad, aumentando de tamaño a medida que se acercaba, dilatándose hasta descomponerse en dos paredes que formaban una dura arista parecida al estrave de un buque. Y, como si de un buque se tratara, aquella

rugiente masa avanzaba por encima de la arena del desierto dando ante ella enormes olas y nubes de polvo, como una nave del desierto movida por el furor de Dios. Tras la proa se elevaban enormes torres de piedra parecidas a grandes mástiles. Por las puertas y ventanas de aquellas torres surgían llamas. Una llameante nave de piedra se deslizaba por la arena para lanzarse al abordaje de la ciudad donde vivía Cull.

—¡Cuidado! —gritó éste—. ¡Va a aplastarnos!

Toneladas y toneladas de gigantescos bloques de granito se precipitaban a setenta kilómetros por hora contra la ciudad, constituida a su vez por toneladas y toneladas de bloques de piedra. Cull, que había visto tanto que creía que ya no podría gritar jamás, gritó. Gritó pese a que ya había visto antes aquel mismo fenómeno y que sabía —o creía saber— que la colisión no llegaría a producirse nunca.

De hecho, no se produjo. La gran ciudad, que parecía a punto de engullir a Cull tras triturar su carne bajo las enormes masas de granito de sus paredes, se inmovilizó de repente. Sus paredes no estaban a más de cinco metros de Cull.

En el momento en que se cortaron los aullidos que ascendían de las calles bajo su ventana, se produjo un tremendo silencio. Luego, la gran ciudad construida como si fuera una nave empezó a retroceder. O más bien —Cull lo sabía de sus anteriores experiencias—, pareció retroceder, al igual que antes había parecido avanzar hacia ellos. Era un espejismo, el reflejo de una ciudad situada a Dios sabía cuántos miles de kilómetros de allá. A veces, en el curso de los seísmos, se producían extrañas perturbaciones atmosféricas. Un día había sido su propia ciudad la que se había lanzado a través de la enorme extensión de arena. Cull había tenido entonces la oportunidad de verse a sí mismo mirando horrorizado aquel espectáculo desde su propia ventana de la torre.

Ahora, la ciudad de las torres en llamas había desaparecido ya. Nunca se permitiría que se establecieran relaciones o cualquier tipo de comercio entre cristianos y budistas. Cada cual debía sufrir su propio infierno. Las Autoridades velaban por ello.

Pero si las Autoridades eran tan hábiles, se dijo Cull, ¿por qué no habían empezado por establecer un Infierno lo suficientemente grande? A menos que hubieran combinado las cosas precisamente de tal modo para que, a cada sacudida, golpeasen con su horror a los seres humanos; que se preguntarían a cada ocasión si esta vez los dos Infiernos no terminarían estrellándose el uno contra el otro.

Llevándose la mano al cuello, Cull la retiró húmeda de sangre. Había olvidado que se había cortado con el sílex.

Chupó la sangre de sus dedos, y meditó acerca de su gusto ligeramente salado, de su color rojo y del hecho de que era su propia sangre. Los placeres eran raros en aquel lugar, y era preciso hacer extrañas cosas para procurárselos. Cull conocía a un hombre que, una vez tendido sobre su espalda, conseguía doblarse prácticamente en

dos para, seguidamente...No: era mejor no proseguir. Cull no podía soportar el pensar en ello, no porque lo encontrara de mal gusto o vulgar o contra natura, sino porque detestaba a aquel hombre que podía conseguir de sí mismo un placer que él no se podía dar.

La sangre seguía brotando gota a gota. El pensamiento de que podía morir desangrado no preocupaba en absoluto a Cull, pero debía poner remedio a aquello. La ínter, para la que trabajaba, exigía de sus empleados un aspecto irreprochablemente presentable. Sin contar con que la vista de la sangre podía excitar a los hombres y mujeres que vagabundeaban por la ciudad y causarle a Cull problemas incluso sufrimientos sin fin.

Así pues, telefoneó a su médico, que ocupaba una pequeña habitación en el más profundo subsuelo del inmueble. (¿Teléfonos en el Infierno? ¿Por qué no? Eran obra de aquéllos que habían llegado allí antes que el hombre, los «demonios». Una enorme red de líneas telefónicas cruzaba la ciudad, fijadas no en postes de madera sino a las cabezas de las gárgolas que en gran número surgían de las fachadas de todos los edificios).

El pobre diablo del médico estaba ocupado curando a otro enfermo, pero como Cull era un personaje más importante que el otro, estuvo en su apartamento en cinco minutos. El doctor B. O., como era comúnmente llamado, era un demonio de aspecto huraño y cansado. En otros tiempos había sido un espécimen espléndido, un gigante de magnífica apostura. Pero estaba físicamente cansado, y su mente, que formaba una sola identidad con su cuerpo, estaba agotada, si no aniquilada.

Abrió su pequeño maletín negro, aplicó algo en la herida para cerrarla, y la recubrió con un extraño unguento.

—¿Qué ha provocado esta vez la sacudida sísmica? —preguntó Cull.

El médico, cuyos oscuros ojos brillaban, respondió con voz cansada:

—Una nueva hambruna en China.

Su voz era ronca por el agotamiento mientras daba esta explicación. Medio millón de almas encerradas en su envoltura carnal habían penetrado en el Infierno en el transcurso de la noche. Y el Infierno se había dilatado para hacerles sitio. Y de ahí la tensión experimentada por aquel universo sin límites pero sin embargo limitado, la proyección hacia el exterior de la ciudad budista, las grietas en el suelo, la conmoción y en algunas ocasiones incluso el derrumbe de edificios. ¿Un espejismo la otra ciudad? ¡Oh, no, absolutamente no!

El doctor B. O. sabía lo que significaba todo aquello para él y sus colegas: más trabajo, menos horas de sueño. Estaba tan cansado, que incluso se atrevió a quejarse ante Cull. Claro que conocía la extrema indulgencia de éste y sabía que no lo iba a echar de allí. Incluso suponía, estuviera o no equivocado, que pertenecía al movimiento clandestino de los abolicionistas

—No me fastidies con tus recriminaciones —le dijo Cull—. Todos estamos metidos en el mismo barco.

—Sí —respondió el demonio con tono quejumbroso. Cerró de golpe su pequeño maletín negro y se dirigió hacia el teléfono, puesto que sabía que en unos instantes iban a llamarlo—. Sí, estamos todos metidos en el mismo barco. Pero usted es un pasajero de primera clase en un trasatlántico de lujo, mientras que yo no soy más que un fogonero.

—Hubo un tiempo en que era todo lo contrario —le hizo notar Cull.

El teléfono sonó, y Cull acudió a responder. Era para el otro. Llamándolo, decidió dejar irse al doctor B. O. ¿Para qué seguir discutiendo? Antes, cuando aquel mundo era pequeño y estaba construido según el modelo tolomeico, los «demonios», o «Arganus», como se llamaban a sí mismos, les ganaban en número a los hombres. Gobernaban aquel lugar como puede hacerlo cualquier mayoría arrogante y llena de prejuicios. Luego, cuando aquel lugar —llamémosle Infierno— fue remodelado según la estructura copernicana y la humanidad terrestre empezó a crecer en una progresión geométrica, los demonios se hallaron de repente en minoría.

Un cambio completo de la situación. Incluso aquí las cosas cambiaban. Era normal, puesto que el Infierno no era más que una imagen de la Tierra.

Pero los cambios no representan siempre una mejora. Según los demonios, había ocurrido lo contrario. Ahora, los demonios no constituían más que una pequeña fracción de la población total. La fuerza del número se convierte en derecho. Los demonios, hasta entonces dueños, se convirtieron en esclavos. Y la esclavitud era algo legal y justo, ya que solo los seres humanos poseían derechos cívicos. Y los demonios no eran seres humanos. Por mentirosos que fueran, nunca se atrevían a pretenderlo. Y por otro lado, sin los demonios, ¿hubieran estado los seres humanos en el Infierno?

El doctor B. O. soltó el receptor y salió apresuradamente de la estancia, rápido y luminoso como un relámpago.

El receptor quedó descolgado...negligencia imperdonable por la que iba a pagar inmediatamente. Cull no se había vuelto indiferente hasta el punto de rehusar una ocasión como aquella. Tomó el aparato y escuchó, esperando oír algo que se saliera de lo habitual. En los primeros instantes no oyó nada más que el ronroneo de la línea. Luego, una voz con acento eslavo pronunció:

—... en alguna parte, muy al fondo. Sin duda debido a que es el único lugar donde hasta ahora no hemos ido nunca. Buscad en los albañales.

Luego hubo un clic. Cull colgó el receptor, tomó su maletín de cuero y salió. Buscad en los albañales, se repitió. ¿Qué diablos significaba aquella frase? ¿Buscar qué?

Cuando llegó a la calle, dejó de pensar inmediatamente en todo aquello.



---

Afuera, se había formado un nutrido grupo de gente en torno a un cadáver aplastado por un bloque de granito que el seísmo había hecho caer. No era la muerte en sí lo que aterraba o atraía a los transeúntes, sino tan solo los efectos que esta muerte traía consigo los que les incitaban a permanecer de pie cerca del cadáver, olvidando que tal vez algún trabajo urgente los reclamara en otro lado.

Cull aguardó también. Iba ya retrasado para llegar a su trabajo, pero no tenía intención de perderse el espectáculo, aunque aquello representara ser despedido de la ínter. El despido sería terrible para él, ya que perder su trabajo representaba el Infierno, pero quería ver todo el proceso que desencadenaba aquella muerte.

Oyó a lo lejos el primer y débil mugido de la sirena. Sonaba aún muy lejana, de modo que Cull supo que tenía tiempo de entrar en una tienda para comprar, o intentar comprar, tabaco y papel para liar cigarrillos. El propietario de la tienda no estaba allí. Su esclavo, un enorme demonio negro a quien le gustaba hacerse llamar Tío Tom, estaba recogiendo algunos artículos que la sacudida sísmica había hecho caer del mostrador y las estanterías. Levantó los ojos hacia Cull, esbozando una sonrisa que hizo brillar en su rostro profundamente negro unos dientes color dentífrico. Era mucho más negro que todos los seres humanos negros, ya que los negros más negros no son realmente negros, sino tan solo de un color marrón muy oscuro. Su lanudo pelo estaba cortado a cepillo, y tenía unos labios tan gruesos como los que les pintan a los congoleños en las caricaturas.

—Buenos días, zeñó Cull —dijo—. ¿Qué hazéis por aquí zeñó Cull, mi amo, zu zeñoría?

—Tienes ganas de que te azoten las posaderas, ¿eh, Tío Tom? —dijo Cull.

Inmediatamente lamentó haber pronunciado aquellas palabras, ya que Tío Tom le había empujado a pronunciarlas, y estaba seguro de que las diría.

—¡Oh, zeñó, amo Cull! ¡No he querido ofendé al zeñó, por zupuezto! ¡Yo no zoy máz que un pobre viejo negro, zu zeñoría! Un pobre morenito que quiere llevarze bien con loz hombrez blancoz. Por favor, no me peguéiz. Lameré vueztraz botaz, bezaré vueztraz manoz, como deben hazer loz buenoz para nada como yo. Zoy tan

zolo un pobre viejo morenito, zeñó.

—¡Por el amor de Dios, cállate! —ordenó Cull. Se sentía exasperado: el demonio había encontrado el mejor medio de irritar y exasperar a los seres humanos. Y si alguien le recordaba a Tío Tom que, no siendo humano, no tenía por qué hablar como un negro de opereta, él respondía rápidamente que, según los propios seres humanos, tampoco los negros eran en realidad dignos de ser considerados como seres humanos.

Por otro lado, y si uno creía en sus palabras, Tío Tom era en realidad un ángel negro, de modo que, incluso antes de la Caída, siempre había hablado así. Pretendía haber sido el criado del propio Ángel San Miguel. Luego se echaba a reír, mostrando sus brillantes colmillos, y decía que la Caída no había sido tan terrible para él; al fin y al cabo en el Cielo nunca había estado mejor situado que aquí. Pero quizá había habido en realidad una Caída en el sentido de que San Miguel era una persona de calidad, mientras que aquí abajo el pobre Tío Tom debía contentarse con servir a unos pobres blancos.

Llegado a esta parte de su discurso, Tío Tom recibía indefectiblemente algún que otro golpe, patada o azotaina en el trasero, lo cual no le producía el menor daño, y por el contrario hacía aullar generalmente de dolor al que le infligía el castigo. Si éste se hallaba suficientemente encolerizado, amenazaba con lincharlo. Entonces Tío Tom caía generalmente de rodillas y levantaba los brazos al aire para implorar el perdón de su verdugo. Y durante todo este tiempo se divertía enormemente. El que lo amenazaba lo sabía perfectamente, pero no podía hacer otra cosa que insultarlo y seguir amenazándolo. Si se produjera un linchamiento las Autoridades actuarían rápidamente, y los participantes serían severamente castigados: la ley le hacía respetar aquí tanto como en cualquier otro lado.

Por otra parte, Tío Tom no se atrevía a abandonar su empleo: la ley se aplicaba a él tanto como a cualquier otro.

—¿Dónde está el propietario? —preguntó Cull, sabiendo que Tío Tom se regocijaba interiormente de su embarazo.

—Oh, zeñó, él ez prezizamente quien eztá ahí afuera, Bajo el bloque de granito. Pobre zeñó, muy pronto eztará en la tumba negra y fría.

Esto era una mentira, y Tío Tom lo sabía tan bien como Cull. No existía tumba para nadie en aquel mundo encerrado en sí mismo. No al menos por mucho tiempo.

Y quizá Tío Tom mintiera también acerca de la identidad del cadáver que yacía bajo el bloque de piedra.

—Especie de diablo negro —dijo Cull—, estás buscando inducirme a la tentación de tomar un puñado de tabaco y huir con él hacia la calle ¿no? Y apenas salga te pondrás a gritar hasta desgañitarte: ¡Al ladrón! ¡Detened el ladrón!

El rostro de Tío Tom brillaba con una fingida inocencia.

—¡Oh, no, amo! ¡Ezte pobre diablo nunca hará ezto! ¡No debéiz dezir ezaz cozaz

cuando no lo zabéiz! Zi tuviérais que presentar ezte azunto ante un tribunal, zeríaiz echado afuera, zeñó, y tendríais que pedir perdón al pobre Tío Tom de rodillaz por haberlo ofendiro azí. ¡Yo, pobre morenito, no tentaré nunca a un zer humano, zeñó! ¡Yo zé eztar en mi lugar en la zoziedá, zeñó!

Cull se sentía tentado. Transpiraba abundantemente, y miraba a su alrededor para ver si podía arriesgarse a apoderarse del tabaco. A falta de ello, quizá pudiera llegar a un arreglo con Tío Tom.

¡Pero no! Había aprendido a su propia costa que aquéllos que violaban la ley eran siempre capturados. Las Autoridades velaban para que esto se cumpliera.

—Quiero tabaco —dijo—, y éste es el único lugar donde puedo conseguirlo antes de llegar a mi trabajo. ¿Puedes vendérmelo?

Tío Tom sonrió socarronamente.

—Zabéiz bien, zeñó, que nozotroz, pobrez diabloz, no tenemos derecho a comerziar con los blancoz. Apenaz zomoz buenoz para barrer el zuelo, quitar el polvo, cortar madera y zacar agua. No, zeñó, no puedo venderoz.

—¿Quieres decir que tendré que pasar sin fumar todo el día? —preguntó Cull, notando que el sentimiento de su impotencia le hacía hervir de rabia.

—Eze ez vuestro problema, zeñó Cull. Yo no puehazé nada. Lo ziento —dijo Tío Tom. Esbozó una sonrisa, y se inclinó de nuevo para recoger los objetos tirados por el suelo.

Por aquel entonces el mugido de la sirena era ya muy fuerte.

—El patrón debía tener evidentemente una mujer —dijo Cull—. ¿No podría hacer un trato con ella?

—¡Oh, zeñó! —dijo Tío Tom, con una aguda risita—. El patrón era un hombre muy religioso, zeñó. Dezía que, ya que aquí no era posible cazarze, como tampoco lo ez en el Cielo, no tenía por qué vivir en el pecado con una mujé.

—¡Me desesperas! —gritó Cull, y abandonó la tienda.

El ruido de la sirena era cada vez más fuerte. Al cabo de unos segundos, la ambulancia apareció por un extremo de la calle. La multitud se apartó para dejarle paso. El coche se detuvo a pocos metros del bloque de piedra, y el lamento de la sirena se apagó poco a poco. El conductor y un pasajero descendieron de la parte delantera; dos hombres aparecieron por la puerta trasera. Uno de ellos llevaba una camilla plegada, el otro unas tenacillas.

Como el resto de la multitud, Cull se sintió decepcionado: esta vez, X no había venido.

Pero al mismo tiempo que decepcionado se sintió aliviado. Había visto a X en dos ocasiones, y las dos veces se había sentido aterrorizado ante su presencia, hasta tal punto que los cabellos se habían erizado en su cabeza mientras un estremecimiento recorría su espina dorsal.

Se alejó, sin sentir el menor deseo de perder el tiempo viendo a cuatro hombres (¿eran realmente hombres?), levantar el bloque de piedra y colocar el cadáver en la parte trasera de la ambulancia. Cull había sido testigo muy a menudo de escenas semejantes: al cabo de algunas horas, el muerto —que ya no estaría muerto— volvería a ocuparse de sus asuntos. La muerte o el no ser (no importaba el nombre que se le diese) era un lujo vedado por mucho tiempo a los habitantes de aquel lugar.

¿De dónde venía la ambulancia? ¿Quién la había construido? ¿Dónde había sido fabricada? ¿Con qué combustible funcionaba? Nadie conocía la respuesta a estas preguntas. A primera vista se parecía a los automóviles de la Tierra, tal como los recordaba vagamente Cull. Tenía un chasis de metal o de plástico negro, un parabrisas, cuatro ruedas con neumáticos de caucho o de plástico, un volante, un capó. ¿Pero qué tipo de motor albergaba ese capó? Nadie lo sabía. Nada indicaba la presencia de una toma de aire o un radiador. Y el motor era absolutamente silencioso.

¿Quién podía saber pues lo que ocurría en aquel mundo?

Por su parte, Cull lo ignoraba por completo... ni siquiera sabía si llevaba dos años o más de veinte.

El sol se mantenía siempre suspendido en mitad del cielo, aquel cielo que no era exactamente un cielo sino una prolongación de la tierra. Ésta se curvaba hacia arriba, se enrollaba sobre sí misma para convertirse finalmente en el cielo. Si uno dispusiera de un telescopio lo suficientemente potente para atravesar la atmósfera, se decía, podría ver a la gente andando cabeza abajo por encima suyo, como si fueran estalactitas. Si uno pudiera dar la vuelta completa al mundo, llegaría un momento en que podría levantar la mirada y ver por encima de su cabeza el lugar de dónde había partido.

Sí... sí... sí... Pero por supuesto no había ningún telescopio, aunque fuera teóricamente posible fabricar uno. Y nadie podía dar la vuelta al mundo, ni siquiera empezar a escalar el horizonte, ya que era imposible atravesar la extensión de arena que era llamada con toda propiedad el Desierto de la Muerte.

Bastaba observar por la ventana de una torre y ver la perspectiva de la ciudad describiendo una curva hacia arriba para que uno se sintiera loco de terror.

Desnudo, con su maletín de cuero en la mano, Cull atravesó las calles de la ciudad. Otros seres como él, igualmente desnudos, se apresuraban apretadamente en las anchas arterias bordeadas de elevados edificios. Todos ellos eran hombres y mujeres de variadas edades, pero ninguno de los cuales tenía menos de veinte años. No había allí ni bebés, ni niños, ni adolescentes. ¿Dónde se encontraban pues éstos? ¿En alguna otra ciudad? ¿O más allá, lejos de aquel mundo cerrado en sí mismo?

Los adultos llegaban allí bajo la misma forma que había sido la suya en el otro mundo, el mundo de la Tierra. Tenían la misma edad que en el momento de su muerte. Cull recordaba vagamente —todos los recuerdos que guardaba en su vida

anterior eran vagos— haber muerto en un accidente de coche. Entonces, creía, tenía unos treinta años. Tenía una mujer y tres hijos de ocho, seis y tres años. Su mujer era rubia, hermosa, pero ligeramente irritable. No podía evocar con precisión su rostro, pero creía recordar que tenía una hermosa nariz, unos labios carnosos, un mentón redondeado y hoyuelos en las mejillas.

¿Qué profesión ejercía en la Tierra? Si le hubieran interrogado sobre este punto, Cull hubiera respondido que era ingeniero electrónico. Pero recordaba tan poco de electrónica. En el momento de producirse el fatal accidente, iba a ascender de escalafón en la importante sociedad a la que pertenecía. Su colisión con el otro coche—cuyo conductor (a menos que hubiera sido el propio Cull) se había saltado un semáforo en rojo— había aniquilado todas sus esperanzas. No solamente sus esperanzas de alcanzar un status más alto en la sociedad, sino también las de ir al Cielo.

Si no hubiera sentido tanto odio hacia su patrón en el momento de su muerte, si le hubieran dado tiempo para tranquilizarse, para perdonarle... para sentir el amor que se suponía debía experimentar hacia todo el resto de la humanidad, de la que su patrón formaba parte...y si no hubiera detestado también, en aquel preciso momento, a su mujer, cuya infidelidad suponía sin tener la menor prueba... Y si, también en aquel preciso momento, no hubiera girado la cabeza para admirar el gracioso y ondulante movimiento de las caderas de una hermosa morenita de estilizadas piernas que pasaba a su lado por la cera... Si... Si...

No era justo. Cull había sido siempre un hombre de bien. Había vivido como un buen cristiano, dado su apoyo a la Iglesia, presidido algunos comités de obras filantrópicas y sociales. Nunca había matado, excepto para defender a su país durante la guerra. Nunca tampoco había...

¿Pero para qué pensar en todo aquello ahora?

Aquí no envejecemos nunca, se dijo. Y es extraño, ya que nuestras condiciones físicas son casi iguales a las que reinaban en la Tierra. Comemos, defecamos, fornicamos (sin engendrar niños), sentimos dolor y placer, sangramos, incluso morimos. Pero hemos sufrido una transformación que nos impide envejecer y nos vuelve estériles.

Efectivamente, algo había sido modificado... pero no todo. Tan solo lo suficiente. Aquéllos que en la Tierra poseían dientes postizos los tenían también aquí. Cull había observado un puente de oro entre dos molares. Si, en la Tierra, a alguien le faltaba un dedo, una mano, un brazo, un ojo o un testículo, ese miembro o ese órgano le faltaba también aquí pero había una cierta ley de equidad, ya que un mutilado sin brazos o sin piernas descubriría aquí que le había sido devuelto uno de los brazos o piernas que le faltaban, y un hombre completamente ciego en la Tierra se encontraba aquí en posesión de un ojo, invariablemente el izquierdo.

Y los locos, los idiotas, los tontos, los epilépticos, los parálíticos, los afectados de escrofulismo, de elefantiasis, de sífilis, de esclerosis, se descubrían definitivamente curados de estos males.

Por supuesto, aquéllos que no habían perdido más que un ojo o un miembro protestaban ante la justicia: si los enfermos y los seniles aparecían aquí completamente curados, ¿por qué ellos no? No existía respuesta a esta pregunta. Visto lo cual, ¿quién se atrevía a pretender que tal estado de cosas era justo?

No servía de nada romperse la cabeza pensando en ello, y sin embargo Cull no podía impedir el darle vueltas y más vueltas.

Y así, meditando, giró una esquina de la calle y se encontró, como cada mañana (?), frente a la ínter.

Las oficinas de la «Ínter» se encontraban en uno de esos edificios que, antes de que se acostumbrara a ellos, le parecían a Cull desmesurados y grotescos, y de los que estaba llena la ciudad. El edificio tenía una altura de unos seiscientos metros, es decir, mucho menos que gran número de los edificios de la Tierra, pero por otro lado media mil quinientos metros de ancho, y había sido edificado con los bloques de piedra más colosales que Cull o nadie hubiera visto jamás. Cada bloque de granito, diorita, basalto o mármol, estaba tallado formando un cubo de quince metros de lado. Esos cubos habían sido apilados unos sobre otros sin ayuda de mortero y cada dos bloques estaban calzados algo más atrás que los anteriores, de modo que todo el conjunto del edificio tenía el aspecto de los jardines suspendidos de Babilonia. En cada bloque habían sido esculpidos miles de rostros, así como pequeñas estatuas. No cabezas de gárgolas, como podría esperarse, sino rostros humanos: rostros que expresaban todas las formas posibles de emoción de la especie humana.

Eran los demonios quienes habían esculpido esos rostros. Pero ningún hombre ni ningún demonio podía haber extraído del suelo aquellos bloques altos como acantilados los unos sobre los otros. ¿De quién eran pues obra? Nadie lo sabía. Los demonios afirmaban que ellos habían encontrado la ciudad en su actual estado, y que se habían limitado a instalarse en ella. Esto ocurría en los tiempos en que la parte exterior de las murallas de la ciudad ardía con lo que parecía ser una llama eterna, y en que los seres humanos que iban a establecerse allí se quemaban en aquella llama, sin morir.

A cada lado del gran edificio, dominándolo, había dos estatuas. Representaban aparentemente dos sapos en el momento de transformarse en hombres, o viceversa. Sus enormes bocas estaban abiertas, a lo largo y a través de la ciudad, existían estatuas parecidas, y el rugir del aire caliente que entraba por las fauces de algunas de ellas y el aire frío surgiendo por las fauces de otras formaba un incesante ruido de fondo.

Por encima del enorme arco de la entrada, manos humanas habían grabado, en

caracteres hebreos:

לא לנטוש כל התקווה

«NO ABANDONÉIS TODA ESPERANZA».

Cull franqueó el umbral para penetrar en un vestíbulo de unos treinta metros de anchura y unos noventa metros de alto, aunque su longitud no sobrepasara los trescientos metros; luego atravesó una entrada de unos treinta metros de alto pero de no más de cuatro metros de ancho, y se halló en la «Ínter» propiamente dicha.



---

La sala que formaba la «Ínter» había sido tallada en un único bloque de piedra, un gigantesco bloque horadado de tal modo que su interior tenía forma ovoide. Las sillas, así como los pasillos formados entre ellas, partían en hileras de la parte inferior y ascendían siguiendo la curvatura. Las sillas llegaban hasta arriba, de modo que algunos de los demonios que antiguamente habían ocupado aquella estancia habían tenido que sentarse cabeza abajo. A menos que los escultores hubieran dado prueba de un extravagante sentido del humor situando sillas en el techo. Los seres humanos no habían conseguido nunca saber lo que significaba aquello. Cualquier demonio preguntado al respecto respondía invariablemente que él era tan solo un pobre diablo ignorante y que no sabía absolutamente nada.

Sin embargo, los hombres y mujeres no podían sentarse más que en la mitad inferior de la sala, hasta el nivel donde las paredes comenzaban a curvarse hacia el interior.

Cada silla estaba ocupada por un ser humano, que tenía en una mano un aparato telefónico y, en la otra, un lápiz de grafito y plástico con el que escribía apresuradamente en una hoja de pergamino. Aquel pergamino no era otra cosa que piel humana curtida. Piel blanca o amarilla a lo sumo, ya que el grafito no podía dejar huella sobre la piel negra. La existencia de ese pergamino hecho de piel evidenciaba la ausencia de cualquier otro tipo de papel: no había allí más tipo de árbol que los árboles de roca, y sus hojas daban origen a un papel inutilizable.

Había varios intermediarios que proporcionaban a la «Ínter» sus stocks de piel. La «Ínter» no hacía nunca preguntas a sus proveedores, y pagaba con artículos diversos y a menudo extraños la piel que necesitaba. A veces las Autoridades hacían batidas contra estos proveedores, y entonces se producía escasez durante algún tiempo, hasta que los despellejadores podían acumular nuevas provisiones. Las Autoridades podían —o al menos se suponía— destruir por completo y definitivamente esta organización con sólo dedicarse a fondo a ello. Pero para realizar su trabajo debían emplear agentes humanos o demoníacos; y los agentes humanos que trabajan para las Autoridades terminaban muertos a pedradas en las calles, o capturados y torturados

antes de ser despedazados.

Los hombres y mujeres sentados ante los teléfonos garabateaban sus notas, y llamaban a un recadero, que subía corriendo los peldaños de los pasillos entre las sillas, tomaban el mensaje y descendían de nuevo a la misma velocidad, hasta el fondo de la sala ovoide. Aquel lugar estaba ocupado por un enorme estrado de piedra. Un buen número de empleados estaban sentados ante mesas de piedra al pie del estrado, respondiendo a los teléfonos. Su misión era cribar los mensajes que recibían de las personas sentadas en las sillas de la pared. Cuando juzgaban que un mensaje era importante, tendían al recadero una nota para que la trasladara al Presidente.

El Presidente estaba sentado en un enorme trono de diorita pulida, en el centro del estrado. El trono era muy liso, muy pasivo, muy pesado, y sin embargo bastaba tan solo un ligero golpe con el pie de su ocupante para hacerlo girar sobre sí mismo. No existía ninguna separación visible entre la silla, que debía pesar sus buenas dos toneladas, y el estrado sobre el que estaba apoyada; sin embargo, parecía como si no se produjera la menor fricción entre su superficie inferior y el estrado, a menos que existiera algún mecanismo oculto debajo. Todo los esfuerzos hechos para levantarlo habían sido inútiles, y sin embargo el trono seguía girando fácilmente sobre sí mismo a la menor indicación de su ocupante, y bastaba un ligero empuje para imprimirle un ritmo de giro realmente rápido.

El Presidente era un hombre de elevada estatura, que pretendía tener físicamente setenta años pero cronológicamente mil setecientos... siendo evaluada esta edad en relación con la medida del tiempo que conocía Cull, y no como era calculado en el Infierno, donde el tiempo no existía. El Presidente tenía la cabeza cubierta de largos cabellos blancos, y una barba que llegaba hasta sus descarnados tobillos y con la que se envolvía como si fuera una túnica y cubría su sexo, que según se decía estaba completamente desecado. Declaraba llamarse Angelo... un nombre extraño para un ciudadano del Infierno. Corría el rumor de que había conocido a Dante, el cual, según se decía, había vivido también en aquella ciudad.

Pero circulaban en el Infierno tantos rumores, y eran desmentidos tan rápidamente... Nadie lo sabía mejor que Cull, cuyo trabajo consistía precisamente en difundirlos.

Cuando entró en la sala, fue acogido por una algarabía de voces y el timbrazo de centenares de teléfonos. Llegando como llegaba con retraso, según el enorme reloj de sirena situado junto a la puerta, hubiera debido precipitarse hacia su silla, pero en lugar de hacer esto levantó la mirada hacia los rostros de los ocupantes de la sala... y sé detuvo en seco, horrorizado. ¡Era completamente cierto, aunque él se negara al principio a creerlo! ¡Todos los hombres que había allá, a excepción del Presidente, estaban cuidadosamente afeitados! ¡No se divisaba ni un solo bigote!

Cull se sintió humillado, ridiculizado y, a mayor vergüenza, traicionado por sus

semejantes. ¿Por qué ninguno de sus pretendidos amigos le había dicho que los bigotes habían pasado de moda? ¡Vaya amigos! ¡Al igual que sus enemigos, estaban deseando ponerle en una situación embarazosa!

Ahora, no solamente se había hecho notar a causa de su retraso, sino que iba a ser el blanco de las burlas de todos.

¿Qué hacer? ¿Girar sobre sus talones y correr hacia su apartamento para afeitarse ese horrible bigote pasado de moda? Esto la retrasaría aún más, y al Presidente no le gustaría aquello. Y además, los otros tendrían un motivo adicional para reírse de él.

Con la cabeza baja y las mejillas al rojo vivo, subió los peldaños que separaban las hileras de sillas y se deslizó en su puesto, tras su mesa. Su teléfono estaba sonando como si la persona que estaba al otro lado del hilo tuviera noticias de importancia mundial que comunicar. Y quizá fuera así.

Cull descolgó el auricular y haciendo un gesto de impaciencia preguntó:

—¿Quién está al aparato? ¿Tiene usted algo interesante que decir?

Una voz respondió, al otro lado del hilo, en jerga hebrea y con el acento cantarín de los suecos:

—Aquí el agente Sven Jalmar, hablando desde el sector XXB-8N/B.

Cull se había de memoria el gran mapa situado en la sala aneja. Sabía donde se hallaba Sven... aproximadamente al menos, ya que el plano de la ciudad debía haberse modificado tras la última ampliación debida al seísmo. Cull había esperado que las líneas telefónicas quedaran cortadas como consecuencia del cataclismo, pero los daños debían haber sido reparados rápidamente.

—Por supuesto que tengo algo interesante que comunicar —prosiguió Sven—. ¿Cuántos ángeles puede contener la cabeza de una aguja?

—¡Estúpido farsante escandinavo! —exclamó Cull—. ¡Sabe muy bien lo ocupados que estamos! ¡Y no se le ocurre otra cosa que telefonar para matar el tiempo contando tonterías!

—¿Matar el tiempo? ¿Tonterías? ¡Creo que es usted que está diciendo tonterías, agente Cull! No he llamado únicamente para escuchar sus insultos. Tengo algo importante que decir. Al menos, yo creo que es importante.

—¿Realmente lo cree? —dijo Cull—. Será mejor que se asegure de ello, o voy a dar parte del modo en que está haciéndome perder el tiempo.

—¡Cielos! —dijo Sven—. ¡Amenazándome y exigiéndome que me asegure antes! ¿Cómo puede alguien asegurarse de nada aquí? He dicho que tenía algo importante, pero no puedo aportar ninguna prueba formal, sellada y certificada. Por lo que sé, ese tipo podría ser perfectamente un charlatán. ¡El diablo sabe que hay legiones de ellos aquí!

—¿Ese tipo? —repitió Cull—. ¿Qué tipo?

—Dice que se llama Fyodor, y se da el título de «Estúpido *eslavo* de Dios». Es un

hombrecillo tan calvo como un huevo, pero con una barba extraordinariamente larga. Tengo la impresión de que su vida fue infernal incluso antes de abandonar la Tierra. Pero espere, y él mismo le contará lo que tiene que decir. Desatina ligeramente, pero sabe mostrarse tan convincente como el propio Satán. ¡Un momento, no cuelgue! ¡Voy a buscarlo!

Se fue antes de que Cull tuviera tiempo de gritarle que no inmovilizara la línea. El Presidente le estaba mirando, y su mirada le ponía la carne de gallina.

Cull se dio cuenta de que Sven tenía que proporcionarle algo realmente extraordinario si ambos no querían verse —quizá en el sentido más literal del término— sobre teas ardiendo. La «Ínter» empleaba medios terriblemente eficaces para mantener la disciplina y castigar los errores. Y nadie escapaba a ello. Cull lo sabía mejor que nadie, pues había tenido que seguir muchas veces la pista de agentes decididos a dejar de trabajar para la ínter. Cuando alguien entraba al servicio de la «Ínter» y era puesto al corriente de sus secretos, ya no podía irse. No había ninguna salida.

Cull tamborileó con los dedos sobre la mesa de piedra ante la que estaba sentado y se mordió los labios hasta sentir el gusto de la sangre en su boca. Y rápidamente lo lamentó, pues aquello le recordó el castigo que había visto infligir a un hombre del que el Presidente estaba descontento.

Sudaba, pese a la corriente de aire frío que provenía del antiguo e invisible pero eficaz aparato acondicionador de aire.

Le pareció que transcurría una hora —y quizá la había transcurrido realmente— antes de que la voz de Sven sonara de nuevo en sus oídos:

—Siento haberle hecho aguardar tanto tiempo Cull. Le paso a Fyodor.

—¡Aquí Fyodor, el Estúpido Esclavo de Dios! —dijo una voz aguda—. ¡Le traigo buenas y grandes noticias!

«¡Otro charlatán!», pensó Cull.

—Sea breve —dijo en voz más alta de lo habitual—. Ha mantenido usted ocupada ya demasiado tiempo la línea. Dígame simplemente lo esencial. Si estimo que lo que tiene que comunicarme usted vale realmente la pena ya podrá entrar luego en detalles... —se interrumpió un instante—. ¿Pero usted no me ha llamado ya antes? —preguntó—. Su voz me parece vagamente familiar.

—Nunca —dijo Fyodor—. Es usted el primer hombre cuyo nombre es Cull al que dirijo la palabra.

—Está bien —dijo Cull—. Adelante.

—Escuche —dijo Fyodor volublemente—, sin duda conoce usted la teoría de la Traducción, ¿no? El nacimiento es la traducción de una lengua, la antevida, en otra lengua, la vida, ¿no? Y la muerte es también otra traducción... esta vez menos en dos lenguas posibles: el Cielo y el Infierno. Pero quizá exista también una tercera, ya que

hay que olvidar los Limbos. E incluso una cuarta, si se tiene en cuenta el Purgatorio... aunque no exista la menor prueba de la existencia de tal Purgatorio.

»Por otra parte, puede ser que el mundo donde nos encontramos sea el Purgatorio y no el Infierno. Si es así, podemos conservar la esperanza. Pero si este mundo es el Purgatorio, ¿por qué no nos ha sido dicho, a fin de que sepamos el porqué sufrimos y lo que debemos hacer para salir de este lugar?

»Este mismo razonamiento es válido también si este mundo es realmente el Infierno. ¿Por qué motivo no se nos ha dicho el porqué estamos aquí y hacia dónde vamos... si es que vamos hacia alguna parte?

»Por supuesto, usted puede argumentarme que todo esto era válido también para la Tierra. Allá tampoco sabíamos de dónde veníamos, el porqué estábamos allí y hacia dónde íbamos. Pero, si me plantea usted este razonamiento, yo le responderé que allí teníamos el medio de descubrir lo que tantos de entre nosotros consideraban como un misterio. La Iglesia nos enseñaba lo que había al respecto, y ella misma extraía sus conocimientos, y la autoridad que dichos conocimientos le conferían, de los Libros Santos, que habían sido, en cierto modo, dictados por Dios. De acuerdo, la Iglesia no podía instruirnos acerca de los detalles, ni siquiera, en muchos de los casos, acerca de los planteamientos generales. Pero lo que podía decirnos constituía un asidero donde agarrar nuestra fe, hasta tal punto que, incluso si se veía sacudida por los vientos de la duda, podía pese a todo...

—Vayamos a los hechos —interrumpió Cull. Pero no pudo evitar el formular la inevitable pregunta—: ¿Por qué, según esto, se halla usted aquí?

—Realmente no lo sé... si esto es efectivamente el Infierno —dijo Fyodor—. Yo era un creyente, y sigo siéndolo. Claro que no era más que un miserable pecador arrastrándose en el fango. ¡Un pecador, sí!, pero yo creía en Él y Le amaba. Y también amaba a la Humanidad. O a Él en la Humanidad. Y a la Humanidad en Él.

—No me importan sus dificultades personales —interrumpió Cull—. Dígame algo que valga la pena. Lo que queremos saber es la identidad de X, el Mesías de las Tinieblas, el Falso Cristo.

Fyodor no respondió inmediatamente, pero Cull podía oír su ruidosa respiración a través del auricular.

—¡Vamos, responda! —gritó, aterrado al darse cuenta de que la mirada del Presidente se posaba de nuevo en él—. ¿Qué ocurre?

—Quizá pueda ayudarle —dijo finalmente Fyodor—. Pero para ello debo hacer una pequeña digresión. O, más exactamente, una vuelta a los orígenes. El tema que debo abordar no tendría el menor interés si los preliminares que deben servirle en cierto modo de fundamentos. Debe ser usted paciente. ¿Por qué no tendría que serlo, además, si disponemos de toda la eternidad...?

—¡Usted quizá disponga de ella, pero yo no! —restalló Cull, que sentía el sudor

deslizándose por sus axilas y corriendo a lo largo de sus costillas.

—Usted sabe, como algo probado —prosiguió imperturbablemente Fyodor—, que Cristo descendió a los Infiernos durante tres días, mientras Su cuerpo permanecía en la tumba. Durante esos tres días, anunció al verdadero Dios y liberó a todos los paganos virtuosos y a los judíos nacidos antes de la venida del Salvador, que habían sido condenados a las torturas del Infierno hasta que él acudiera a salvarlos. Los liberó: Su aparición, Su presencia, les permitieron ascender hacia el Cielo. Así, Abraham, Moisés, Sócrates, y tantos otros que habían buscado la Verdadera Luz sin poder encontrarla porque Él aún no había venido... todos ellos creyeron en Él y pudieron franquear así las puertas del Infierno.

—He oído todo esto infinidad de veces —dijo Cull—, pero nunca he encontrado a nadie que afirmara haber visto a uno de estos precristianos abandonar efectivamente el Infierno. Es más, nadie ha visto nunca a ningún precristiano en la Ciudad. Por otro lado, si alguien se atreviera a contar algo así, su relato no resistiría un examen científico minucioso. Todos ellos son unos mentirosos. Y Dios sabe sin embargo que he hablado con mucha gente, que he recorrido con pies doloridos miles y miles de kilómetros, que me he entrevistado y he interrogado a miles y miles y miles de hombres y mujeres que se encontraban aquí cuando Cristo, o quienquiera que fuese que pretendía ser él, vino a este lugar.

—¿Pero acaso se fue? —gritó Fyodor con su aguda voz—. ¿Acaso ha abandonado este lugar?

—¿Qué diablos quiere decir?

—Supongamos que haya habido un hombre que se haya arrepentido de sus pecados, pero demasiado tarde. Y que haya oído decir por los ángeles caídos que Cristo vendría aquí y permanecería tres días. Y que este hombre haya fingido distinguirse entre los profesionales del mal, los demonios: recuerde que esto ocurría en la época en que los demonios superaban a los hombres en número. Y que este hombre conociera el honor, o el deshonor, de verse introducido entre los demonios, un acontecimiento que causó una gran alegría en el Infierno.

»Así las cosas, Cristo descendió al Infierno y fue capturado y encerrado, por medios que no podemos imaginar pero que podemos suponer eran accesibles a los demonios. Por supuesto, éstos no podían capturarlo sin su consentimiento. Pero Él se lo dio implícitamente, por razones conocidas tan sólo por él mismo.

»Y el Mal Hombre, este ser humano convertido en demonio, fue elegido para representar el papel de Cristo vuelto a la Tierra. Pero, una vez salido del Infierno, “terrestrializado” si se puede decir así, jugó un doble juego. Traicionó esta vez al Infierno, negándose a ejecutar los planes infernales. Y como recompensa le fue permitido ascender efectivamente al Cielo, mientras que el verdadero Cristo, en beneficio de una sola alma creída perdida para siempre, se quedó alegremente en su

prisión, en el Infierno.

»O, si no en prisión, sí al menos en los límites del Infierno. Y se convirtió en X, el Mesías de las Tinieblas, el Falso Salvador.

»Recuerde que el hombre que salió de la tumba, en el jardín, no permitió a María que le tocara: ¡*Noli me tangere!* Ya que aún estaba en estado de demonio. Al contacto de la mano de María, su túnica no hubiera desprendido la llama de una virtud fortalecedora, sino el ardiente destello del vicio. Tomás el incrédulo no fue aniquilado porque las potencias, o la Potencia, de arriba habían decidido ya por aquel entonces lo que harían con el falso Cristo. Y habían transformado en bueno el terrible poder del que estaban investidos su túnica y su carne.

»Por supuesto, todo esto no es más que una hipótesis. Puede que el falso Cristo cometiera un fallo al decidir perjudicar al Infierno a fin de beneficiar a la Tierra y al Cielo. Quizá se diera cuenta de que el fin no justifica los medios, que el mal hecho en el Infierno, incluso a pecadores condenados de todos modos a sufrir eternamente, es siempre un mal. Quizá, si se le permitió escapar tan sólo por un corto lapso de tiempo, lo único que consiguió fue que su castigo fuera más severo aún.

»En este caso, podemos suponer que fue devuelto al Infierno después de haber gustado la Tierra. Y la Ascensión entonces no fue más que una piadosa superchería, a través de la cual los Apóstoles creyeron que se remontaba al Cielo, mientras él, el hombre que se había evadido del Infierno, volvía en realidad a su antro de origen. En resumen, podríamos decir que tenemos aquí la posibilidad de una teoría de la relatividad Cielo-Tierra-Infierno.

¡Oh, Dios mío!, se dijo Cull. ¡He estado perdiendo todo este tiempo con un charlatán!

Luego le vino otro pensamiento: ¡No, en absoluto! ¡Por el contrario, esto es algo maravilloso!

Maravilloso no a causa de las dos preguntas que Cull le había hecho a Fyodor, sino más bien debido a la tercera que se había quedado para sí.

—No abandone la línea —dijo—. Voy a interrumpir momentáneamente la comunicación, pero no cuelgue.

Dejó el auricular, y pulsó un botón situado en la parte inferior del aparato, lo cual lo puso en contacto con Stengarius, uno de los hombres sentados en las mesas que rodeaban el estrado. Le hizo un resumen de lo que le había contado Fyodor y luego, al darse cuenta de que Stengarius se mostraba interesado, le dio todos los detalles.

—¿Cree que el Presidente apreciará esto? —preguntó—. Por mi parte veo al menos cuatro filones que explotar en la cháchara de Fyodor. Y Dios sabe todo lo que podemos sacar además.

—Es cierto, Cull —dijo Stengarius—. Pero es él quien tiene que decidir.

Stengarius interrumpió su conversación con Cull para llamar al Presidente.

Aquella llamada debía pasar por el secretario del Presidente, que estaba sentado en una silla de basalto tallada en los mismos peldaños del estrado. Cull lo observó tomar el aparato para responder a Stengarius, y luego dejar el auricular y llamar al Presidente.

El viejo guardaba su aparato bajo la barba. Metió la mano en la masa de blancos cabellos y extrajo el teléfono. Durante un largo momento escuchó lo que le decía Stengarius sin decir una palabra, o al menos sin mover los labios. Luego, repentinamente, los tres largos pelos que coronaban su labio superior se apartaron ligeramente y un negro orificio apareció bajo ellos. Giró hacia Cull su rostro de nariz curvada como una cimitarra, y sus negros ojos se fijaron en él. Cull sabía que los ojos de los hombres no brillan como los de los gatos cuando la luz se refleja en ellos, pero hubiera jurado haber visto brillar los del viejo... quizá bajo el efecto del terror que se reflejaba en el rostro del propio Cull.

El Presidente le dijo algo a Stengarius, y éste miró hacia Cull, uniendo su pulgar y su índice en forma de O.

Cull sonrió. Si la historia arraigaba, quizá pudiera obtener un ascenso, verse catapultado a las sillas de la primera hilera, llegar, ¿quién sabe?. hasta el secretario, incluso quizá a la presidencia. Hacía ya tantos años que el Presidente ocupaba su puesto.

La voz de Fyodor lo sacó de sus ensoñaciones.

—Señor Cull —estaba diciendo—, no he terminado. Me falta mucho todavía.

De pronto, Cull comprendió el porqué aquella voz le había parecido familiar al primer momento. ¡Claro! ¡Eso era! La había oído hacía muy poco, en su propio apartamento, en el momento de colgar su auricular tras la marcha del doctor B. O.

—¡Muy al fondo, en los albañales! —le gritó al aparato.

Al otro extremo de la línea oyó el ruido de una respiración bruscamente contenida, seguido de un silencio; luego, algunas palabras balbuceadas en una lengua eslava, probablemente ruso. Fyodor debía sentirse realmente alterado para hablar en su lengua materna. Finalmente, dijo en hebreo:

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Mi teléfono ha interferido por casualidad otra línea esta mañana —explicó—. He oído su voz pronunciar estas palabras. Dígame, ¿pertenece usted a la ínter? ¿Qué hacía si no al teléfono?

No dijo que tan sólo había oído el final de la conversación, y únicamente la voz de Fyodor. Quizá el terror empujara a éste a decirle algo que Cull aún no sabía. El viento de la culpabilidad hacía caer del árbol las manzanas podridas...

—Señor Cull —dijo Fyodor—, no sé lo que habrá oído usted de esta conversación. Ni de qué lado se encuentra. —Pero no precisó por qué razón se había servido del teléfono.

—¿De qué lado me encuentro? —repitió Cull—. ¡Del lado de los seres humanos, por supuesto! Espero que no me tomará usted por un renegado. ¡No querría por nada del mundo trabajar para las Autoridades!

—No quiero decir nada más por teléfono —prosiguió agitadamente Fyodor—. Nunca hasta ahora había pensado en ello, pero es probable que las Autoridades supervisen las líneas.

—Si es así, nunca lo han dado a entender —dijo Cull—. La «Ínter» funciona desde hace mucho tiempo, y las Autoridades nunca han intervenido absolutamente en nada. O al menos, si alguna vez ha ocurrido, su intervención se ha manifestado de una forma totalmente indirecta.

De nuevo se sintió inundado de sudor. De tanto en tanto, algunos hombres desaparecían. Quizá las Autoridades, a las que nadie había visto pero que forzosamente tenían que existir...

—Usted ya sabe donde estoy —dijo Fyodor—. Le esperaré aquí —y colgó el receptor. Cull no intentó llamar de nuevo a Sven. Prefería acudir directamente al lugar que éste le había indicado, y donde suponía iba a encontrar igualmente a Fyodor. Debía pedir permiso para irse. Pero cuando hubo explicado que aquel Fyodor podía ser una mina de oro, se le dio campo libre para proseguir su investigación y descubrir lo que ocurría al respecto.

—Si realmente saca de todo esto algo que sea útil a la «Ínter» —le dijo Stengarius —, va a convertirse usted en alguien importante en la organización. Más importante al menos de lo que es actualmente. Pero un consejo: no intente volar demasiado alto... se haría cortar las alas antes incluso de que llegara a ver las tijeras. En otras circunstancias me encargaría yo personalmente de este asunto, pero en estos momentos estoy demasiado ocupado.

En otras palabras, esto quería decir que no se atrevía a ir él personalmente por miedo a que sus colegas se disputaran su puesto en su ausencia. Cuando uno llega a la categoría de Primer Telefonista se convierte en prisionero de su trabajo, y no puede correr el riesgo de abandonar su puesto. Pero por otro lado las compensaciones valen el sacrificio.

Una de estas compensaciones era Phyllis Nilstrom. Estaba, de pie en el vestíbulo, estaba charlando con Robertson, el Primer Telefonista del Segundo Equipo cuando Cull abandonó el ovoide de la ínter. Phyllis era una hermosa mujer de altura mediana, con los cabellos rubio ceniza echados hacia atrás, revelando su amplia frente, y recogidos en una larga cola de caballo. Tenía largas y estilizadas piernas, caderas firmes, cintura estrecha, vientre plano, amplios senos, todo ello sin asomo de vulgaridad. Su voz era algo ronca.

Cull la detestaba.

Poco tiempo después de entrar en la ínter, había sido invitado a una recepción

ofrecida por Cardinal, el Jefe Telefonista del Sector XXB-1A/A. Cardinal le había presentado a Phyllis, advirtiéndole que podía estrechar su mano, pero que éste era el contacto más íntimo que podía permitirse, Cull se había echado a reír como correspondía, pero durante todo el resto de la velada no pudo apartar sus ojos de Phyllis. La deseaba como nunca antes había deseado a ninguna otra mujer. Sin embargo, como no era ningún loco, hizo todo lo posible por no aparentarlo. A partir de entonces, cada vez que tuvo ocasión se las arregló para hablar con ella en el vestíbulo o para verla en las recepciones. Incluso había hecho todo tipo de maniobras para encontrársela «por casualidad». Luego, cuando consiguió la categoría de Jefe Telefonista del sector XXB-8N/B, se creyó en situación de poder ofrecer a la mujer una posición equivalente a la que tenía con Cardinal, e hizo acopio de todo su valor para decirle que la amaba. El hecho de conocer las relaciones que existían por aquel entonces entre ella y Cardinal le ayudaron a hacer acopio de valor, ya que sabía que ambos se sentían desgraciados estando juntos.



---

Con gran sorpresa y no menor alegría, Phyllis respondió animando sus avances. En pocas palabras dijo que se sentiría muy feliz de irse a vivir con él... a condición de que ocurriera algo que trajera aparejada consigo la degradación de Cardinal, ya que éste era aún un personaje influyente y, abandonándole por Cull, se arriesgaba a terminar sus días asesinada y arrojada a los albañales por los agentes de su antiguo amante, y Cull no era aún lo suficientemente poderoso como para poder protegerla.

Poco tiempo después de esto, Zabbini, telefonista de uno de los sectores menos importantes, fue sorprendido por dos de los guardaespaldas de Cardinal en el apartamento de éste. Tras apresurarse a matarlo, los dos esbirros se dedicaron a buscar a su jefe. Al no encontrarlo en su casa, sabiendo a ciencia cierta que no había podido salir de allá sin ser visto por ellos, terminaron mirando por la ventana. La visión de un grupo de gente reunida alrededor de un cadáver tendido en el suelo les hizo comprender inmediatamente lo ocurrido: Zabbini había defenestrado a Cardinal.

Algo más tarde, al entrar en su casa y conocer la noticia, Phyllis manifestó mucha sorpresa... pero poco dolor. La investigación realizada por el Primer Detective de la «Ínter» puso en evidencia que la joven no podía ser responsabilizada de ninguna manera de aquella muerte. Zabbini, que estaba enamorado de ella, había matado a Cardinal con la esperanza de que Phyllis se convirtiera en su amante.

Cull se sintió algo sorprendido por el resultado de la investigación. No albergaba la menor duda acerca de que Phyllis había animado a Zabbini a matar a Cardinal para desembarazarse de este último y poder convertirse en la amante de Cull... un plan ciertamente retorcido.

Pero olvidó sus sospechas tras la primera noche que pasó con ella. Phyllis era la mujer más apasionada que hubiera conocido nunca.

Al menos, esto es lo que creyó hasta el día en que ella lo abandonó por Stengarius, el Primer Telefonista. Cull le hizo una escena terrible, escarneciéndola con todos los nombres posibles e imaginables en hebreo, en inglés y en demoníaco. Phyllis le reveló entonces que era frígida, y que debía hacer un gran esfuerzo de voluntad para permitir que un hombre la tocara. Pero que, según sus propios

términos, quería aprovechar los placeres de la vida, y lo conseguía fácilmente provocando a los hombres con su fingida pasión.

Cull la amenazó con contarle a Stengarius lo que acababa de oír. Ella se limitó a reírse y responder que, si hacía esto, ella le diría a Stengarius que Cull había inventado esta historia con la esperanza de conseguirla nuevamente, tras lo cual... ¿cuánto tiempo iba a quedarle a él de vida?

Al pasar ahora a su lado, en el vestíbulo, Cull se limitó a un cortés saludo, dispuesto a seguir su camino sin detenerse.

—Hola —dijo ella con una resplandeciente sonrisa que mostró su blanca dentadura. Y añadió—: Espera un momento; necesito hablarte.

Robertson, que parecía incómodo, dirigió a Cull una mirada de soslayo y aprovechó la ocasión.

—Hasta pronto, Phyllis —dijo, y se eclipsó.

—Menos pronto de lo que él cree —dijo ella cuando estuvieron solos. Posó una mano sobre el brazo de Cull—. Tengo entendido que vas a hacer un largo viaje.

Cull se estremeció al contacto de su mano, sintiéndose enfermo de deseo. La odiaba, pero quería estar de nuevo junto a ella.

—Sí, se trata de... de un... viaje de negocios —dijo, furioso hasta el máximo de que su nerviosismo lo traicionase.

Ella sonrió fríamente.

—No estés tan nervioso —dijo—. Stengarius sabe que voy a hablarte. No pensará nada malo. Es inútil que te inquietes: le he convencido de que todo había terminado entre tú y yo.

—No me preocupo por eso —dijo Cull, esperando que el tono de su voz no fuera tan poco convincente para Phyllis como lo era para él mismo.

—Te creo —dijo ella, aunque su sonrisa daba a entender claramente que lo imaginaba loco por el terror.

—¡Dios santo, no! ¡No me preocupo en absoluto! —dijo rudamente Cull.

—No te he parado para discutir contigo el grado de tu terror —dijo ella—. Los hechos son éstos: el Presidente quiere enviarme al mismo sector que a ti. Tú deberías ser mi guardaespaldas. O más bien... —sus labios se curvaron en una desagradable sonrisa— mi perro guardián. Stengarius no quería que fuese, pero ha sido el propio Presidente quien lo ha ordenado, así que Stengarius ha tenido que tragarse la píldora, aunque esté intentando dorarla un poco. Y tú eres el encargado de ello.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cull.

—Quiero decir que Stengarius me considera absolutamente segura si voy contigo. Sabe que estás cavando tu madriguera con la perseverancia y el entusiasmo de un castor, y que no te atreverás a comprometer sus posibilidades de promoción. Está seguro de que no cometerás la loca audacia de intentar seducirme.

Cull enrojeció. Intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—Quizá la palabra castor no sea una buena comparación —prosiguió Phyllis—. Sin duda chacal es más apropiada. Jack Cull, chacal entre los leones.

Cull no comprendió inmediatamente. Sus recuerdos eran confusos: ¿qué era un león? ¿Y un chacal?

Luego, la imagen de los carniceros vino a su memoria. Era una imagen vaga, confusa, pero no hasta el punto de impedirle captar la ironía de aquella metáfora.

«Maldita puta frígida», pensó.

Consiguió recomponer su rostro, pero sabía que el tono encendido de su rostro denunciaba su cólera interior.

—Bien, Jack Cull —dijo Phyllis—, ¿partimos? Hizo señá a un lacayo para que tomara su maletín de cuero y, seguida por los dos hombres, abandonó la ínter.

Un palanquín esperaba afuera, entre cuatro porteadores. Estaba construido con huesos hábilmente encajados unos en otros y recubiertos de piel. Los cuatro hombres, al ver llegar a Phyllis, levantaron el palanquín. El lacayo colocó en él el maletín de cuero. Phyllis subió y se sentó, muy erguida, con la espalda apoyada en un montón de almohadones de piel relleno con hojas de árboles de roca.

—Adelante —dijo.

El lacayo echó a correr ante el palanquín, gritando: —¡Dejen paso a la ínter!

¡Dejen paso a la dama de la ínter!

La multitud que llenaba la calle se dispersó para dejar paso al palanquín. Para todos ellos, la vista del receptor telefónico que agitaba el lacayo en una mano era signo suficiente. No se podía jugar con la ínter.

Cull debía tomar otro medio de transporte. En otras circunstancias se hubiera sentido orgulloso de ello. Por primera vez, se veía confiar una misión lo suficientemente importante como para recibir un billete para el expreso humano.

Pero ahora sólo sentía envidia. Ser transportado a lomos de hombre, mientras aquella perdida viajaba en palanquín, equivalía casi a recibir una bofetada en pleno rostro.

Cull saltó al lomo del primer *póney*, un gran negro de largas y musculosas piernas. Rodeó el talle del hombre con sus piernas y los hombros con sus dos manos, y el negro cruzó las manos bajo las piernas de Cull para sostenerle y echó a correr a toda velocidad.

Corrió durante unos ochocientos metros, muy aprisa primero, luego disminuyendo poco a poco su velocidad. Cuando alcanzaron al siguiente *póney*, resoplaba como una máquina de vapor. Tras bajar a Cull, se derrumbó al suelo. Había rendido al máximo.

Cull saltó a lomos de su nueva montura, un hombre pequeño pero musculoso, y también éste se puso a correr tan aprisa como pudo, hasta el momento en que sus

piernas parecieron doblarse bajo él. Entonces se detuvo en seco, dejó caer sus brazos a lo largo de su espalda.

El trayecto prosiguió así, kilómetro tras kilómetro, mientras la gente se apartaba para dejar paso al caballero y a su montura, y Cull saltaba de una espalda a otra, dejando atrás las hileras de edificios de granito coronados de gárgolas.

Mucho antes de haber alcanzado la meta de su viaje, Cull había decidido que, prestigio o no, aquél era un medio infernal de viajar. Ciertamente, era muy duro para los caballos de carreras humanos, que frecuentemente se derrumbaban inmediatamente después de haber depositado en el suelo su carga. Pero su condición física era buena, y muy pronto se recuperarían. En cuanto a Cull, no se sentía tan animoso como esto, y le quedaba aún un largo recorrido por delante. Cuando llegara a su destino se sentiría hasta tal punto rígido y dolorido que sus músculos gemirían cuando los moviese. La piel, en la cara interna de sus muslos, donde rozaba contra los flancos de los portadores, ardía. Y se sentía mareado. En tres ocasiones tuvo que hacer detenerse a sus *póney* para restituir sus últimas comidas. Y el sol se oscureció de pronto, como ocurría cada doce horas según el reloj de arena. No se hacía realmente de noche, pero el sol se convertía en una esfera que relucía débilmente, como una especie de luna. Cull prosiguió su camino durante toda la noche, de lomos de hombre en lomos de hombre, aferrándose a sus monturas, sus piernas al rojo vivo, el estómago oscilando como un péndulo. La noche pasó y, de pronto, el sol volvió a brillar. En aquel lugar no había amanecer ni crepúsculo.

Cull viajó durante toda la siguiente jornada, no deteniéndose más que una vez para comer, y teniendo que renunciar finalmente debido a su extrema fatiga. En el momento en que se llevaba la cuchara a la boca, se quedó dormido como un tronco, Pero su *póney* lo despertó inmediatamente, diciendo que había que seguir. Éstas eran las órdenes. Cull se dio entonces cuenta de que, cuando uno está fatigado, puede dormir en cualquier posición y circunstancia.

¡Pero qué sueño! Montaba como un sonámbulo a lomos de su *póney* y, acunado por el rítmico trotar, se hundía en la inconsciencia. Lo malo era que este sueño no duraba más que unos pocos minutos. Cuando su montura alcanzaba el final del recorrido que tenía fijado, lo soltaba. Cull se deslizaba de su espalda, caía brutalmente sobre las piedras del suelo y se despertaba sobresaltado. Antes de recuperarse de esta sacudida, tenía que hacerse ayudar para montar a lomos del *póney* siguiente. Su corazón latiendo alocadamente y sus glándulas suprarrenales sobrecargadas lo mantenían despierto durante diez o quince segundos. Luego se hundía nuevamente en la inconsciencia, para ser arrancado otra vez de esta bendita insensibilidad por un nuevo choque, brusco y doloroso, cuando su siguiente *póney* lo dejaba caer a su vez.

Y todas sus quejas resultaban inútiles. El portador replicaba siempre que él no

estaba en absoluto obligado a depositar suavemente a su jinete, ni mucho menos a cuidar de que no se diera cuenta de que pasaba de lomos de un *póney* a otro. Los portadores no habían recibido ningún tipo de instrucciones al respecto. Muy pronto se le hizo evidente a Cull que todas sus monturas detestaban la tarea que les había sido asignada y la consideraban degradante. Las únicas razones por las que los portadores le habían aceptado eran: primero, porque el trabajo era escaso, y había que aceptar lo que se presentase, y segundo, que ese trabajo era una forma de entrar en contacto con la «Ínter» y, quizá, hacerse enrolar por ella.

Pero Cull se sentía enfermo, y estimaba que su status era lo suficientemente elevado como para otorgarle algunos privilegios. Es por ello por lo que, cuando su montura se detuvo en las proximidades de un teléfono, llamó a Stengarius. Se quejó amargamente, enumerando sus agravios: la forma brutal en que sus portadores lo depositaban al suelo, y las heridas que se derivaban de ello: desolladuras en los codos y las rodillas, llagas en la cara interna de los muslos... Un hombre de su condición no tenía por qué soportar tales afrentas. Tratando a Cull de esta forma, los portadores no hacían más que expresar su desprecio hacia la ínter...

Este último argumento convenció a Stengarius. Llamó al inspector local para darle instrucciones. El inspector asintió y telefoneó a sus otros colegas. Desde aquel momento, los *póney* hicieron deslizar a Cull suavemente al suelo, y lo izaron con la misma delicadeza.

Cull se preguntó entonces por qué no tenía derecho, como Phyllis, a un palanquín. Así podría dormir todo el viaje, tendido en mullidos almohadones.

En otra parada, telefoneó nuevamente a Stengarius. Pero éste estalló en reproches.

—¿Pero qué diablos se cree usted? —preguntó furiosamente—. ¡Tan sólo un Primer Telefonista tiene el status suficiente como para tener derecho a un palanquín! Y usted está aún muy lejos de ello, Cull. ¡Súbase a su montura y continúe su camino, maldita sea! Está malgastando el precioso tiempo de la ínter. Y esté seguro que esta intempestiva e irrazonable petición será tenida en cuenta en el próximo consejo de examen de méritos.

—Bien, señor —respondió Cull humildemente, sin atreverse a observar que la amante del Primer Telefonista viajaba en palanquín.

Subió a lomos de sus sucesivos *póney*. Había alcanzado un grado tal de cansancio que ni siquiera se despertaba durante los cambios de montura. No se dio cuenta del tiempo que había transcurrido ni de hasta dónde había llegado cuando fue despertado repentinamente por una sacudida y vio, inclinado hacia él, el congestionado rostro de Sven y el prominente bigote rojizo que orlaba su labio superior.

—Ha sido duro, ¿eh? —dijo Sven, esbozando una sonrisa—. ¿Cree que vale la pena el viaje?

—Al menos eso espero —dijo Cull, poniéndose penosamente en pie—. ¿Tiene

usted algo de beber?

—Fyodor nos está esperando en el bar —dijo Sven—. Venga.



---

Habían dado apenas seis pasos cuando se produjo el seísmo. La gran losa de piedra tembló bajo sus pies. Unos segundos más tarde se dejó oír un sordo rugido. Los edificios oscilaron locamente a ambos lados de la calle.

Cull se echó al suelo. Cerró los ojos, y rogó para que los edificios no se derrumbaran sobre él. Aunque su construcción era muy sólida, no era la primera vez que se producía este hecho.

Luego se preguntó si existía alguna razón para rogar por su vida. La muerte era allí una bienaventurada evasión, aunque fuera temporal. Naturalmente, se despertaría de nuevo para encontrarse en el mismo sitio. A menos que volviera a la vida en un lugar lejano, viéndose así privado de su trabajo en la ínter. Dadas las intrigas que se tramaban en el seno de la organización, una ausencia de veinticuatro horas podía representar el despido fulminante. O en el mejor de los casos la pérdida de su status y antigüedad.

El sonido y el temblor no duraron más de treinta segundos. Luego se hizo el silencio. La gente, aliviada, olvidaba hablar. O quizá temieran que la vibración de sus voces amenazara con hacer bascular un bloque de piedra en equilibrio inestable.

Cull se levantó y miró a su alrededor. Los daños no eran muchos. En las fachadas de los edificios, aquí y allá, algún bloque de granito sacado de su sitio permanecía suspendido en precario equilibrio por encima de la calle. Una mujer, en un acceso de terror, había saltado por la ventana y se había estrellado contra el suelo. Algunas piedras del suelo habían saltado y tenían ahora el aspecto de entreabiertas losas sepulcrales. Algunas líneas telefónicas habían caído y colgaban a lo largo de las gárgolas que adornaban los edificios sobre las que habían sido fijadas.

Sven preguntó en voz baja:

—¿Ha observado usted que las sacudidas se hacen cada vez más frecuentes últimamente? Quizá sea cierto lo que me dijo ese demonio.

—¿Qué demonio? —preguntó Cull.

—Ya sabe usted lo mentirosos que son. Pero a veces llegan a decir la verdad, aunque sea tan sólo para hacer creer que se trata de una mentira. Sea como fuere, ese

demonio pretendía que la Tierra se halla metida en una conflagración atómica. La inmigración aquí es tan intensa que parece como si casi toda la población estuviera muriendo rápidamente. Claro que es difícil determinar en qué momento se producen los acontecimientos en la Tierra, ya que las cronologías terrestre e infernal no concuerdan.

—Sí —asintió Cull—. Si lo que se dice es cierto, hay un desfase. En una ocasión encontré a un viejo que me dijo saber con exactitud que las gentes que murieron a mitad del siglo XVI entraron aquí antes de los que murieron en la primera mitad del mismo siglo. ¿Cómo explicaría usted eso?

—¿Y quién diablos lo sabe? —dijo Sven, con el rostro más congestionado que nunca—. Ocurren aquí cosas tan oscuras, desconcertantes y perturbadoras como en la Tierra. Creo que el ser dejados así en la incertidumbre y la inseguridad forma parte de nuestro castigo. ¡Si al menos lo supiéramos! Pero no sabemos nada. ¡Nunca sabremos nada!

—¿Acaso no sería mejor no haber nacido, no haber existido nunca? —murmuró Cull—. A veces me lo pregunto. A menudo. Pero pese a todas las penalidades, las frustraciones, las humillaciones, las angustias y los sufrimientos que hemos soportado en la Tierra y que continuamos soportando aquí, al menos tenemos la oportunidad de reírnos de todo ello cuando nos plazca. Porque somos seres conscientes y no fragmentos de nada flotando en el vacío.

—¡No puede creer en lo que está diciendo! —protestó enérgicamente Sven.

Tuvieron que bajar el tono de su voz por unos momentos. Una nube de maná se había formado desde hacía un rato sobre la zona donde se encontraban, y los filamentos empezaron a caer. Torbellineaban en el aire mientras la gente corría bajo ellos. Un copo de ellos cayó a menos de veinte metros de Cull y su compañero.

Observaron entonces el tumulto que se formó inmediatamente a su alrededor para arrancar trozos de la sustancia blanda y grisácea, parecida a pasta ligera, que la formaba. Cuando alguien conseguía un puñado, huía rápidamente. Algunos conseguían desaparecer con su botín. Otros tenían que dejarlo caer y huir a toda velocidad al darse cuenta de que habían sido observados por los recolectores oficiales del lugar. En cada zona había recolectores oficiales, sin los cuales la llegada del maná se hubiera convertido cada vez en una verdadera batalla: algunos hubieran tomado mucho más de la parte que les correspondía, mientras otros se quedaban con hambre hasta la llegada de la próxima nube.

Vaya modo infernal de aprovisionar al mundo de alimento, pensó Cull. Se preguntó de nuevo, quizá por décima vez, cómo se formaban las nubes de maná, y cuál era su composición química. Se felicitaban a sí mismo por trabajar en la «Ínter» y no tener que depender de los proveedores de la zona para alimentarse. A veces uno se topaba con controladores viciosos que, a cambio de una ración suplementaria,

exigían servicios de un tipo muy particular. Cull sabía muy bien lo que era aquello: un día en que se sentía enormemente hambriento había cedido a algunas de las demandas de este tipo que le habían hecho. Afortunadamente, luego tuvo el buen sentido de entrar al servicio de la ínter.

Había alcanzado este punto de sus reflexiones cuando su compañero y él llegaron a un bar al extremo de la calle, uno de tantos que se hallaban esparcidos por toda la ciudad. Bajo el efecto de la sacudida telúrica, algunas mesas de piedra se habían volcado, pero las estaban levantando de nuevo. El demonio que hacía de camarero llevaba a los clientes jugo de árbol de roca. Sven se detuvo cerca de una de las mesas redondas sostenidas por una única pata central a cuyo alrededor estaban sentados cinco hombres. Uno de ellos se levantó para dar la bienvenida a los recién llegados, y en su voz Cull reconoció a Fyodor.

Fyodor era un hombre regordete, completamente calvo, que llevaba una barba grisácea e hirsuta que le llegaba hasta la barriga. Tenía una amplia frente, cejas que parecían cepillos, ojillos azules sorprendentemente pequeños, nariz en forma de bola, pómulos salientes; labios carnosos y muy rojos. Sus sienes estaban profundamente hundidas. Las bolsas bajo sus ojos parecían indicar que dormía poco y con un sueño agitado.

—¡Ah, señor Cull! —dijo con voz aguda, estrechando la mano de Cull entre sus gordezuelos dedos—. Siéntese y tome una taza de café con nosotros.

—Preferiría hablar con usted en privado —dijo Cull, mirando a los hombres sentados alrededor de la mesa.

En aquel momento oyeron el mugido de una sirena en la lejanía, y comprendieron que las autoridades venían a retirar a la mujer que se había arrojado por la ventana.

—Llame por teléfono a la «Ínter» —le dijo Cull a Sven—. Si se presenta X, podremos advertirles inmediatamente.

—¿Para qué quiere que les avise Sven? —preguntó Fyodor.

—Esto es algo que no le concierne —dijo Cull—, pero se lo diré de todos modos. Cada vez que hay la posibilidad de que aparezca X, abandonamos todas las demás tareas que estamos efectuando para poner en circuito todas las líneas telefónicas. Queremos saber si X es o no una sola persona. Si apareciera simultáneamente en dos o tres lugares distintos de la ciudad, lo sabríamos inmediatamente gracias a los informes recibidos por teléfono.

—Muy hábil —dijo Fyodor—. ¿Y qué resultado han obtenido hasta ahora?

—Hasta ahora nunca se ha mostrado más que en un solo lugar a la vez —respondió amargamente Cull—. Pero ocurre muy a menudo que aparezca para recoger un cadáver en algún lugar de la ciudad e, inmediatamente después, aparezca en otro lugar distante más de ciento cincuenta kilómetros del primero. Es difícil determinar si ha existido simultaneidad, debido a la ausencia de relojes precisos.

¿Cómo sincronizar dos relojes de arena que se encuentran en lugares muy alejados el uno del otro, cuando basta una minúscula diferencia en el grado de humedad o el grosor de los granos de arena para que se produzca un desajuste entre ellos? Y no se puede utilizar un cuadrante solar en un mundo donde el sol se halla siempre en el mismo lugar en el cielo.

—Si X apareciera en dos lugares distintos en el preciso momento en que el sol se apaga o vuelve a encenderse, entonces podrían saberlo con exactitud —dijo Fyodor.

—Habla usted como un libro abierto —dijo Cull—. Llamaré yo mismo a la «Ínter» —añadió, girándose a Sven. Ya que quería dar parte personalmente a Stengarius de la idea de Fyodor, y atribuirse él el mérito.

Pero colgó antes de haber obtenido la comunicación, ya que un nuevo pensamiento le vino a la cabeza. Las posibilidades de ver aparecer a X en más de un lugar a la vez exactamente en el momento en que el sol se apagaba o volvía a brillar eran muy escasas. Y, para estar seguros de recibir los informes en el tiempo requerido, la «Ínter» debería acaparar las líneas telefónicas cada vez que el sol se oscureciera o se encendiera de nuevo. Sería una operación costosa y exasperante a la vez. Y, si el resultado era negativo, las iras caerían sobre el instigador del proyecto, Cull.

Las sirenas mugían más fuerte, y la ambulancia dobló la esquina de la calle a toda velocidad. Con un chirrido de neumáticos, el coche se inmovilizó a unos pasos del cadáver. El perverso que estaba sobre ella saltó en pie y huyó, con sus ensangrentadas manos levantadas por encima de su cabeza. Se reía con una risa aguda que parecía más bien un grito. Los espectadores, según su temperamento, se burlaban de él o lo insultaban. Cull sabía que el sórdido personaje no iría muy lejos: seguramente había sido observado por algunos agentes de la Ínter, que se harían cargo de él. La «Ínter» no toleraba ningún tipo de perversión, fuera o no nociva. Pero no hacía matar a aquéllos que eran reconocidos culpables, ya que la muerte los pondría fuera de su alcance.

Es por eso por lo que la «Ínter» les hacía castrar, hacía cortar su lengua y les amputaba las extremidades de los cuatro miembros, dejándolos así imposibilitados de perjudicar a nadie ni a ellos mismos. Y tampoco les proporcionaba un carrito para dejarles pedir públicamente caridad; no, la «Ínter» los tomaba a su cargo, los mantenía con vida, aseguraba su subsistencia y sus cuidados corporales, proporcionándoles incluso, de tanto en tanto, lujos tales como café y cigarrillos. El ciudadano medio se hubiera sorprendido de saber que existían en la ciudad un gran número de hombres y mujeres privados de lengua, sexo, manos y pies, que eran mantenidos ocultos de la vista del público. Si lo hubiera sabido, hubiera sentido una mayor admiración aún por el modo como la «Ínter» hacía respetar el orden y la decencia.

Las puertas de la ambulancia se abrieron, y tres hombres descendieron de la cabina del conductor. Dos de ellos, el conductor y su ayudante, llevaban uniformes escarlatas con galones de oro y enormes botones de color negro brillante, y llevaban la cabeza cubierta con un casco de cuero. Aquel uniforme identificaba a los funcionarios al servicio de las autoridades, ya que ninguna otra persona podía procurarse este tipo de ropas. El tercer hombre, incontestablemente, no podía ser más que X. Iba vestido con la túnica blanca con que se le acostumbraba a representar —suponiendo que fuera efectivamente Él— en las imágenes que se presentaban de Él en la Tierra. Llevaba cabellos largos de un color rubio rojizo, y su barba, del mismo color, le llegaba casi hasta el pecho. Sus musculosas y bien formadas piernas estaban desnudas, y sus pies iban calzados con sandalias. Su rostro era el mismo que la mayor parte de la gente atribuía a Cristo. Pero, como nota discordante, llevaba gafas oscuras. Nadie, por lo que sabía la ínter, lo había visto jamás sin aquellos cristales que disimulaban sus ojos. Y aquello volvía locos a los agentes de la ínter. ¿Por qué llevaba X gafas oscuras?

Otro misterio: ¿Por qué se preocupaba tanto —Él o él— por mostrarse? Nunca resucitaba a nadie en público, ni realizaba ningún milagro. No hacía más que velar que el cadáver fuera colocado en la ambulancia. A veces hacía un breve discurso, siempre el mismo. Eso es lo que ocurrió en esta ocasión: cuando el cadáver de la mujer fue metido en la ambulancia, X tomó la palabra, expresándose en la jerga hebrea que todos, excepto los recién llegados, hablaban normalmente:

—Erase una vez un hombre que llevaba una vida virtuosa. Al menos, eso es lo que él creía. Y un hombre es lo que cree ser, ¿no?

»Mientras los resultados de su virtuosa vida se acumulaban a su alrededor, ese hombre se convirtió en un viejo de cabellos blancos y rostro arrugado. Poseía una gran casa, una esposa fiel y sumisa, muchos amigos; estaba repleto de honores; tenía muchos hijos e hijas, y aún muchos más nietos, e incluso algunos bisnietos.

»Pero, como suele ocurrirles a todos los hombres, vio llegar su última hora y se halló tendido en su lecho de muerte. Hubiera podido ofrecerse los mejores médicos y los más eficaces medicamentos, pero todo ello hubiera sido tan inútil como los cuidados de los peores charlatanes y los remedios de las mujeres de pueblo. Lo único que se pudo hacer por él fue colocar entre sus manos un crucifijo, ese crucifijo donde estaba clavado el Hombre-Dios al que había adorado y servido a todo lo largo de su vida.

»El hombre murió, y despertó en un lugar extraño, y se encontró en presencia de un desconocido.

»—¿Es esto el cielo? —preguntó el viejo.

»—Eso depende —respondió el desconocido. Le tendió al viejo una larga espada de doble filo y le dijo—: Para entrar en el cielo tendrás que hacer uso de esta espada.

Si rehúsas, irás al Infierno.

»—¿Y qué debo hacer con esta espada? —preguntó el viejo.

»—Seguirás este sendero —dijo el desconocido, señalando con el dedo un camino a través del bosque—. Conduce a un riachuelo. Al borde de este riachuelo verás, jugando en la orilla, una hermosa niñita de seis años. Actualmente parece no ser más que pureza, alegría e inocencia, pero, cuando se convierta en una mujer, será tan malvada como le es posible serlo a un ser humano. Causará la muerte de miles de hombres, mujeres y niños. Hará torturar a centenares de personas, y gozará oyendo sus aullidos de dolor. Además, dará a luz un hijo que, cuando crezca, será tan nefasto como ella.

»—Matarás a esta niñita. ¡Inmediatamente!

»—¡Matarla! —exclamó el viejo—. ¡No puedes hablar en serio! ¿Es ésta acaso una última prueba a la que quieres someterme?

»—Es una prueba, efectivamente —dijo el desconocido—. Y créeme, no estoy bromeando. No tengo la menor intención de hacerlo. No podrás entrar en el Cielo más que comprometiéndote a matar a esa niñita.

»—Mira a tu alrededor. ¿Reconoces este lugar? Sigues aún en la Tierra, en la encrucijada entre el Cielo y el Infierno. El elegir el camino que deberás seguir es algo que depende de ti. O aniquilas en su capullo esta terrible plaga, antes de que tenga la posibilidad de eclosionar, y cumples así con una grande y noble acción, o antepones la moralidad, tal como la entendéis en tu mundo, a tu amor hacia Dios y hacia el Hombre.

»—¡Pero yo soy un hombre justo! —protestó el viejo—. ¡Y tú quieres que cometa un mal para demostrar que soy justo y bueno!

»—Seguramente has oído decir, y habrás leído por ti mismo en los libros, que ningún hombre es bueno —respondió el desconocido—. Sólo Dios es bueno. Son las propias palabras de Cristo, que llegó incluso a negar que Él mismo era bueno.

»Tras estas palabras, el desconocido se alejó. El viejo lo observó partir, preguntándose si iba a desplegar sus alas para emprender el vuelo o si repentinamente lo vería como un ser provisto de cuernos, pezuñas y cola antes de hundirse en una llameante sima abierta repentinamente bajo sus pies. Puesto que de pronto le vino el pensamiento de que el desconocido debía ser un ángel, pero quizá más exactamente un ángel caído.

»Pero el Cielo no iba a permitir que tuviera que enfrentarse con un demonio, él que durante toda su vida había resistido con éxito al Diablo para seguir exactamente el camino trazado por Dios. Hubiera sido injusto, inicuo, exponerle a la maldad tras su muerte. Ni los sacerdotes ni los libros habían mencionado jamás tal eventualidad.

»Sin embargo, por injusto e inicuo que todo aquello le pareciera, tenía en su mano una espada de doble filo, con la que sabía muy exactamente lo que tenía que hacer.

Lentamente, se dirigió hacia el camino que le había sido indicado, y muy pronto llegó al lado de la niña, que jugaba inocentemente en la orilla del riachuelo. Entonces Reconoció en ella a su propia bisnieta, la hija de una de sus nietas preferidas. Era una niña encantadoramente feliz, hermosa y excepcionalmente inteligente. ¿Cómo podía llegar a convertirse nunca en lo que había predicho el desconocido que se convertiría?

»Luego, el viejo recordó lo que un sacerdote le había dicho hacía mucho tiempo, y que había sido confirmado por sus lecturas: que, aunque oculto a los ojos de los hombres, el futuro se halla siempre presente en los ojos de Dios. Dios lo sabe todo, desde el principio hasta el fin. El tiempo, en el sentido en que es entendido por los seres humanos, no existe para Él. Basta una sola ojeada divina para escrutar el Alfa y el Omega. Los humanos, por supuesto, disponen de su libre arbitrio, aunque no saben nunca lo que van a hacer. Y todo esto es imposible, se dijo el viejo. Si mato a esta niña, no cometerá todas las atrocidades que aparentemente está destinada a cometer. Morirá como un alma pura e inocente, y dejará de existir en el futuro que está viendo actualmente Dios. Pero entonces, ¿cómo puede Él verla y saber cuáles serán sus acciones futuras? ¡Es imposible! No se trata de que el futuro esté siempre presente ante sus ojos, sino más bien que Él traza el camino que debe seguir este futuro. Así, él ha dictado que esta inocente niña muera ahora o que permanezca con vida para crecer y convertirse en un monstruo. Así pues, todos nosotros estamos predestinados.

»Y si es así, siguió pensando el viejo, ¿por qué entonces, a fin de cuentas, nos ha creado Dios? En el momento en que estaba modelando la arcilla de donde creó a Adán, sabía ya que millones y millones de seres humanos irían al Infierno, y tan sólo unos pocos al Cielo. ¿Nos ha creado entonces porque una pequeña cantidad de bondad pesa siempre mucho más en la divina balanza que una montaña de maldad? ¿O porque Él es el Creador y no puede dejar de crear, sean cuales sean las consecuencias que resulten de esta creación para sus impotentes criaturas?

»El viejo no hallaba ninguna respuesta a todas estas preguntas. A cada uno de sus pensamientos se oponía otro, y reflexionar sobre ello no hacía más que embrollar las cosas. Para hacer el bien, debía cometer una maldad. Sencillamente, así era. No tenía más que una sola salida: dejar de pensar y tener fe.

»Es por ello por lo que el viejo se dirigió lentamente hacia la niña que le daba en aquellos momentos la espalda. Levantó su espada.

»Entonces se le ocurrió otro pensamiento...



---

Aquí se detenía siempre el discurso de X.

Fyodor, que permanecía de pie al lado de Cull, empezó a sollozar ruidosamente. Las lágrimas corrían abundantemente a lo largo de sus mejillas, humedeciendo su barba.

—He oído contar esta historia al menos doce veces —dijo en medio de sus sollozos—, y estoy seguro de que, si yo fuera capaz de acabarla correctamente, ¡me sentiría libre para abandonar este lugar!

—No es más que un nuevo engaño destinado a mantenernos en la eterna duda, en la esperanza de que existe algún fin a todo esto —dijo Cull, mirando rencorosamente a X.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Fyodor, agarrando el brazo de Cull y mirándole fijamente con sus ojos llenos de lágrimas.

—Tenemos ante nosotros a uno de esos falsos profetas... —empezó a decir Cull.

Y en aquel momento se preguntó si X no sería el agente de una organización de la misma naturaleza que la Ínter, pero desconocida de todos. Si así era, ¿qué provecho sacaban de todo aquello X y su organización? ¿Y por qué había recibido el poder de resucitar a los muertos si no era más que un hombre?

Fyodor siguió interrogando a Cull. Pero éste no podía explicarle que la «Ínter» elevaba a la categoría de nuevas religiones los simples rumores que corrían, aprovechándose del poder así ejercido sobre los conversos y de las contribuciones que éstos aportaban a la organización. En aquel mismo momento, en toda la ciudad, gran cantidad de hombres y mujeres estaba preparando sermones fundados en la primera de las suposiciones que Fyodor había comunicado a Cull por teléfono. Y la multitud, más hambrienta de esperanza que de alimentos materiales, les escucharía y les creería. Luego, cuando la confianza empezara a disminuir al ver que las promesas no se iban cumpliendo, les sería ofrecida una nueva esperanza. Y se convertirían de nuevo.

Por supuesto, existía siempre un pequeño núcleo de personas difíciles de convencer, que se agarraban al pasado. Pero también éstas eran juguetes en las manos

de la ínter, que en materia de teología sabía convertir cualquier astilla en una flecha...

—¡Tiene que ser Él! —dijo Fyodor—. Aún no se ha perdido toda esperanza. No todo está perdido. Cull, usted sabe que el tiempo aquí no parece tener mucha relación con el tiempo terrestre. Sabemos que Él pasó tres días en el Infierno. Pero tres días terrestres. ¿Cuánto tiempo representa esto aquí en el Infierno? Quizá permanezca aquí hasta la muerte del último hombre de la Tierra, aunque para la Tierra saliera de la tumba hace ya muchos siglos para ascender al Cielo... ¿Puede probar usted que estoy equivocado? ¿Él darnos una nueva oportunidad, no sería la cosa más humana, más equitativa, que Él podría hacer?

—¡Está usted loco! —dijo Cull, preguntándose cuánto tiempo necesitaría para ir a telefonar a Stengarius a fin de hacerle partícipe de aquella nueva hipótesis—. No puedo probar que está usted equivocado, pero tampoco puede probar usted que tiene razón.

—¡La fe! —gritó Fyodor—. ¡La fe y nuestro amor por Él son los únicos remedios! —y se lanzó hacia X, arrodillándose ante él y besando la orla de su túnica—. ¡Maestro! —gritó—. ¡Decidme que estoy aquí tan sólo para expiar mis faltas y mis dudas! Vos sabéis que Os amo y que siempre Os he amado. ¡Os amaría incluso aunque Os equivocara! ¡Aunque hubierais sido condenado al exilio eterno en este lugar, aunque hubierais elegido quedaros para siempre aquí por causa de Vuestro amor al hombre, renunciaría de buen grado al Cielo para permanecer a Vuestro lado durante toda la eternidad!

X miró a Fyodor bondadosamente, y posó suavemente una mano sobre su cabeza. Pero pasó ante él sin decir una palabra.

Cull no podía explicarse por qué la actitud de Fyodor lo ponía furioso. Pero tomó un trozo de basalto del tamaño de un puño que había caído de una gárgola y lo lanzó contra él con todas sus fuerzas. La piedra alcanzó a Fyodor en la nuca y lo hizo caer cara al suelo. La sangre empezó a manar de la herida.

A la vista de la sangre, la multitud lanzó un rugido.

Hostil pero silenciosa en presencia de X, despertó brusca y ruidosamente a la vida. Varios hombres se lanzaron hacia delante y se abalanzaron sobre X y sus dos asistentes, mientras otros se esforzaban en volcar la ambulancia. En menos de tres minutos el vehículo yacía de lado, y de X y sus acólitos no quedaba más que algunos jirones de carne y ropas esparcidos, y tres cabezas arrancadas de sus troncos.

Bruscamente se hizo el silencio en la multitud. Hombres y mujeres se miraron con aire alucinado. La sangre chorreaba de sus manos, y fragmentos de carne desgarrada colgaban de sus uñas. Algunos tenían incluso sangre en la comisura de sus labios. De repente, presas del pánico, se dispersaron a toda velocidad por las calles, como hojas muertas empujadas por el viento. Cull y Fyodor quedaron solos.

Fyodor se levantó y lanzó un gemido de dolor, mientras se frotaba la nuca.

—Usted es el responsable de todo esto —le dijo Cull—. No tenía que haberlo invocado como el verdadero Cristo. Esto los ha enloquecido. A la gente no le gusta oír blasfemar.

No se trataba de ninguna acusación injusta. Fyodor había sido realmente el instigador de aquel drama, ya que había sido su actitud lo que había exasperado a Cull. ¿Pero qué importaba ahora? Fuera un hombre o un demonio, X resucitaría de todos modos dentro de muy poco. Y si era realmente Aquél a quien Fyodor había saludado en él, no habría sufrido el menor daño.

—Aguarde aquí —dijo Cull a Fyodor.

Se dirigió hacia el edificio que albergaba el teléfono local de la ínter. No había nadie en la oficina: el linchamiento debía haber asustado incluso a los agentes de la ínter. ¿Pero de quién creían escapar? ¿De la multitud? ¿De un Dios vengador? No ocurriría nada. Empezaba a oírse ya un lejano mugido de sirena cuando Cull tomó el aparato.

Contó a Stengarius lo ocurrido. Pero su interlocutor lo interrumpió para preguntar:

—¿Dónde está Phyllis? ¿Se encuentra bien? Dígale que se ponga al aparato.

Cull sintió como si le dieran un mazazo en la cabeza.

—Yo... no... no sé —balbuceó—. Ella ha hecho el viaje en palanquín, ya sabe. Viaja más despacio que yo... aunque de una forma mucho más confortable —añadió amargamente.

—Todo esto ya lo sé —respondió irritado Stengarius—. Llamaré a los distintos puestos del camino para saber si la han visto. Y no intente hacerse el listo con nosotros, Cull.

—Perdón, señor —dijo Cull—, no era ésta mi intención. No he hecho más que comentar un hecho.

—Que no vuelva a suceder. Cuando llegue Phyllis, dígale que me llame inmediatamente.

—De acuerdo, señor. ¿Se ha recibido algún informe de X apareciendo en algún otro lugar?

—Estamos examinando los últimos veinte informes —dijo Stengarius—. Según nuestro reloj de arena, han transcurrido unos diez minutos entre cada una de las apariciones de X. Estos informes cubren también la zona donde se encuentra usted.

—Aguarde un momento al teléfono —dijo Cull—. Está llegando otra ambulancia. Voy a ver si X está en ella.

Se acercó a la enorme ventana sin cristales y miró hacia el exterior.

La ambulancia llegaba girando la esquina de la calle a una tal velocidad que rozó la pared de un edificio y derrapó espectacularmente antes de detenerse al lado mismo de Fyodor. Éste, arrodillado en el suelo, mantenía la cabeza de X apretada contra su

pecho.

Dos hombres saltaron de la ambulancia. Ninguno de ellos era X. Cull se dirigía ya al teléfono para informar a Stengarius cuando observó que el aspecto de los dos hombres era sorprendentemente descuidado. El primero no llevaba gorro, y sus ropas estaban desabotonadas. El segundo iba descalzo y llevaba una colilla colgando de sus labios. Tamaña negligencia era algo inaudito, pero cuando ambos hombres se inclinaron sobre los restos y empezaron a masticar ruidosamente grandes bocados de carne cruda, Cull comprendió que algo no marchaba correctamente allí. Y, cuando sacaron de la primera ambulancia el cadáver de la mujer y se pusieron a descuartizarlo con ayuda del cuchillo que uno de ellos sacó de su bolsillo, Cull se sintió realmente alarmado.

Tras oír su informe, Stengarius se mostró también muy alterado.

—Acabo de saber que el personal de otras dos ambulancias se ha comportado igualmente de un modo extraordinario —dijo—. Además, últimamente un buen número de cadáveres han quedado tirados por la calle, sin que nadie acudiera a recogerles. ¿Qué está ocurriendo?

—¿No hay el menor rastro de X? —preguntó Cull, sin responder a aquella pregunta.

—Usted es el último que lo ha visto. Tengo la impresión de que están ocurriendo cosas muy sorprendentes... aunque sorprendentes no sea la palabra más adecuada. Por otro lado, según el Servicio de Estadística, el número de nuevos llegados ha caído prácticamente a cero desde hace algunas horas. Es como si la puerta de la Tierra se hubiera cerrado bruscamente.

—¿Hay alguna explicación a este fenómeno? —preguntó Cull.

—La única suposición que podemos aventurar es que los últimos seres humanos muertos en el transcurso de la guerra nuclear que se está desarrollando en la Tierra han llegado ya aquí.

Cull se estremeció.

—¿Quiere decir que la humanidad ha desaparecido ya por completo? —preguntó.

—Es demasiado pronto para afirmarlo.

—Escuche, Stengarius...

—¡No jadee de esta manera al hablar!

—¡Usted está jadeando del mismo modo! Esto es lo que quería decirle... La última vez que se interrumpió la inmigración de una forma tan radical fue cuando se apagaron los fuegos. Antes de ello, cesó de nuevo cuando este lugar, que formaba un universo copernicano, se convirtió en un universo einsteiniano. Y, antes de esto, cuando la estructura ptolomea fue remodelada según los datos copernicanos. Las dos primeras transformaciones que acabo de citar fueron catastróficas.

—¿Qué está usted insinuando? —gritó Stengarius—. ¿Que estamos a punto de

sufrir un nuevo cataclismo? ¡Está usted loco! ¿Pretende decir que Einstein estaba equivocado y que...? Vamos, deje de divagar. ¿Qué está pretendiendo? ¿Socavar la moral de la ínter? Usted...

—No hacía más que emitir unas suposiciones —dijo Cull—. Para esto se me paga, creo. Esto es lo que había pensado hacer... si usted me autoriza a ello, por supuesto: Voy a poner sobre sus pies a ese macaco de Fyodor, y vamos a descender juntos hasta las profundidades de este mundo. Y estoy hablando literalmente, ya que Fyodor habló de los albañales, y creo que en ellos puede haber una pista importante. ¿Tiene alguna instrucción que darme antes de que parta?

—No, tan sólo que permanezca en constante contacto con nosotros. Sólo Dios sabe lo que está pasando. ¡Ah, y otra cosa! No olvide a Phyllis...



---

Cull encontró a Fyodor de pie en la calle, sujetando aún la cabeza de X entre sus brazos. Los dos empleados de la nueva ambulancia —demonios, supuso, y no hombres—, apoyados en el capó, masticaban con aplicación. No prestaron la menor atención ni a Cull ni a su compañero.

Cull necesitó algún tiempo para persuadir a Fyodor de que dejara la cabeza de X. El viejo balbuceaba palabras incoherentes, entre las cuales Cull reconoció algo acerca de la «sagrada sangre». Observó que el rostro y la barba de Fyodor estaban manchados de rojo.

—¿Acaso cree usted en la magia? —le preguntó—. ¿Acaso cree que se va a convertir en un santo por el simple hecho de cubrirse con su sangre? Muy pronto va a bebérsela como si fuera vino.

—¡Ya lo he hecho, ya lo he hecho! —gritó Fyodor en éxtasis.

—Y supongo que también habrá comido de su carne.

—¡Oh, sí! Y he notado la divinidad esparcirse en mis entrañas. Como si la tempestad descendiera por mi garganta y penetrara en todo mi ser. Me he sentido semejante a un dios. ¡No, esto es una blasfemia! He sentido la impresión de formar parte de Él.

—Así pues, ahora es usted X —dijo Cull—. ¿Tiene acaso la intención de tomar su lugar?

Y se detuvo repentinamente. Fyodor continuó andando unos metros antes de girarse para ver qué le ocurría a su compañero.

Cull se preguntaba por qué ni él ni nadie habían pensado antes en aquello. A menos que sí hubieran pensado en ello, y X no fuera, pese a su muerte actual, más que su prueba viviente. Pero, si tal era el caso, entonces X pertenecía a una organización detentadora de unos medios de que no podía disponer la Ínter.

Claro que esto no impediría a la «Ínter» servirse de falsos X que recogieran a los muertos y los entregaran al mercado negro, de tal modo que, cuando se presentara el verdadero X, fuera acusado de impostor por los agentes de la Ínter. La multitud, excitada a la violencia, lo despedazaría... exactamente como acababa de ocurrir. En

menos tiempo del que tarda en caer un grano de arena de un reloj, la «Ínter» habría eliminado así a la oposición.

Sólo que... Si X era una de esas Autoridades a las que nadie había visto nunca, o uno de sus agentes, las Autoridades tomarían represalias contra la ínter. Hasta entonces nunca se habían mezclado en sus asuntos, pero la «Ínter» tampoco se había ocupado nunca de las Autoridades.

Sin embargo, X había sido atacado y muerto por la multitud otras veces, en el pasado. Pero siempre había sido el resultado de una violencia espontánea. Y, por lo que sabía, los asesinos no habían sido nunca castigados.

¿Acaso las Autoridades no existían?

Tenían que existir, ya que ningún ser humano era capaz de resucitar a los muertos ni de llegar tan rápidamente al lugar de los hechos.

¿Entonces? ¿Acaso las Autoridades habían confiado a algunos seres humanos unos ciertos poderes —o unos ciertos medios científicos—, que les permitían resucitar a los muertos, tras lo cual se habían vuelto al lugar de donde habían venido?

Había tan sólo un medio para saberlo, y Cull se hubiera dado de golpes por no haber pensado antes en él.

Alarmado al ver que daba media vuelta y volvía sobre sus pasos, Fyodor gritó:

—¡Hey! ¿Adónde va?

—A buscar la cabeza de X —dijo Cull.

La cabeza seguía en medio de la calle, allá donde la había depositado Fyodor con tanta ternura. El rostro miraba hacia el cielo. Pese a la violencia que la había desgajado del resto de cuerpo, las gafas oscuras seguían en su lugar ante sus ojos. Cull estaba tan impresionado por todo lo que había ocurrido que hasta aquel momento no se dio cuenta de lo sorprendente del detalle. Ahora se dijo que bastaba retirarlas para ver los ojos de X. Y esto pensaba hacer, incluso si para ello tenía que levantar personalmente sus párpados.

¿Por qué llevaba siempre X gafas oscuras? ¿Era acaso un demonio? Los demonios, fuera cual fuese su apariencia, humana o monstruosa, tenían todos ojos parecidos a los de los gatos o los lobos, que brillan en la oscuridad cuando una luz se refleja en ellos.

Los ángeles, según le había dicho a Cull un hombre que afirmaba haber visto a uno, poseían también el mismo tipo de ojos. Era lógico, puesto que los ángeles eran demonios no caídos. Si Cull se llevaba la cabeza a un lugar oscuro y dirigía hacia ella un rayo de luz, y aunque sus ojos la reflejasen, no sabría tampoco si X era de origen celeste o infernal. Pero al menos sabría que no era humano.

Uno de los empleados de la ambulancia, inclinado aún sobre el capó, levantó la vista para mirar a Cull. Adivinando sus intenciones, corrió hacia la cabeza de X, se apoderó de ella y, girando sobre sí mismo como un experimentado jugador de rugby,

echó a correr, huyendo. Pero Cull tuvo tiempo de verle esbozar una sonrisa sarcástica que descubrió sus caninos... dos caninos tan largos y afilados que no podían pertenecer a un ser humano.

—¡Detente! —gritó Cull—. ¡Te haré despellejar vivo, maldito, como no te detengas!

El fugitivo giró la cabeza para dirigirle una mueca obscenamente burlesca, y siguió corriendo. Cull se lanzó en su persecución, no solamente para recuperar la cabeza, sino también para intentar descubrir por qué aquel demonio se mostraba tan desobediente. Muchos hechos extraños se habían producido recientemente, y quería intentar descubrir la causa.

Las calles comenzaban a llenarse de nuevo. El demonio atravesó los grupos de gente, que se dispersaron rápidamente al ver el objeto que llevaba entre sus brazos.

Cull iba perdiendo terreno. Sus músculos estaban rígidos, su largo viaje a lomos de hombre lo había agotado. Si el demonio hubiera seguido corriendo, muy pronto hubiera estado fuera de su alcance y de su vista. Pero se detuvo para levantar, con una mano, la pesada piedra que obturaba una de las bocas de los albañales, en medio de la calle, y se metió dentro. Cuando Cull llegó finalmente, no vio más que la oscuridad iniciándose a menos de tres metros del suelo.

Unos segundos más tarde lo alcanzó Fyodor, jadeante, y le preguntó con voz ronca por qué quería recuperar la cabeza de X. Cull le expuso algunas de sus razones.

—Pero —añadió— será mejor abandonar. No podemos seguir a ese demonio aquí dentro.

—¡Oh, sí podemos! —respondió Fyodor, con una extraña sonrisa—. Y ahora mismo si quiere. De todos modos, eso es precisamente lo que teníamos que hacer. — Se metió en el orificio y empezó a descender los peldaños de la escalera de piedra que conducía hasta el fondo del albañal.

—¿Está usted loco? —exclamó Cull.

Fyodor se detuvo, con la cabeza al nivel de la calle, y levantó hacia Cull sus ojillos azul-grises, torciendo la boca en una mefistofélica sonrisa.

—Quizá —dijo—. Pero ésta es la única manera de desvelar algo de los misterios y enigmas de este mundo. Hace ya un tiempo que me di cuenta de ello, sobre todo después de haber visto a individuos muy extraños salir de los albañales o penetrar en ellos mientras yo recorría de noches las calles. Me dije que quizá por aquí se pudiera llegar hasta la morada de X... o, como la llaman algunos, la Casa de los Muertos.

»Así que, a fin de poder hallar mi camino en esos lugares sin luz y afrontar los peligros que nos esperan... los cuales, puede creerme, son muy numerosos, me he dedicado a ocultar bastantes cosas que pueden sernos útiles en lugares seguros de estas tenebrosas profundidades.

El hedor que surgía de la boca del albañal producía náuseas a Cull.

—Vamos, baje —dijo Fyodor—. El olor no va a matarlo. ¿Esperaba llegar al fondo de las cosas sin tener que chapotear en la basura y la corrupción?

—Espere —dijo Cull—. Debo telefonar.

—No tenemos tiempo —dijo Fyodor, y se hundió en las profundidades—. Apresúrese —llegó su voz—, o la cabeza se nos va a escapar.

—¡Nuestras cabezas son las que se nos van a escapar! —gruñó Cull. Pero empezó a descender los peldaños.

En el momento en que sus ojos llegaban a la altura del pavimento, vio a una mujer y cuatro hombres surgir de una esquina. La mujer corría desesperadamente, aunque era evidente que sus fatigadas piernas se negaban cada vez más a obedecer las órdenes de su cerebro. Su carrera era irregular, tropezaba constantemente, y varias veces estuvo a punto de caer. Unos pocos metros más y se derrumbaría definitivamente.

—¡Phyllis! —gritó Cull, deteniendo su descenso. Más lejos vio a un buen número de hombres y mujeres que, por las apariencias, estaban persiguiendo a Phyllis y a los cuatro portadores del palanquín. Corrían tras ellos gritando insultos y amenazas y agitando los unos armas, los otros simplemente sus puños desnudos.

Cull sintió que el terror lo invadía, no tanto a causa del peligro inmediato que corría Phyllis sino por el significado real de aquella escena. Porque, para que la multitud se atreviera a atacar a los agentes de la ínter, era necesario que todo el sistema de valores se hubiera trastocado y que se estuvieran produciendo extraños y terribles acontecimientos. El mundo estaba en plena desintegración.

Phyllis corrió hacia él, jadeante, los ojos desorbitados, la boca ansiosamente abierta, el rostro crispado.

—¡Espere! —gritó Cull a Fyodor, y saltó afuera.

Phyllis, viendo surgir ante ella aquella forma humana que parecía emerger del mismo suelo, adelantó las manos para apartarla, al tiempo que intentaba cambiar de dirección, sin conseguir otra cosa que derrumbarse en brazos de Cull.

Éste la levantó y la arrastró hasta la boca del albañal, tendiéndola a Fyodor y descendiendo luego él. Apresuradamente, volvió a colocar la piedra sobre la entrada.

Llevando a Phyllis, el uno por los hombros, el otro por los pies, Fyodor y Cull se pusieron en marcha en la oscuridad. Cull se sintió presa del pánico al pensar que los perseguidores de Phyllis podían descender por la boca del albañal para proseguir la persecución. Por un momento sintió la tentación de abandonar a Phyllis allí mismo. Hubiera sido lo más justo, ya que esto precisamente era lo que había hecho ella con él: abandonarle.

Pero nadie levantó la losa que cubría la boca del poco de entrada. En pocos segundos, Cull y sus compañeros se hallaban fuera del alcance de los gritos que llegaban desde la calle.

Habían recorrido unos quinientos metros en la oscuridad cuando Fyodor dijo:

—¡Alto! Debe ser aquí.

Dejó las piernas de Phyllis en el suelo, y Cull hizo lo mismo con el resto de su cuerpo. La mujer permaneció tendida en el lugar donde la habían dejado, respirando fatigosamente.

—Que nadie se mueva —dijo Fyodor—. Si dan un paso en una dirección equivocada, pueden caer en las aguas del albañal.

Cull se estremeció, aunque estaba empapado de sudor, al oír el gorgoteo, algunos metros más abajo, de la fangosa y nauseabunda corriente. De pronto, el hedor y el calor se le hicieron intolerables, y sintió tentaciones de huir. Nada le impedía abandonar a Fyodor y Phyllis: no le costará mucho encontrar el camino hasta la escalera y subir de nuevo a la luz y al aire fresco. Ahora, los perseguidores debían haberse dispersado, y aun suponiendo que algunos manifestantes se hallaran aún en la calle, le bastaría a Cull unirse a ellos. ¿Cómo podrían saber que era él precisamente quien les había escamoteado una de sus víctimas?

Además, seguir en los albañales era ponerse en manos de Fyodor. No era imposible que éste les hubiera atraído hasta aquel lugar para abandonarlos allí o quizá incluso matarlos. ¿Quién puede saber lo que pasa por la mente de un fanático? Era un hombre de constitución débil y, muy probablemente, un cobarde. Debía odiar al hombre que se había burlado de su fe y que, con sus sarcasmos, había lanzado a la multitud contra X.

Pero no nos alteremos, se recomendó a sí mismo Cull. Quizá sea yo el cobarde. Lógicamente, Fyodor no tiene ninguna razón para desearme algún mal. ¿Me habría invitado a acompañarle si no hubiera deseado realmente mi ayuda para atravesar estos oscuros y peligrosos túneles? ¿Acaso no cree sinceramente en todas esas estupideces acerca de la fraternidad entre los seres humanos y el amor que hay que sentir hacia los demás, ya que el Padre lo quiere así?

Phyllis, que había recuperado su aliento, preguntó:

—Jack, ¿eres tú realmente quien me ha salvado? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Sí, soy yo, por supuesto —dijo Cull—, aunque debo confesarte que no sé exactamente por qué lo he hecho. Hubiera debido quedarme mirando cómo te despedazaban: es lo que te merecías.

—Entonces, es que aún sigues amándome —dijo ella, sorprendida.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó él duramente—. Deseo tu cuerpo. ¿Qué hombre no lo desearía? ¡Pero te odio!

La voz de Fyodor surgió en aquel momento de la oscuridad:

—Hermano Cull, hermana Nilstrom, vengan. Cojan mi mano y síganme. He encontrado el lugar donde oculté mis provisiones.



---

Cull ni siquiera se había dado cuenta de que Fyodor se había alejado de ellos. Tuvo que reconocer que realmente estaban a merced del miserable viejo.

Phyllis se levantó y tomó la mano de Cull. Éste buscó a tientas la mano de Fyodor y se dejó conducir por éste a lo largo de unos veinte metros. Luego Fyodor se detuvo ante una oquedad en la pared.

—Hay multitud de lugares como éste en los albañales —dijo—. No sé para qué servían al principio, pero he habilitado éste como despensa. Espero que nadie haya descubierto mi tesoro y lo haya utilizado. No se muevan.

Soltó la mano de Cull. Tras unos instantes dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Oh, todavía están aquí!

Cull notó un repentino olor a ácido sulfúrico y una luz surgió de un bastón que Fyodor tenía en la mano.

—Afortunadamente —dijo éste—, hay mucho azufre en el Infierno. Basta rodear una astilla de hueso con hojas de árbol de roca y formar una punta de clorato de potasa y de azúcar extraído de la orina o de órganos. Desgraciadamente, es muy difícil conseguir ácido sulfúrico u otros productos químicos. Hombres malvados controlan su distribución, y he debido entregarme a actos desagradables, por no decir perversos, para comprar estos productos. Pero olvidémoslo. El simple hecho de evocar la perversidad es perverso en sí. Mi disculpa es que necesitaba esos ácidos para conseguir el bien... o al menos lo que yo considero que es el bien. Pido disculpas por el sermón.

Fyodor acercó el largo bastón maloliente a una antorcha. La antorcha se inflamó rápidamente, dando luz, pero desprendiendo al mismo tiempo una gran cantidad de humo. Fyodor encendió una segunda antorcha con la primera, se la tendió a Cull, y dio una tercera a Phyllis. Luego tomó dos paquetes de antorchas y le entregó uno a Cull. Los paquetes estaban envueltos con piel y podían llevarse a la espalda gracias a una correa de cuero. Los dos hombres se echaron al hombro otros tres sacos conteniendo alimentos y botellas de barro cocido llenas de agua.

—Sacos hechos con piel humana —dijo Fyodor—. Comprándolos, he favorecido

el comercio asesino e ilícito de estos artículos. Claro que no he sido yo quien ha degollado a los pobres hombres y mujeres de quienes se ha obtenido esta piel, pero he pagado por el resultado de este trabajo, aunque no lo haya ordenado yo mismo. Sin embargo necesitaba esta piel, como necesitaba también esos bastones, para alcanzar mi meta. Y esta meta, que es determinar lo que es bueno y justo, ¿acaso no es buena en sí misma?

—¿Qué importa matar o no? —dijo Cull—. De todos modos, la muerte no es aquí un estado permanente. Matar a un hombre equivale a procurarle un poco de sueño. Tendría que sentirse agradecido por ello.

—¡Oh, pero así se podría decir lo mismo de los asesinatos cometidos en la Tierra! —hizo notar Fyodor—. Si un hombre debe revivir en el más allá, ¿por qué es un crimen matarlo? No, incluso aquí la muerte constituye una ingerencia en los asuntos y el destino del hombre. Matar a un hombre equivale a interferir en su libre arbitrio. Mientras no moleste a los demás, cualquier hombre debería poder actuar como le pareciera.

»Pero dejémonos de discusiones... El demonio debe estar ya lejos ahora. Claro que él no ve más que nosotros sin luz. Pero quizá sea un habitante de estos lugares y pueda orientarse en la oscuridad a tientas. Sigamos nuestro camino.

Se sumergieron en un mundo limitado a la derecha por paredes de metal blanco y a la izquierda por el tembloroso resplandor de las antorchas. A lo largo de la curvada pared había un pasadizo de casi un metro de ancho. Dos metros por debajo de ellos se deslizaban las viscosas aguas del albañal. Cull no conseguía distinguir la otra orilla del canal ni la pared que lo cerraba al otro lado.

—¿No hay peligro de que los gases concentrados en el albañal estallen al contacto de nuestras antorchas? —preguntó.

—Sí —dijo Fyodor—. Pero éste no es el mayor de los peligros que nos amenazan.

—¡Ah! —exclamó Cull, demasiado aterrado para pedir mayores detalles. Lo único que se atrevió a preguntar fue—: ¿Quién construyó estos albañales?

—No lo sé —dijo Fyodor—. Los demonios, probablemente. Y bajo la dirección de las Autoridades, supongo, cuando este mundo fue reconstruido según la estructura einsteiniana.

Pronto llegaron a un puente de metal blanco que cruzaba el canal en un lugar donde éste se estrechaba.

—El canal tiene aquí una bifurcación que vamos a seguir —dijo Fyodor. Se acercó al puente, una simple pasarela de sesenta centímetros de anchura, sin parapeto—. Hum —murmuró—. Parece que la reciente sacudida sísmica ha provocado una ampliación de la anchura del canal. Afortunadamente, aunque éste sea un fenómeno difícilmente explicable, este metal parece susceptible de dilatarse. Ignoro en qué

medida, y espero no llegar a saberlo nunca.

Atravesaron el puente, y giraron para introducirse en un nuevo túnel. Tras atravesar un segundo puente, siguieron el túnel de la izquierda.

—¿Cómo sabe que el demonio ha ido por aquí? —preguntó Cull.

—No lo sé. Pero presumo que ha regresado a la Casa de los Muertos, de donde venía. Si éste es el caso, podremos hallar su rastro.

Cull no comprendía muy bien lo que significaba todo aquello, pero decidió seguir a Fyodor. No había otra elección: Fyodor sabía dónde iba, mientras que él no tenía la menor idea. Y, cuando hubieron girado una vez más por el túnel, se dijo a sí mismo que indudablemente ya no era capaz de volver sobre sus pasos.

Fue entonces cuando empezó a preguntarse si Fyodor no sería también un demonio.

¿Quizá les estaba conduciendo a la tortura? Cull se maldijo por no haber pensado antes en aquella posibilidad. Se quedó algo más atrás y repentinamente llamó:

El pequeño eslavo se giró. Mantenía su antorcha tras él, de modo que sus ojos no eran iluminados más que por la de Cull.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada —dijo Cull—. Creí haber visto algo moverse entre las sombras. —Interiormente lanzó un suspiro de alivio: los ojos de Fyodor no habían brillado en absoluto.

—Si ve alguna cosa, sea lo que sea, grite —dijo Fyodor—. Yo haré lo mismo. De este modo, si uno de nosotros es atacado o inmovilizado por un obstáculo, los demás tendrán tiempo de defenderse.

—Su idea es muy estimulante —observó Cull.

Phyllis lanzó un gemido y se acercó a Cull.

—Jack, ¿debemos realmente seguir nuestro camino? ¡Tengo miedo!

—¿Acaso preferirías regresar al lugar de donde has venido y ser despedazada por tus perseguidores?

—Sí, preferiría correr este riesgo; al menos sabría lo que me espera. Mientras que aquí... Hay quizá cosas peores que ser despedazada. Además, es posible que allá arriba la «Ínter» haya recuperado el control de la situación.

—Lo dudo —dijo Cull—. Están ocurriendo cosas muy graves y muy importantes. Y por mi parte estoy decidido a saber Quién o Qué dirige este Infierno.

—¡Imbécil! —exclamó ella—. ¡Le diré a Stengarius que has faltado a tus deberes, que no te has ocupado de mí! ¡Y él hará que te arranquen la lengua, te corten los testículos, te machaque los huesos de las manos y los pies! ¡Te hará sacar los ojos!

—¡Stengarius! —se burló Cull—. ¡Eso es lo que te hará a ti, sucia mentirosa!

Phyllis jadeaba. Calló por unos instantes. La luz de su antorcha iluminaba su blanca piel, sus ojos aterrados, las arrugas que se habían formado en su frente y entre

su nariz y su boca. Parecía haber envejecido repentinamente.

Hizo visera con una mano sobre su rostro y suplicó:

—¡Jack, te lo ruego! ¡Llévame de nuevo allá arriba! ¡Por favor! ¡Siento tanto miedo! Escucha... —dudó unos instantes, luego dulcificó su voz—: haré todo lo que quieras.

—¿Todo? —insistió Cull.

—Sí... todo.

—No —dijo él—. No aceptaría ni aunque supiera que el hacerlo te iba a hacer sufrir. Estoy tras la pista de algo que me parece más deseable aún que la venganza.

—¡Maldito! —gritó ella—. ¡Te odio! ¡Olvida lo que he dicho! ¡No intentes tocarme nunca, nunca... tu contacto me hace estremecer!

—Entonces —dijo él, manteniendo un tono tranquilo a costa de un gran esfuerzo—, pese a tus palabras no hubieras hecho todo lo que yo hubiera querido. Porque yo quería que me amaras, que te entregaras a mí de buen grado, con alegría, y que experimentases placer con ello. Y no hubieras podido ocultar tus sentimientos: aunque hubieras querido, no hubieras sido capaz.

Ella no respondió. Cull se alejó. Oyó a Fyodor exclamar, con un gruñido de satisfacción:

—¡Ya no estamos lejos de nuestro objetivo! Esto es la pared exterior de un conducto de aireación. Tóquela. Si no me equivoco, la Casa ha de estar ahí, al lado mismo.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Cull.

—Aparentemente, no hay ninguna entrada por este túnel. Así que tendremos que descender al nivel inferior. Si existe alguna entrada aquí, ha de estar más abajo.

—¿Qué? —exclamó Cull—. ¿Me ha arrastrado hasta este lugar infecto sin estar seguro de que había una entrada?

—¡Debe existir forzosamente una más abajo! Si no, ¿cómo se aprovisionarían? X y sus ayudantes no abandonan jamás la Casa excepto para ir a recoger a los muertos. Pero la Casa es demasiado pequeña para que permanezcan constantemente encerrados en ella. Sígame. Sé donde se halla esa entrada de abajo, pero nunca he tenido el valor de llegar hasta ella. Ahora que tengo a alguien conmigo...

Avanzaron hasta el extremo de la gran curva que describía el túnel. Al final de ella había, en la pared, un orificio que permitía apenas introducirse por él a un hombre llevando una carga sobre su hombro. En el centro de la chimenea vertical a la que se abría el orificio vieron un tubo cilíndrico de metal blanco. Cull lo rodeó con las manos y observó que sus dedos se tocaban en el otro lado. El metal parecía seco pero grasiento al tacto.

—Parece una de esas barras que utilizan los bomberos —dijo Cull—. ¿Pero hasta dónde desciende? ¿Hasta el fuego?

La luz de su antorcha iluminó una parte de la chimenea. No se podía ver el fondo, pero tenía que existir alguno para sostener la base del tubo. Aunque, ¿era necesario?

—Descender por aquí no presenta ningún problema —dijo—, pero ¿cómo subir luego? Nos va a ser imposible izarnos a fuerza de músculos. El cilindro es demasiado liso.

—Siempre podemos ascender apoyando la espalda contra la pared de la chimenea —dijo Fyodor—. ¿No comprende que esto confirma mi teoría? Puesto que es tan difícil ascender por aquí, esto quiere decir que utilizan esta chimenea para bajar deben tener otro medio para volver a subir...

—Quizá —dijo Cull—. Usted primero.

Fyodor se sentó en el borde de la chimenea y extendió las piernas para tocar el otro lado.

—Tengo que sujetar la antorcha con una mano y el cilindro con la otra —dijo—. Pero no puedo apoyar mi espalda contra la pared, ya que mi paquete podría desprenderse. Así que deberé contentarme con utilizar una sola mano para sujetarme.

—No lo conseguirá nunca —protestó Cull—. No sea estúpido.

Encendió otra antorcha y la dejó caer en la chimenea. Descendió a plomo, vertical a causa del peso de la mecha encendida. Las paredes de la chimenea se fueron iluminando y hundiéndose de nuevo en la oscuridad a medida que la antorcha proseguía su descenso, cada vez más rápida.

—¿A qué distancia está el fondo? —preguntó Cull.

—No lo sé. Y sólo hay una forma de enterarnos.

La antorcha, que ya no era más que destello minúsculo, dejó repentinamente de brillar, sin que pudiera saberse si era porque había tocado el fondo y rodado fuera de su vista o porque había llegado tan abajo que se había vuelto prácticamente invisible. Como había dicho Fyodor, sólo había un medio de saberlo: descender.

Fyodor se deslizó al interior de la chimenea, sujetándose al cilindro central con una mano y las dos piernas cruzadas, mientras sujetaba la antorcha con la otra.

Cull se sentó en el suelo y abrazó a su vez el cilindro.

—¿Vienes? —le pregunté a Phyllis, sin girar la cabeza.

Con voz temblorosa, pero en la que asomaba un tono de desafío, la joven respondió:

—Puedo ir a cualquier sitio donde tú vayas, maldita hiena. ¡Y mucho más lejos aún!

Cull sonrió ligeramente y se dejó deslizar a lo largo del cilindro. Afortunadamente, su superficie era extremadamente lisa. Por supuesto, había de todos modos una fricción que frenaba su deslizar, ya que de otro modo hubieran descendido a la velocidad de un tren expreso. Pero aquella fricción gracias a la cual podían, apretando fuertemente el cilindro, realizar su trayecto a una velocidad

normal, no era suficiente para despellejarles manos y piernas.

Cull tuvo la impresión de que tardaban mucho en alcanzar el fondo. De hecho, el descenso duró aproximadamente un minuto y medio, si su cálculo del tiempo era correcto. Encontró a Fyodor esperándole, con la antorcha levantada por encima de su cabeza y escrutando la oscuridad. La luz de la antorcha revelaba otros túneles y otros canales, completamente idénticos a los del piso superior. No había el menor rastro de la antorcha que había dejado caer Cull. Debía haber rebotado en el suelo y caído en las aguas del albañal, a unos quince metros más abajo.

—El aire se ha ido haciendo más frío a medida que descendíamos —dijo—. ¿Nota esa corriente de aire? ¿Y dónde ha ido a parar el hedor de arriba?

—Quizá nos hayamos acostumbrado a él —dijo Fyodor.

—No, ha sido reemplazado por un perfume. ¿No lo huele?

—Nunca he tenido mucho olfato —dijo—. Soy sordo a los olores... si me permite usted la expresión.

Pero no era sordo a los sonidos: reaccionó tan rápidamente como Cull ante el mugido que resonó de pronto, con múltiples ecos.

—Dios del cielo, ¿qué es esto? —preguntó Cull con voz sorda—. ¿De dónde...?

—De este lado, creo —dijo Fyodor, señalando con su mano libre el túnel que había detrás de Cull. Temblaba de pies a cabeza. Phyllis, tras ellos, se mantenía aferrada al cilindro.

—Vayamos por el otro lado —dijo Cull.

Un nuevo mugido resonó por el tubo. Esta vez venía de la parte opuesta a la indicada por Fyodor.

Cull dejó caer su antorcha, empujó a Phyllis con tanta fuerza que la hizo caer, y se sujetó de un salto al cilindro seco al tacto, de modo que uno se podía sujetar firmemente a él. Cull trepó durante unos cincuenta metros, ayudándose con manos y rodillas, y luego se detuvo para mirar hacia abajo. Fyodor no le había seguido; permanecía de pie junto al cilindro, con los ojos levantados hacia él.

—Ahora que ya sabe que puede trepar fácilmente por él, ¿por qué no vuelve aquí abajo? —preguntó.

—¿Acaso no ha oído usted esos mugidos?

—No tengo la menor intención de abandonar ahora. Si usted renuncia, seguiré solo. Pero me sentiré mucho más animoso si prosigue usted conmigo.

Cull se preguntó por qué no continuaba trepando. No sentía la menor confianza hacia la opinión de Fyodor. ¿Quizá simplemente tenía miedo de subir solo a la superficie? A menos que la curiosidad se sobrepusiera lo que ocurría en las entrañas de aquel mundo. Así pues, se dejó deslizar nuevamente hacia abajo.

Phyllis se había levantado y mantenía su antorcha en la mano. Cull giró la cabeza ante su despectiva mirada.

Guiados por Fyodor, siguieron el túnel, que se ensanchaba a cada paso. Muy pronto la luz de las antorchas no alcanzó el otro lado. De pronto se hallaron de pie sobre un estrecho reborde. A unos cincuenta metros bajo ellos se deslizaba un río de negruzcas aguas. En su superficie aparecían burbujas. Luego, de pronto, se produjo un remolino, y una cabeza apareció entre las aguas.

Tendría unas seis veces el tamaño de la de Cull. Completamente calva, dominada por una frente hundida, su rasgo más dominante eran cuatro pabellones auditivos parecidos a los de los elefantes y dos enormes ojos negros. No tenía nariz. Su enorme boca, de gruesos labios, estaba muy abierta, dejando ver una hilera de dientes de animal carnicero y dos retorcidos y afilados colmillos. La lengua, de una longitud desmesurada, colgaba hasta el agua, y los tres seres humanos pudieron constatar que estaba recubierta de centenares de minúsculos y puntiagudos dientes.

Era una cabeza de demonio, ya que cuando se giró hacia ellos sus ojos brillaron a la luz de la antorcha.

Cull ignoraba la profundidad de la corriente de agua y por lo tanto el tamaño del monstruo. Quizá pudiera saltar fuera del agua y, apoyándose en tierra firme, izarse hasta ellos.

Precisamente en el momento en que este pensamiento acudía a su cabeza, el demonio levantó fuera del agua su mano derecha. En realidad no era exactamente una mano, sino más bien una pata... y esta pata sujetaba entre sus garras una pierna humana. Mientras lo observaban, el monstruo dejó caer la pierna sobre su lengua, que se enrolló, retirándose hacia la enorme caverna de su boca. Luego sus labios se cerraron, y Cull y sus compañeros oyeron horrorizados, el ruido de sus dientes crujiendo al ritmo de su masticación.

Los ojos del monstruo, de quince centímetros de ancho, estaban fijos en ellos con una mirada interrogadora, como preguntando: ¿A quién le toca ahora?

Lentamente, los tres seres humanos se alejaron andando de lado, sin atreverse a dejar de mirar al monstruo. Hubieran podido escapar corriendo, pero temían que les siguiera a nado.

—Quizá esta pierna pertenezca al monstruo que perseguíamos —dijo Fyodor en voz muy baja—. Los demonios suelen devorarse entre ellos. Un demonio es capaz de cualquier cosa en cualquier lugar y en cualquier ocasión.

—No le demos esta ocasión —murmuró Cull, apresurando el paso.

Repentinamente, el monstruo abrió su enorme boca y estalló en una estruendosa risa. ¡Se echó a reír! ¡Como si esto fuera lo único que les faltase oír! Presas del pánico, los tres seres humanos echaron a correr, tambaleándose por la fatiga.

Finalmente se sentaron para recobrar aliento, y sus miradas se dirigieron hacia las viscosas aguas. No había el menor rastro del demonio, pero esto no quería decir que

no estuviera oculto bajo la superficie.

—Los demonios también tienen que comer —dijo Fyodor, cuando hubo recuperado el aliento suficiente para articular algunas palabras—. Y puesto que no encuentran bastante carne humana como para saciarse... —señaló con un mano algunos excrementos que flotaban en la superficie del agua—. Probablemente sean necrófagos. De todos modos, aseguran la limpieza de los albañales.

Indudablemente tenía razón, pensó Cull, estremeciéndose. Pero esto no disminuía en nada el peligro.

Poco después iba a saber que no eran tan sólo los demonios quienes, en aquellos túneles, oficiaban de gorriones, buitres, chacales o hienas.



---

Habían reanudado su marcha, y recorrido unos tres kilómetros, cuando oyeron un rumor de voces. No podían hacer otra cosa más que seguir su camino en dirección a ellas, es decir, hacia adelante. Poco después divisaron a cuatro seres humanos (?) de pie en la orilla, con el agua cubriéndoles hasta el pecho. Eran dos hombres y dos mujeres, y todos se cubrían los ojos con sus manos para protegerse de la luz de las antorchas.

Muy cerca de ellos se encontraba la primera de las numerosas islas que Cull y sus compañeros iban a hallar en el río. Era de forma ovalada y muy llana, del mismo metal grisáceo que el túnel, y se extendía a lo largo de unos quince metros, sin sobresalir en ningún momento más que unos treinta centímetros del agua.

Cull se estremeció ante el pensamiento de que el destino de aquellos desdichados seres podía ser el suyo. ¿Habrían penetrado también ellos en los albañales para desentrañar sus secretos y, habiéndose extraviado e incapaces de hallar la salida, se habían visto obligados a vivir allí, comiendo, para asegurar su subsistencia, todo lo que podía constituir un alimento, por repugnante que fuera?

No, se juró a sí mismo, prefiero ahogarme en estas viscosas y nauseabundas aguas que convertirme en lo que son ellos: unos pobres restos humanos condenados a chapotear y a buscar a tientas su sustento entre los desechos.

Pero... ¿y si aquellos pobres seres habían precisamente intentado ahogarse, para ser resucitados en el mismo lugar? ¿Y si no existía ningún medio de salir de los albañales?...

Fyodor se acercó al borde de la corriente e, inclinándose hacia las aguas, dijo a las cuatro criaturas:

—No tengan miedo. No les haremos daño. Por el contrario, queremos ayudarles. Tenemos con nosotros una cuerda: se la lanzaremos y les sacaremos de aquí.

—¿Ha perdido usted la cabeza? —murmuró hoscamente Cull—. Van a robarnos nuestros víveres, quizá incluso nos arrojen a la corriente y nos dejen allí. ¡No podemos correr ese riesgo! ¡Vámonos!

Las chapoteantes criaturas no respondieron inmediatamente. Por entre los

resquicios de sus dedos cruzados contemplaban a Cull y a sus compañeros. Sus ojos parecían irse habituando poco a poco a aquella luz que, al principio, les había cegado. Probablemente aquellos tres seres humanos no eran para ellos más que yagas siluetas que sus ojos, heridos por el resplandor de la antorcha, apenas podían distinguir. Pero sin duda habían visto bastante para lo que querían hacer. Uno de los hombres se inclinó para tomar un puñado de excrementos y lo lanzó fuertemente contra Fyodor. El eslavo, demasiado sorprendido por aquel ataque para apartarse a tiempo, lo recibió en la barba y el pecho.

Aullando y lanzando risotadas, el otro hombre y las dos mujeres imitaron a su compañero. Cull y Phyllis se apresuraron a ponerse fuera de su alcance, pero Fyodor recibió todos los proyectiles.

Temblando todo él, incapaz de hablar, el rostro empurpurado, el viejo eslavo permaneció de pie, con las manos sujetando la cuerda que iba a lanzar. Finalmente, en el momento en que los cuatro ocupantes del río se inclinaban para recoger nuevas municiones, consiguió salir de su embotamiento y huir.

Cull esperaba oírlo maldecir, pero eran plegarias —un poco incoherentes tal vez— lo que recitaba Fyodor en voz baja. Parecía estar implorando misericordia para aquéllos que le había atacado cuando él les ofrecía su ayuda.

—¡Les llama usted pobres diablos! —estalló Cull—. Pero no están locos. Son felices aquí, ¡les gusta lo que comen! No sienten el menor deseo de que nadie les ofrezca su ayuda. Nosotros constituimos un peligro para ellos.

—Está usted equivocado —murmuró Fyodor, con sus ojillos muy abiertos por la sorpresa.

—Tenemos que sacarlos de allí, llevarles nuestra ayuda incluso si la rehúsan — insistió Fyodor, apresuradamente a volver hacia atrás.

Pero se detuvo al oír un agudo grito proveniente del río. Cull, a la luz de su antorcha, pudo ver lo qué ocurría. Los habitantes de los albañales, excitados por la intrusión de los tres seres humanos, habían olvidado su habitual vigilancia. Una monstruosa cabeza acababa de aparecer en la superficie del agua, seguida de un largo torso rematado en aletas parecidas a las de las focas. La lengua del demonio, de un metro de largo, se había enrollado alrededor del brazo de una de las mujeres. Los centenares de minúsculos dientes que cubrían aquella lengua se clavaron en la carne, y el monstruo arrastraba a su presa hacia las profundidades. Los otros tres, gritando y agitando sus brazos, chapoteaban en dirección a la isla ovalada tan aprisa como podían.

El demonio desapareció bajo el agua, y la cabeza de la mujer se sumergió a su vez. Hubo un burbujeo en la superficie... y eso fue todo.

Al menos, eso es lo que creyó Cull. Pero, unos segundos más tarde, la mujer reapareció y nadó penosamente hacia la isla. La sangre chorreaba de las heridas que

cubrían todo su cuerpo, manchado de rojo la negruzca agua del río.

Pero sus esfuerzos fueron vanos. La lengua se enrolló alrededor de una de sus piernas, fue arrastrada de nuevo hacia atrás, y muy pronto el agua la recubrió. Cull y sus compañeros aguardaron unos instantes, pero no vieron el menor rastro de ella.

—¿Ahora —gritó Fyodor a los otros tres—, queréis aceptar nuestra ayuda?

—¡Iros al diablo! —gritó uno de los hombres. Pese a las protestas de Fyodor, Cull lo aferró por el brazo y la apartó de allí. Luego, cuando el viejo hubo dejado de sollozar y estuvo lo suficientemente calmado como para escucharle, le dijo:

—¿No se da cuenta de que gozan con su degradación?

—¿Por qué ha luchado tanto defendiendo su vida? —preguntó Fyodor—. ¿No cree que debería haberse sentido feliz de morir?

—No —dijo Cull—, no lo creo.

—¿Por qué? —insistió Fyodor, mirándole escrutadoramente—. ¿Porque es usted como ellos? ¿Sería usted como ellos si viviera aquí?

Cull no respondió.

Un momento más tarde, al rozar la pared del túnel, Cull se sobresaltó como si algo lo hubiera quemado o alguien lo hubiera mordido.

—¡La pared está ardiendo! —dijo—. Bueno, no exactamente ardiendo, pero sí muy caliente.

Desde aquel instante, siguió andando apoyando su mano derecha contra la pared. El calor persistió durante unos doscientos metros. Luego, la temperatura de la pared volvió a ser normal durante los siguientes doscientos metros. Y de repente la pared se volvió fría, helada, con vapores de condensación formándose en su superficie. Permaneció fría durante doscientos metros; luego, volvió a ser tibia. Después de nuevo muy caliente. Luego tibia. Después fría. Y así sucesivamente.

—Tras estas paredes deben circular los conductos de aire frío y aire caliente —dijo Cull—. Es algo lógico. Ya sabe usted que muchas de las estatuas de la ciudad son en realidad bocas de aireación. En algunas de ellas entra el aire caliente, mientras que de otras surge el aire frío. Siempre he sabido esto, y sé también el por qué es así. Vivimos en un mundo cerrado, en el cual, la luz proviene de un solo frío y donde el calor es producido por la radiación humana de millones de cuerpos cálidos. Si no existiera ningún medio para enfriar el aire, nos habríamos asado hace ya mucho tiempo a causa del calor acumulado que emana de nuestros cuerpos.

»¿Pero de dónde viene el aire frío? ¿Acaso existen gigantescos aparatos de refrigeración enterrados en las profundidades bajo nosotros? ¿O tal vez se utilizan otros medios?

—Hay algo que no funciona en su teoría —hizo notar Fyodor—. Cuando este mundo se dilata y las ciudades de la superficie cambian de lugar, los conductos de aireación deberían ceder. Y sin embargo, parece que esto no se produce. El equilibrio

entre calor y frío es mantenido. ¿Entonces?...

—Ésta es una observación muy interesante —dijo Cull—. Puesto que la aireación no se interrumpe, esto quiere decir que los conductos no se rompen. O, si se rompen, son reparados o reemplazados inmediatamente. Pero esto parece poco probable dado el enorme trabajo y la cantidad de materiales que necesitarían esas reparaciones. Sin hablar del tiempo. Es por esto por lo que...

—¿Qué? —insistió Fyodor.

—Estoy dispuesto a jurar que...

Cull se interrumpió al notar el metal temblar bajo sus pies. Los ojos de Fyodor, al igual que los de sus compañeros, se agrandaron por el espanto. Cull, que se había apoyado en la pared para mantener el equilibrio, notó que la pared también temblaba. Mirando hacia adelante en el túnel, tan lejos como alcanzaba la luz de la antorcha, vio pasar por el suelo una especie de ola metálica.

El túnel empezó a curvarse. Luego, como un elástico tenso, soltado de repente, recuperó su primitiva posición. Un segundo más tarde el fenómeno se inició por el otro lado... a menos que fuera el otro lado el que se desplazara, o que los dos desplazamientos fueran simultáneos.

No había ningún lugar donde refugiarse. Por otro lado, Cull y sus compañeros tenían bastantes problemas en mantener el equilibrio como para preocuparse de nada más.

Los tres lanzaron un simultáneo grito de horror al sentir el suelo elevarse y girar bajo ellos. Y cayeron del suelo a la pared del túnel, que repentinamente se convirtió en suelo.

Siguieron gritando cuando el agua del río cayó sobre ellos, mientras se esforzaban en sujetarse al metal para no ser arrastrados por la corriente.

El agua los cubrió totalmente, de modo que, muy a pesar, tuvieron que dejarse flotar a lo largo de la pared para poder respirar.

Y luego, tan bruscamente como había ascendido, el agua volvió a caer, arrastrándoles consigo, y los tres se hallaron en la cresta de una ola que los empujaba hacia la otra pared. Cull se dio cuenta de lo que ocurría. La antorcha de Fyodor se había apagado, pero él había conseguido mantener la suya por encima del agua con una mano, mientras con la otra golpeaba el inmundo fluido para mantenerse a flote. Fyodor se encontraba a su derecha, apenas a un metro de distancia, de modo que Cull pudo ver la otra pared precipitarse contra él. Pero no pudo ver a Phyllis.

Luego, en el preciso instante en que iba a ser aplastado, el agua se apartó bruscamente de él. La inercia lo condujo suavemente contra la pared. Se deslizó por ella y se encontró de pie en el pasadizo que había a lo largo de la pared. A la luz de su antorcha, pudo ver a Fyodor, muy cerca de él, también de pie, y a Phyllis, que había perdido su antorcha, unos metros más lejos. Entonces el túnel se enderezó.

Habían dejado de gritar, pero jadeaban alocadamente. Fyodor, con la boca abierta, hinchaba y deshinchaba su pecho a un ritmo rápido, pero Cull no podía oírlo respirar ya que el rugir del agua cubría cualquier otro sonido.

Finalmente, el tumulto se calmó, y la superficie del agua volvió a adoptar un aspecto tranquilo y oleoso. Unos minutos más tarde Cull oyó a Fyodor resollar penosamente.

—Esto responde a su pregunta —dijo Cull—. Si los túneles y los conductos no ceden es porque la sustancia de que están hechos es capaz de dilatarse, doblarse y retorcerse como ningún material surgido de manos humanas puede hacer.

—¿Pero no hay ningún límite a su posibilidad de dilatarse? —preguntó Fyodor—. Uno creería que... El suelo retembló de nuevo; y Cull sintió una violenta náusea. Tenía la impresión de hallarse en el interior de una monstruosa serpiente que estuviera escalando una escarpada colina. La parte del túnel donde se hallaban se inclinaba hacia arriba. Ante ellos, hasta una distancia de doscientos metros, el túnel volvía a enderezarse, y luego desaparecía de su vista describiendo según todas las apariencias una curva descendente.

Inmediatamente después, el túnel se inclinó hacia un lado. Cull y sus compañeros gritaron al sentirse deslizar a través del pasadizo. Pero cuando, sin ningún punto de apoyo al que sujetarse, iban a caer al agua, el túnel se enderezó de nuevo. Y el río, que ahora se deslizaba quince metros más arriba que su primitivo nivel, se hundió mugiendo en el túnel.

Faltó poco para que los tres compañeros fueran arrastrados por la violencia de la corriente. Consiguieron a duras penas acercarse a la pared, tan lejos como les era posible del río, y, aunque el agua estuvo a punto de darles un revolcón, consiguieron mantenerse en su sitio.

Con la rapidez de un elevador cayendo, el túnel recuperó su nivel normal y comenzó a enderezarse.

Fyodor gritó. Phyllis también.

Cull empezó a girar y gritó a su vez.

El río, retirándose bruscamente a resultas del regreso del túnel a su nivel normal, había dejado tras de sí un horrible precio: un demonio de los albañales, agarrándose fuertemente a la orilla con sus garrudas patas. Su mandíbula inferior reposaba en el suelo del pasadizo, y su lengua estaba enrollada en torno a la pierna derecha de Phyllis.

Cull, lanzando gritos de odio y de terror, saltó hacia la enorme cabeza y empezó a patear furiosamente uno de los gigantescos ojos. ¿Uno de los ojos? No: el ojo. Puesto que el monstruo era un cíclope, y su único ojo brillaba en medio de su hundida frente.

Cull pateó varias veces la pupila, hasta que consiguió reventar el ojo.

El demonio dejó oír un silbido y soltó su lengua de la pierna de Phyllis. Su

cuerpo, que tenía las dimensiones del de una ballena, rodó por el suelo, dejando ver una herida circular de unos treinta centímetros de diámetro, un agujero de donde brotaba sangre. Era esta herida la que los había salvado, y no el hecho de que Cull hubiera cegado al monstruo. Proyectado contra un obstáculo, probablemente una isla, por la violencia de la corriente, el demonio había sido herido mortalmente. Al agarrar a Phyllis no había hecho más que obedecer a un reflejo de agonía.

Los tres seres humanos se alejaron precipitadamente. Cull sintió un golpe en la cabeza y gritó aterrorizado. Trozos de tierra y fragmentos de roca empezaron a caer a su alrededor.

Saltó hacia atrás, chocando contra Phyllis, que se encontraba a su lado, y levantó los ojos. En el gris metal se había formado una fisura, por la que empezaban a caer barro y piedras. Pero, mientras Cull miraba, la fisura empezó a cerrarse: lentamente, los bordes se fueron aproximando.

—Dentro de cinco minutos la fisura estará cerrada —dijo Cull.

—¿Ha observado que el metal estaba muy caliente? —hizo notar Fyodor.

—Es el roce. El calor proviene de la dilatación y de la contracción del metal.

Dieron algunos pasos, seguidos por Phyllis, que no podía retener sus sollozos. De pronto, Fyodor se detuvo.

—¡Ahí hay un agujero enorme! —Adelantó su antorcha hacia el mismo, y luego la retiró vivamente al darse cuenta de que iba a apagarse—. ¡Es un conducto de aireación! —observó.

Cull notaba desde donde se encontraba la corriente de aire frío que escapaba del conducto. Tras asegurarse de que la abertura era lo suficientemente grande, pasó la cabeza por ella. Había luz suficiente en su interior como para permitirle ver el conducto en toda su longitud. En su parte superior, a lo lejos un gran cuadrado de luz señalaba el lugar por donde salía el aire. Se hallaba a una tal altura que la parte inferior del conducto tendría que estar sumido en las tinieblas. Sin embargo, no era éste el caso: había una definida penumbra. Quizá las paredes internas del conducto estaban recubiertas de una sustancia que reflejaba la luz. Además, al alcance de su mano, y a todo lo largo del conducto, había una serie de peldaños metálicos.

Cull retiró su cabeza y le comunicó a Fyodor lo que acababa de ver. Luego sugirió:

—Utilicemos los peldaños para descender. Siempre podremos volver a subir si es necesario. Tal vez este conducto descienda hasta lo más profundo de este mundo.

Antes de que Fyodor tuviera tiempo de protestar, si en algún momento había tenido esta intención, Cull empezó a descender los peldaños. Fyodor y Phyllis le siguieron sin decir palabra. Por encima de ellos, los bordes del agujero por el que habían pasado se estaban acercando silenciosamente, cerrándose. Pero Cull no creía que llegaran a cerrarse del todo, ya que realmente era demasiado grande. Debía

existir un límite a la facultad de regeneración de la sustancia gris.

Este pensamiento le llevó a otros, que le hicieron estremecer. La sustancia gris debía haber sido concebida para resistir a sacudidas normales. Pero ¿qué es lo que provocaba ahora sacudidas de una tal violencia? ¿Qué había ocurrido en la ciudad que estaba encima de ellos?

Era inútil pensar en aquello. Era mejor descender lo más aprisa posible.

El aire se desplazaba hacia arriba a una velocidad de unos cuarenta kilómetros por hora. Cull y sus compañeros tenían que sujetarse fuertemente a los peldaños para no ser arrastrados. Hacía frío. Antes de que alcanzasen el fondo del conducto, sus dientes castañeteaban, y los dedos de sus pies y manos estaban entumecidos. Cull se alegró de llevar sandalias. Como estaban empapados, el frío les calaba aún más. Afortunadamente, el aire era seco, de modo que secó rápidamente sus cuerpos.

Al llegar al último peldaño, observaron que debían dejarse caer desde una altura de unos dos metros y medio al suelo. El fondo del conducto era el punto de unión de cuatro túneles horizontales. El aire soplaba con fuerza desde cada uno de ellos, y ascendía hacia el orificio situado en la parte superior del conducto. Al igual que el propio conducto, los túneles estaban débilmente iluminados.

—Seguiremos el túnel más cercano —decidió Cull, para evitar largas y penosas discusiones.

Se puso en marcha, con los hombros encogidos para protegerse del viento que soplaba en el túnel. La antorcha de Fyodor se había apagado. El vaho de su aliento era barrido inmediatamente por el viento. Cull se dijo que, si la temperatura descendía más, muy pronto iban a estar tan helados que se convertirían en una presa fácil para cualquier demonio que merodeara en busca de alimento por aquel Infierno glacial.

Al cabo de cinco o seis kilómetros, Cull se giró para observar a sus compañeros, esperando hallarlos desanimados y dispuestos a regresar por donde habían venido. Pero no era así, y Cull tuvo que reconocer a regañadientes que eran más valerosos que él.

Cada cuatrocientos metros aproximadamente llegaban al fondo de un conducto de aire donde los extremos de cuatro túneles se unían en ángulo recto.

—No comprendo la forma en que está instalada esta red —dijo Cull—. ¿Dónde van a parar los conductos de aireación? Uno creería que el aire caliente desciende directamente hasta aquí para ser enfriado. Pero parece existir una red de túneles horizontales inmediatamente encima de éstos. ¿Tal vez el aire caliente es conducido por conductos horizontales antes de descender a este nivel? Es una buena pregunta. ¿Y qué ocurre con la humedad producida por el aire al enfriarse? Tiene que ser eliminada de una u otra forma, o de otro modo los túneles no tardarían en verse obturados por el hielo.

Fyodor se encogió de hombros, sin responder, Phyllis permanecía silenciosa. Los tres castañeteaban los dientes.

Siguieron avanzando, sin darse cuenta del nuevo descenso de la temperatura ni del aumento de la velocidad del viento. Cull comenzaba a decirse que su valor y su decisión no eran de hecho más que estupidez, y que deberían decidirse a subir por un conducto de aireación. Pero se dio cuenta de que esto no serviría de nada. Efectivamente, una vez llegados al orificio superior del conducto, tendrían que dar un salto que podía ser mortal... ya que las bocas de aireación solían estar situadas muy por encima del nivel del suelo. Y si no encontraban otra abertura en la pared del conducto, ¿cómo podrían regresar al túnel de los albañales? Según todas las apariencias, el sistema de aireación y la red de los albañales estaban completamente separados el uno de la otra, sin que existiera ninguna comunicación...



---

—¡Hey! —gritó de pronto Fyodor.

Se detuvo tan bruscamente que Phyllis, que le seguía muy de cerca, chocó contra él. Cull se detuvo también para observar con sorpresa una bóveda que señalaba el final del túnel, formando una estancia de unos doce metros de largo. La estancia estaba desprovista de todo mobiliario, pero a la altura de los ojos de Cull, como clavada a la pared que tenía enfrente, había una minúscula lucecita, o más bien un destello, ya que no emitía radiaciones. Cull penetró en la estancia y observó que el aire era mucho más cálido que en el túnel. Allí no soplaba el viento. Parecía como si hubieran entrado en la bóveda a través de una puerta invisible e impalpable que se hubiera cerrado tras ellos.

Sus dos compañeros lo habían seguido. Cull se detuvo en seco. La luz se hallaba al otro lado de una ventana. Y ésta tenía la forma de un simple círculo cortado en la pared.

Cull miró por la ventana, sintiendo que su corazón latía fuertemente, ya que aquella abertura tenía algo de extraño y aterrador.

Vio el pequeño disco de luz que había observado al principio. Y luego, a su lado, otro disco. Y, mucho más abajo, un racimo de una docena de otras luces semejantes.

—¿Qué es eso? —murmuró Phyllis.

—Estrellas —dijo Cull.

Los brillantes destellos derivaban ahora hacia la derecha. Una enorme estrella azul (¿a cuántos años-luz de distancia?), apareció ante sus ojos. Luego, bajo ella, una blanca nube destellante en cuyo interior había núcleos más blancos aún. La estrella azul, y la galaxia —o la nebulosa gaseosa—, se deslizaron hacia la derecha, y una enorme masa negra ocupó su lugar. Había la suficiente claridad como para permitir constatar a Cull que la masa debía haber sido fabricada por manos humanas, o su equivalente, ya que tenía la forma de un espejo elíptico cóncavo y sus bordes estaban repletos de antenas de extrañas formas.

También esta masa derivó hacia la derecha. Algunas estrellas siguieron su camino. Luego apareció una nueva máquina, con aparentemente el mismo tamaño y

la misma configuración que la anterior. Luego otras estrellas, en número reducido. Después otra máquina. ¿O era la misma que había visto antes?

—Estamos mirando a través de un orificio practicado en el casco de un satélite artificial —dijo Cull—. ¿Pero un satélite de dónde? ¿De nuestra propia galaxia?

—No entiendo nada —dijo Fyodor.

—Yo tampoco —reconoció Cull.

Tendió un dedo hacia la ventana, y el dedo pasó a través de ella. Esperó sentir el espantoso helor de aquella temperatura cercana al cero absoluto. Pero no experimentó ni calor ni frío. Simplemente, una sensación de resistencia. Su dedo había rebasado como un centímetro la ventana cuando empezó a notar esta resistencia. Cull retiró el dedo y golpeó con el puño la sustancia invisible. El puño rebasó la ventana hasta la altura de la muñeca y entonces fue inmovilizado. Cull lo retiró.

—Este casco, o envoltura, o lo que sea, parece rodear todo este mundo —dijo—. Si es así, debe permitir la dispersión del calor... salvo en la inmediata proximidad de esta ventana. Es así cómo se enfría el aire cálido del interior: por contacto con la envoltura fría de este... mundo... o de este Infierno si prefiere llamarlo así.

—¿Para qué deben servir esos aparatos... esas máquinas que flotan ahí? —preguntó Phyllis.

Cull alzó los hombros. Durante un largo momento, en silencio, los tres contemplaron girar el universo ante ellos.

Más tarde, en un instante determinado, el suelo y las paredes retemblaron, y comprendieron que la tierra y las rocas situadas encima de ellos (o más exactamente más adentro de ellos) debían estar desplazándose.

Cuando la sacudida acabó, Cull dijo a sus compañeros:

—Seguramente habrán hablado alguna vez con gentes que han vivido en la Tierra en los tiempos antiguos. Decían que este mundo era plano. Luego fue remodelado, a través de una serie de cataclismos, hasta alcanzar su forma actual. Un poco más tarde, comenzó a entrar en expansión. Esto ocurrió aproximadamente en la época en que empezaron a llegar aquí las gentes que vivían en la segunda mitad del siglo xx.

Fyodor no respondió. Phyllis siguió mirando al exterior.

Un sordo rugido agitó el túnel, y la estancia tembló de nuevo.

—Salgamos de aquí —dijo Cull—. Creo que ya hemos descubierto todo lo que podíamos descubrir.

Regresaron por donde habían venido. Pero, al llegar al segundo punto de unión de los túneles, comprendieron la causa de todo aquel estruendo. Enormes bloques de roca habían caído en el conducto de aireación, bloqueando el paso en la dirección por donde habían venido.

Sin perder tiempo, Cull retrocedió hasta el conducto anterior. Tanto él como sus compañeros se desembarazaron de sus sacos de provisiones y de los recipientes de

agua, no conservando más que las cuerdas, dos antorchas y las cerillas. Luego saltaron para agarrarse más sólidamente a los peldaños, ya que las paredes del conducto oscilaban de nuevo. Por encima de ellos hubo un ruido de explosión, y empezaron a caer fragmentos de rocas. Afortunadamente, la fisura que lo había originado todo se había formado en el lado opuesto a donde se hallaban ellos, y las piedras no les alcanzaron. Al menos esto es lo que creyó Cull, hasta el momento en que alcanzó el lugar. Entonces constató que el conducto se había hendido al menos en las tres cuartas partes de su circunferencia. El extremo de la irregular hendidura separaba dos de los peldaños. Si se decidían a correr el riesgo, Cull y sus compañeros tenían tiempo de deslizarse por la abertura al interior de un túnel horizontal. Cull decidió intentarlo.

Fyodor le siguió a poca distancia.

Phyllis pasó justo en el momento en que la abertura empezaba a cerrarse de nuevo. Su pie rozó la cortante arista y empezó a sangrar.

Cull examinó rápidamente la herida, pero inmediatamente después se puso en marcha a lo largo del túnel. Creía que se hallaban lo suficientemente cerca de la superficie como para poder hallar una salida. Estaba contento de la oportunidad que les había brindado aquella fisura. Cull se imaginaba a sí mismo y a sus compañeros llegando a la parte superior del conducto para encontrarse atrapados allí, sin poder descender al suelo sin tener que saltar una altura de treinta metros, sino de trescientos.

Su cálculo era exacto. Muy pronto llegaron a un cilindro como el que habían hallado antes, que ascendía por el centro de una chimenea de una veintena de metros de altura, conduciendo a otro túnel. Al extremo de este túnel había luz. Se dirigieron rápidamente hacia allá, pero se detuvieron en seco antes de llegar al final.

Ante ellos se alineaba una larga hilera de estatuas de piedra.

Ídolos. Ídolos rotos.

La primera de aquellas estatuas, burdamente tallada en la roca, representaba a un ser semihumano puesto en cuclillas. Bajo la prominente barriga se apreciaban unos enormes órganos sexuales, macho y hembra, estando situado el órgano hembra inmediatamente debajo del órgano macho.

Los dos siguientes ídolos tenían una apariencia más humana, y no eran en absoluto hermafroditas. El macho enarbolaba un falo gigantesco. La hembra tenía enormes senos, un hinchado abdomen, caderas y muslos bien desarrollados. Esos dos, así como un ídolo andrógino, eran los únicos de toda la hilera que poseían una cabeza. Las demás estatuas no eran más que restos de bustos cuyas cabezas yacían por el suelo.

A juzgar por las señales que se apreciaban en los cortos y gruesos cuellos de las tres primeras estatuas, era evidente que también sus cabezas, en alguna determinada

época, habían sido separadas de sus troncos. Pero habían ido vueltas a colocar en sus respectivos cuellos. Cull supuso que para ello se habría utilizado alguna especie de sustancia aglutinante, lo cual significaba que aquel era un trabajo que habían hecho los demonios, ya que los seres humanos no habrían podido conseguir un adhesivo tan fuerte.

Él y sus compañeros pasaron revista silenciosamente a las Mieras de estatuas, desfilando ante los torsos humanos y semihumanos, ante las cabezas de toros, de leones, de halcones, de ibis, de chacales, ante los bustos de dioses y diosas, y también de demonios con seis brazos, o cuatro brazos y ocho piernas, ante cabezas de rostros imberbes y barbudos que yacían por el suelo.

En cuatro ocasiones se hallaron frente a rígidos cuerpos humanos, momificados, apoyados contra la pared. Todos ellos tenían su cabeza.

Luego, al final de la hilera, cerca de la salida del túnel, vieron una cabeza.

La cabeza de X, arrancada hacía un tiempo de su cuerpo, yacía ahora en el suelo, y sus ojos les miraban fijamente.

Fyodor se echó a llorar.

—¡Deje de lloriquear! —gritó Cull—. Tenemos cosas más importantes que hacer. Necesitamos descubrir lo que significa todo esto.

Pasando ante la cabeza, alcanzó la salida del túnel. Vio que se hallaba en la ladera de una colina, en el exterior de las murallas de la ciudad. Y ésta parecía un campo de batalla. Las murallas exteriores, derrumbadas hacia afuera, habían puesto al descubierto en su caída las torres desmoronadas, los enormes edificios reducidos a escombros. Los gigantescos bloques de piedra que formaban las murallas y las torres habían caído y se habían desmenuzado como si fueran de cartón piedra. Y los bloques de piedra que formaban las estatuas y los cilindros que rodeaban los conductos de aireación se habían desmoronado también, dejando al descubierto la sustancia gris, horriblemente retorcida.

Toda la extensión del desierto estaba llena de grietas y simas. Una larga fisura en zigzag, que partía del centro mismo de la ciudad, atravesaba la llanura y se perdía de vista en la distancia. Y había miles y miles de otras fisuras más pequeñas y más cortas.

Bruscamente, el túnel de donde habían emergido los tres compañeros se retorció como una anguila, y el atronador ruido de la sacudida resonó en el interior de sus paredes como en un titánico altoparlante. Y por encima de todo aquel estruendo, Cull oyó una risa aguda, parecida a la de una hiena... una explosión de alegría que se producía a menos de un metro a sus espaldas.



---

Era un demonio. El mismo demonio que había huido por los túneles de los albañales, llevándose consigo la cabeza de X. Estaba de pie muy cerca de Cull, las manos en las caderas, la cabeza echada hacia atrás, la boca muy abierta, riendo desaforadamente en un explosivo acceso de hilaridad.

Antes de que Cull decidiera lo que tenía que hacer, Fyodor, echándole a un lado, regresó al interior del túnel, se arrojó sobre el demonio. Le hizo caer al suelo y empezó a golpearle frenéticamente la cabeza contra el suelo, aullando:

—¡X! ¿Por qué X? ¿Quién es él?

Cull corrió hacia ellos y, agachándose, sujetó los brazos del demonio para ayudar a Fyodor a inmovilizarlo contra el suelo. De pronto el demonio dejó de reír, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, y un incontenible torrente de sollozos surgió de su garganta.

Fyodor, inmovilizado por la sorpresa, dejó de golpear su cabeza contra el suelo. Cull no estaba menos sorprendido que su compañero, ya que nunca antes había visto llorar a un demonio.

—Hombres —exclamó el demonio a través de sus lágrimas—, hay tantas cosas que vosotros ignoráis. Pero hay también tantas que ni siquiera yo conozco. De hecho, estoy tan desprovisto de recursos y de esperanza como vosotros mismos.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó Cull.

—Bueno, yo no soy exactamente un demonio. No al menos en el sentido que lo entendéis vosotros. Pertenezco a una raza, a una especie, que podría ser calificada de extraterrestre. Los habitantes de nuestro planeta se parecen físicamente a vosotros. La diferencia estriba en que, en nuestro mundo, muchos de nosotros han sido provistos de formas y atributos para los cuales no habían sido destinados por la Naturaleza. Manipulaciones genéticas, transmutación directa de las configuraciones protoplasmáticas, todo ello trae consigo modificaciones en la apariencia. Teníamos razones para proceder así... razones que no tengo la menor intención de explicaros.

Cull comenzaba a sentir náuseas, a causa del efecto combinado de giro, vaivén y zarandeo a que habían estado sometidos a lo largo de toda su exploración de los

túneles. Pero se forzó a no pensar en ello, ya que quería saber todo lo que el demonio tenía que decirles.

—Este lugar es también el Infierno para nosotros —prosiguió el demonio—. Pero no somos muy numerosos aquí porque ya hemos dejado de existir en nuestro planeta. Nuestra raza se extinguió hace ya mucho tiempo, justo en el momento en que comenzábamos a civilizarnos... al menos en el sentido en que nosotros entendemos esta palabra, que no es ni con mucho el que vosotros le dais.

—¡Está bien, está bien! —interrumpió Cull—. ¿Pero qué son los objetos que rodean esta esfera? ¿Quién los ha puesto ahí, y para qué sirven?

—¿Quién? —gritó el demonio—. ¡Los Otros! ¡Los Otros!

—¿Qué Otros? —gritó Cull, como un eco.

El mugido y los gritos que provenían del exterior del túnel eran ensordecedores. Y las contorsiones del túnel eran cada vez más intensas.

—¡Otra especie de seres inteligentes, infinitamente más antiguos que cualquiera de nosotros, incomprensiblemente más sabios y mucho más poderosos! ¡Nosotros los ofendimos, y éste es nuestro castigo!

—¿Pero y nosotros? —gritó Cull—. ¿Qué les hemos hecho nosotros?

—Vosotros también les habéis ofendido. Antes, hace mucho tiempo

—¿De qué modo? ¡Si ni siquiera les conocemos!

—¡Fueron vuestros más antiguos antepasados quienes cometieron la ofensa!

—¿Pero de qué modo? ¿Y quiénes son esos Otros?

—¡No puedo decíroslo! ¡No, no puedo! Esto forma parte de nuestro castigo. Hemos sido transformados, inhibidos. Sufrimos una compulsión. ¡Nos está prohibido deciros lo que sabemos! Ya os he dicho todo lo que me era posible decir. ¡Y, a causa del terror, he hablado incluso más de lo que me era posible!

—¿Pero qué son esas máquinas que rodean esta esfera? ¿Qué significa nuestra resurrección física en este lugar? ¿Cómo y por qué ha sido fabricado este mundo?

—Este mundo no es ni metafísico ni sobrenatural. Es un mundo físico, que obedece a leyes y principios que conocemos. ¡Hay algunas leyes que nosotros ignoramos, pero Ellos las conocen! ¡Ellos poseen el Poder! ¡El Poder del que nos hubiéramos visto investidos nosotros mismos si nuestra propia arrogancia y nuestra locura no nos hubieran desposeído de él! ¡El Poder que vosotros, seres de la Tierra, hubierais podido detentar si hubierais conseguido vencer vuestra estupidez!

—¡Dinos lo que debemos hacer! —gritó Cull.

Pero Fyodor golpeaba de nuevo la cabeza del demonio contra el suelo, mientras gritaba:

—¡X! ¡X! ¡Háblame de X!

De repente, con esa inestabilidad de temperamento y esa impulsividad de comportamiento que caracterizaba a aquellas criaturas, el demonio se echó a reír. No

históricamente, sino francamente divertido.

Rio hasta casi ahogarse. Luego, serenándose ya, gritó:

—¿Me creeríais si os dijera que X era un traidor a la causa de los seres humanos? ¿Que nos ayudó porque quería atormentaros dejándoos acariciar una vana esperanza?

—¡No, no lo creeré! —aulló Fyodor.

—¿Y me creeríais si os dijera que es el Salvador en quien depositabais todas vuestras esperanzas, pero que, en este universo cerrado, tenía que actuar siempre según las órdenes que le daban los Otros y obedecer Sus leyes?

—¡No! ¡No! —repitió Fyodor.

El demonio se echó nuevamente a reír antes de continuar:

—¿Y me creeríais si os declarara que todo lo que os he contado no es más que una mentira? ¿Que todo lo que voy a deciros ahora será también otra mentira... aunque tal vez se deslicen una o dos verdades en medio de esas mentiras? ¿Por qué no tendríais que creerme? ¡Vosotros, los terrestres, y vuestro sentido de la verdad! ¡Me ponéis enfermo! ¿Qué es la verdad?

Cull hubiera deseado poder matarlo en aquel mismo instante. Estaba perdiendo la cabeza, como Fyodor. Éste, engaritando sus manos en torno a la garganta del demonio, intentaba estrangularlo. Su rostro estaba tan rojo como el del propio demonio. Cull se levantó, vacilando, e intentó patear el rostro del demonio. Anhelaba sentir los huesos crujir bajo sus pies, hubiera deseado aplastar su nariz, hacer saltar sus dientes, reventar sus tímpanos, arrancar sus ojos...

Hubo un estrépito parecido al que haría, al caer, un gigantesco árbol. Cull fue proyectado contra la pared del túnel. Aunque aturdido por el choque, se dio cuenta de que aquella porción del túnel había sido arrancada de su lugar y precipitada lateralmente colina abajo.

El túnel rodó varias veces sobre sí mismo. Sus ocupantes: Fyodor, Phyllis, el demonio, Cull, los bustos de piedra, las cabezas de las estatuas, los cuerpos momificados, la cabeza de X, rodaron al mismo tiempo que él. El túnel cilíndrico descendió por la ladera de la colina, mientras sus ocupantes se deslizaban y caían los unos sobre los otros en su interior. Cull se preguntó cómo no habían sido aplastados por las estatuas. Salieron indemnes, aunque en un momento determinado uno de los ídolos pasó tan cerca de Cull: que le despellejó un hombro. No fueron aplastados, pero las piernas de Cull se enredaron con las del demonio, y éste aprovechó la ocasión para hacerle una llave y sujetarlo firmemente, reduciéndolo a la impotencia.

—¿Lo ves, hombrecito? —exclamó, radiante—. ¡Este mundo es el Infierno! ¡Es realmente un mundo sobrenatural! ¡Lo que viste por aquella ventana no era más que una ilusión, creada para empujarte a continuar tu búsqueda de la verdad y de un medio de evasión!

¡Mentiras, mentiras, mentiras!, pensó Cull. ¡Pero quizás haya una verdad, o una

parcela de verdad, disimulada en medio de todas estas mentiras!

De pronto hubo un estruendo, y el túnel dejó de rodar sobre sí mismo. El demonio fue separado bruscamente de Cull. Antes de que éste pudiera recuperar el aliento, el demonio saltó en pie, se lanzó hacia él y le mordió salvajemente en el hombro.

Al primer momento, Cull estaba aún demasiado aturdido como para sentir el dolor; luego, este dolor se le hizo intolerable.

—¡Es la marca de Caín! —gritó el demonio, con la boca llena de sangre—. ¡La firma de Satán, el mordisco de Baal, como quieras llamarlo! ¡Besa por mí el calvo cráneo de tu amigo el buscador de X! ¡Dile que X sigue aún vivo, y que le proporcionará salud y le dará el paraíso si consigue encontrarlo!

Se echó a reír, con una risa literalmente diabólica.

—¡Mentiras, mentiras, mentiras! —agitó las manos—. ¡Quizá! ¡Adiós, hermano!

Lanzando aullidos lobunos, escapó corriendo del túnel a través del desierto en erupción. Pero no fue muy lejos. A su lado se abrió bruscamente una grieta que avanzó zigzagueando ante sus ojos, ensanchándose a medida que avanzaba y proyectando ramificaciones por todos lados. Una de ellas se abrió bajo los pies del demonio. Éste agitó los brazos en el aire, giró sobre sí mismo en un esfuerzo por huir, pero no pudo escapar a tiempo y cayó dando vueltas, con la boca enormemente abierta en un espantoso rugido que hubiera llegado a oídos de los tres seres humanos de no ser por el espantoso estruendo general. Desapareció en la grieta, agitando por última vez sus piernas en el aire.

Inmediatamente después, el túnel dio una sacudida, como levantado por la cresta de una ola que hubiera atravesado la llanura.

La porción de túnel desgajado empezó a girar. Sus tres ocupantes consiguieron, moviendo los pies, mantenerse en equilibrio, como ardillas en el interior de una rueda.

Pero no pudieron seguir mucho tiempo aquel ritmo; sus piernas les dolían atrocemente, y poco a poco fueron disminuyendo su ritmo. Entonces, el movimiento de rotación ganó velocidad con respecto a ellos, y los arrastró hacia arriba, y los proyectó contra las paredes, y luego de nuevo abajo. Y así una y otra vez.

Hasta que, de repente, el túnel se detuvo con un estruendo.



---

Permanecieron durante algunos minutos tendidos en el suelo, gimiendo y lamentándose. Cull se puso finalmente en pie y dijo, jadeante:

—Tenemos que librarnos de esas estatuas. Hasta ahora hemos tenido suerte. Pero si ese túnel empieza a girar de nuevo sobre sí mismo, puede que la próxima vez no tengamos tanta.

Phyllis, tendida en el suelo, sollozaba débilmente. Fyodor se puso penosamente en pie. Su cuerpo estaba cubierto de sangre y contusiones, y su rostro no era más que una informe masa roja. Cull sabía que él no debía tener mejor aspecto. Apreció en lo que valían los esfuerzos que hacía el pequeño eslavo por ponerse en pie, ya que sus propios músculos parecían pegados los unos a los otros como resultado de los golpes recibidos.

Sin embargo, se obligó a moverse y a empujar las estatuas, intentando arrastrarlas hacia la entrada del cilindro. Eran demasiado pesadas y tenían ángulos aristados que no permitían desplazarlas fácilmente. Tan sólo tras muchos empujones y tracciones combinadas de Fyodor y suyas consiguieron hacer retroceder la primera estatua hasta el extremo del trozo de túnel.

El cuerpo de la estatua era muy grande y la cabeza, parecida a la de un cocodrilo, presentaba alargadas mandíbulas que formaban un ángulo recto con relación al resto del cuerpo. La principal dificultad estribaba en que, cada vez que tocaba el suelo, era necesario levantar la parte superior de la estatua sirviéndose de las mandíbulas como palanca. Afortunadamente, Cull y Fyodor sólo tuvieron que hacerla girar tres veces sobre sí misma para conseguir sacarla del cilindro.

Jadeantes, extenuados, permanecieron un momento de pie, mirándose fijamente. Ninguno de los dos quería hacer el primer gesto para proseguir el trabajo.

—Aún quedan dos —dijo Cull.

Echó una mirada al exterior del cilindro, esperando descubrir algún otro refugio donde pudieran albergarse sin tener que desplazar enormes masas de piedra, un refugio que no estuviera abierto por sus dos extremos y no amenazara con girar sobre sí mismo al menor impulso. Un refugio en el que pudieran cobijarse

confortablemente y sentirse seguros...

Lo que vio lo aterró. La fuerza que había hecho girar el cilindro sobre sí mismo había arrancado también enormes masas de arena y de piedra y las había amontonado en una confusa mezcolanza. El cilindro donde se hallaban Cull y sus compañeros se había inmovilizado cerca de la cresta de una de las olas de tierra, ahora inmóviles. Más allá, todo era un confuso montón de tierra, arena y rocas despedazadas, entremezcladas con destrozados tubos de metal y enormes bloques de granito, basalto y diorita hasta entonces apilados en perfecto orden formando los gigantescos edificios. Edificios que no eran ahora más que ruinas. Quedaban todavía algunos en pie, muy pocos, pero la mayoría yacían caídos de costado, otros incluso completamente invertidos. Muchos de ellos estaban medio enterrados, mostrando tan sólo su parte superior, su costado o su base, según los casos, emergiendo de las profundas simas.

Cuerpos humanos y de demonios, o partes de estos cuerpos, yacían un poco por todas partes allá donde las rocas los habían aplastado. Había árboles de roca arrancados del suelo y diseminados aquí y allá. Aquellos árboles, prácticamente indestructibles, se habían partido en dos e incluso algunos habían saltado en astillas bajo la violencia del choque.

—¿Qué ha podido provocar todo esto? —gimió Fyodor, de pie tras Cull—. ¿Acaso es el fin de este mundo?

—Algo ha frenado la rotación del casco que forma la envoltura periférica de este mundo —dijo Cull—. Y, cada vez que esta velocidad disminuye, las rocas y la arena que se hallan en su cara interna se deslizan de sus lugares, con tendencia a amontonarse en algunos sitios determinados. El roce provocado por el deslizamiento de esas rocas y esa arena provoca también calor. ¿No ha notado el calor que hace ahora?

Fyodor asintió, aunque pensó que el sudor que empapaba su cuerpo podía ser debido también al esfuerzo realizado.

—Desprendámonos de las otras dos estatuas —dijo Cull—. La rotación puede disminuir nuevamente de un momento a otro, o incluso volver a acelerarse. Nadie sabe lo que va a ocurrir.

—¿Para qué luchar? —murmuró Fyodor con desánimo—. De todos modos, terminaremos reducidos a pedazos como todos ellos... —señaló con el dedo varios cuerpos despedazados que yacían cerca, aplastados y triturados como si hubieran sufrido los efectos de un rastrillo y un martillo pilón.

—Quizá no tengamos ninguna posibilidad de sobrevivir —dijo Cull—, pero de todos modos debemos actuar como si tuviéramos alguna.

—¿Pero por qué hemos sobrevivido? —preguntó Fyodor—. Somos también pecadores.

—¡Pecadores! —gimió Phyllis, como un eco—. Sí, hemos pecado. Y ahora tenemos que expiar nuestras culpas.

—¡Cállense los dos! —gritó Cull—. ¡Si no dejan inmediatamente de lloriquear en lugar de ayudarme a desembarazarnos de estas estatuas, les echaré de aquí a base de patadas en sus blandos traseros! ¿Qué es lo que quieren? ¿Suicidarse? ¡Todos sabemos que éste es el más horrible de los pecados! Y si se quedan sentados sin hacer nada, esto equivaldría a un tácito suicido. ¿En qué está pensando, Fyodor? ¡Usted, que logró convencerme de que no debíamos abandonar!

—Pero esto es el Apocalipsis —murmuró Fyodor, con los labios crispados y los ojos fuera de las órbitas—. ¡El Día del Juicio Final! ¿Quién puede sobrevivir ante la cólera de Dios?

—¿Y qué sabe usted de la cólera de Dios? —dijo Cull—. ¡Ayúdeme a echar afuera estos ídolos, o de lo contrario va a saber muy pronto cuál es la mía!

—Puedo irme de aquí —dijo Fyodor, desafiante—. No le tengo miedo.

—De acuerdo —dijo Cull—. Y ahora, ¿va a ayudarme? ¿Va a prestar ayuda a su más inmediato prójimo?

Sin añadir palabra, se inclinó y empezó a empujar una de las estatuas. Sollozando quedamente, Fyodor acudió en su ayuda.

La segunda estatua era más pequeña que la primera, y no tenía ángulos acusados. Gruñendo y jadeando, consiguieron arrastrarla hasta la embocadura del cilindro.

La tercera estatua era la mayor de todas, la más alejada de la entrada, y su mano colgaba como si quisiera agarrarse al metal para no ser movida. Los dos hombres la desplazaron lentamente, haciendo un jadeante alto a cada esfuerzo. Girándose hacia Phyllis, Cull lanzó un par de maldiciones y la conminó a que se levantara y acudiera en su ayuda. La mujer lanzó un gemido y levantó la cabeza para mirar a Cull, a través de los sucios y enmarañados cabellos rubios que caían sobre su rostro en locos mechones. Sus mejillas estaban cubiertas de sangre, sus labios hinchados a causa de un golpe que había recibido, y uno de sus senos estaba a medias cubierto por una mancha de un rojo negruzco.

—Estoy terriblemente cansada —gimió—. No puedo ayudar. Y además, ¿para qué seguir luchando? Fyodor tiene razón: hemos merecido nuestro terrible destino.

Cull le lanzó un golpe en la cara que la hizo caer de espaldas al suelo. Desde allí lo miró, con aire extraviado.

—¡Arriba, maldita puta! —gritó él—. ¡Hasta ahora has conseguido todo lo que querías simplemente tendiéndote de espaldas y abriendo las piernas, pero date cuenta de que esto ya se ha acabado!

Ella intentó escupirle al rostro, sin conseguirlo.

—No piensas más que en salvar tu miserable piel —dijo con voz ronca—. ¿Por qué no te mueres de una vez? ¿Por qué no acabas definitivamente con tu miserable

existencia?

—Porque no quiero —respondió Cull—. Y ahora, levántate.

Se inclinó hacia ella, la tomó de las axilas y la puso en pie. Ella se tambaleó, y hubiera caído si Cull no la hubiera sostenido. Un sudor frío y pegajoso empapaba su cuerpo; temblaba, y transpiraba terror por todos los poros de su piel.

—No quería decirte esto —sollozó—. Pero he visto demasiado: ¡ya no puedo más! ¡Sólo deseo que todo esto termine de una vez!

—Yo tampoco tenía intención de lastimarte —dijo Cull—. Pero debía encontrar algo que te obligara a reaccionar. Ahora, ven a ayudarnos. Cada esfuerzo, por pequeño que sea, contribuirá al resultado final.

Pero Phyllis no les fue de mucha ayuda. La primera vez que intentaron hacer rodar la estatua las manos de la mujer resbalaron y se golpeó contra la piedra.

—Me he hecho daño —lloriqueó.

—Intentémoslo una vez más, y lo conseguiremos —dijo Cull, ayudándola a levantarse de nuevo.

Conjugando sus esfuerzos, lograron levantar la estatua. El ídolo rodó lentamente, y se inmovilizó de nuevo con estruendo. Había salido a medias del cilindro.

—Una vez más —dijo Cull, aunque sin excesivo entusiasmo.

Se daba cuenta de que ahora le fallaban las fuerzas, y con sus fuerzas desaparecería también su voluntad de actuar. Sin embargo, no podían abandonar ahora, si no querían perder todo lo conseguido con sus anteriores esfuerzos.

Rodeó la estatua y salió del cilindro. Afuera, el espeso polvo le hizo toser. Tenía la impresión de que una mano cálida y opresiva estrujaba sus pulmones. Pero consiguió no toser y retener los espasmos que ascendían por su cuerpo.

Inclinándose, sujetó con las manos la cabeza del ídolo y dijo a sus compañeros:

—Empujen, y yo tiraré. Así conseguiremos sacarla fuera.

Fyodor, jadeante, consiguió con la ayuda de Cull hacer resbalar la estatua hasta la arena, fuera del cilindro. Entre los dos consiguieron hacer rodar la estatua más aprisa de lo que hubieran creído posible, pese a lo difícil que era moverla por la arena.

—Ya está —dijo Cull en un tono que quería ser de triunfo, mientras se levantaba penosamente—. Ya le dije que...

Se interrumpió al sentir bajo las plantas de sus pies una sucesión de pequeñas vibraciones, señal premonitoria de futuras sacudidas. Saltó por encima de la estatua para alcanzar el cilindro, y pasó corriendo ante Fyodor y Phyllis para situarse en su centro. Luego se giró hacia ellos y gritó:

—¡Vamos, aprisa! ¡Vengan aquí! —Se tendió en el suelo y, cuando los otros dos estuvieron a su lado, añadió—: ¡Échense al suelo! Usted, Fyodor, siéntese a este lado, de modo que pueda sujetarme a sus tobillos. Tú, Phyllis, tiéndete al otro lado y agárrate a los míos. —El cilindro empezaba ya a retemblar—. Cuando empecemos a

girar, pónganse tensos. Debemos intentar formar una especie de soporte rígido para evitar ir de un lado para otro. Sujétense bien. Esta sacudida va a ser la más fuerte que hayamos experimentado: lo sé.

Apenas había terminado de hablar cuando el cilindro empezó a cabecear y a rodar. Describió media vuelta sobre sí mismo, lentamente, tan lentamente que Cull comprendió que ni sus compañeros ni él podrían mantenerse tan rígidos como hubiera sido necesario. Cuando alcanzaran la parte alta del cilindro y el abajo se convirtiera en arriba, no podrían impedir caer como plomos.

Pero antes de que el cilindro acabara de girar sobre sí mismo, se oyó un gruñido sordo seguido de un rugido, y una nube de polvo penetró en el interior del túnel, cegándoles. El cilindro empezó a girar a una tal velocidad que Cull no se dio cuenta de ello hasta que hubo completado un par o dos de vueltas. Ahora debía moverse a la velocidad de una vuelta por segundo, calculó. La velocidad de giro era tal que la fuerza centrífuga aplastaba a él y a sus compañeros contra la pared del cilindro. Aunque hubieran querido no hubieran podido moverse.

¿Qué iba a ocurrir si el cilindro, girando a esta velocidad, golpeaba contra un obstáculo? Serían sin duda aplastados: sus huesos se harían astillas, su carne quedaría machacada de una forma irremediablemente intolerable.

Cull se dio cuenta entonces de que el sordo golpear y las sacudidas que acompañaban al principio la precipitada carrera del cilindro habían terminado. El movimiento de rotación era ahora regular, como si el cilindro se estuviera desplazando por el aire.

Giró la cabeza y abrió los ojos para mirar por la embocadura. Al principio, sus ardientes y lloriqueantes ojos no vieron más que polvo. Luego, por unos pocos segundos, el polvo desapareció, barrido por el viento, y pudo ver más allá de las grisáceas nubes que giraban.

Lo que vio fue tan inesperado y extraño, que a duras penas pudo creer en sus ojos.

Pero muy pronto tuvo exacta consciencia de las cosas. Y comprendió que, si su alocada carrera le parecía tan regular como si estuvieran viajando por el aire, era que realmente estaban viajando por el aire.

Por el claro dejado momentáneamente por las nubes de polvo, Cull vio el suelo. O más bien la superficie interna de la esfera que formaba los límites en los que estaba encerrado su mundo, el límite entre ellos y el espacio intersticial. Las paredes de la esfera estaban ahora libres de arena, de piedra y de los túneles que hasta ahora la habían recubierto, y una sustancia grisácea y opaca ocupaba su lugar.

¿Pero qué había ocurrido con la capa de arena y de piedras que recubría antes el suelo? ¿Había desaparecido arrastrada a la atmósfera, como habían sido arrastrados ellos mismos?

La esfera debía haber adquirido una velocidad creciente, bajo la acción de una

fuerza increíblemente grande. Luego, tan rápida como también increíblemente, habría frenado su velocidad o quizás incluso se había detenido por completo. Y la capa de sílice que recubría el interior de la esfera, así como todos los seres que se encontraban sobre ella y los edificios donde habitaban, habían sido arrancados también.

Arrancados del suelo y lanzados al aire. Y, si las suposiciones de Cull eran ciertas, nunca volverían a caer. Porque si la esfera había dejado de girar, y la fuerza centrífuga que él había tomado hasta entonces por gravedad había cesado, ni él ni los millones de seres y objetos que se encontraban flotando ahora por la atmósfera volverían a caer jamás. Continuarían su trayectoria en la misma dirección que seguían actualmente, hasta que entraran en colisión con algún otro objeto. Entonces, obedeciendo a la segunda ley de Newton, se desviarían en otra dirección, a una velocidad que se vería disminuida o acrecentada, y siguiendo un vector que dependería de la conjunción de los vectores originales de los dos objetos entrados en colisión. Con el tiempo, su velocidad iría disminuyendo, ya que no se encontraban en el vacío casi absoluto del espacio sino en una atmósfera densa. El roce del aire iría disminuyendo la velocidad del cilindro, pero Cull dudaba que fuera suficiente para permitirles escapar de su suerte. Siguiendo su camino en línea recta, aunque no golpeará con ningún otro objeto, el cilindro terminaría yendo a chocar fatalmente contra la pared interior de la esfera, y sus ocupantes serían aplastados.

Pero Cull se dio cuenta de que, de hecho, morirían mucho antes de esta detención final. El movimiento giratorio rechazaba la sangre de su cerebro y de la parte anterior de su cuerpo, empujándola hacia la parte posterior. Se sintió desfallecer. Muy pronto perdería el conocimiento; luego su cerebro, privado de oxígeno, dejaría de funcionar; los pulmones detendrían su movimiento reflejo, y...



---

De pronto, Jack Cull volvió a la realidad y se dio cuenta de que, al menos por el momento, sus compañeros y él estaban sanos y salvos. El cilindro ya no giraba. Estaba tendido en el suelo del mismo, con Phyllis medio echada sobre él y los pies de Fyodor apoyados contra su cabeza. Vio a Phyllis parpadear y mirarle con aire atontado.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, con voz débil y pastosa.

—Algo nos ha detenido —dijo él.

El interior del cilindro estaba apenas iluminado, pero no era el polvo lo que impedía que la luz penetrara en él. Unos filamentos amarronados y semigelatinosos flotaban hacia ellos, procedentes de las dos embocaduras. Cull no los identificó al primer momento, pero cuando estuvieron lo suficientemente cerca de él como para poder tocarlos con dedos prudentes, supo de inmediato de qué se trataba.

—Estamos en el interior de una nube de maná —dijo—. Debimos entrar en colisión con ella en el mismo momento en que se formaba. Como todavía era muy blanda, nos ha detenido de un modo suave —rio amargamente—. Ahora, todo lo más que podemos esperar es morir asfixiados.

—Quizá podamos abrirnos caminos comiendo el maná que nos obstruye el paso —aventuró Fyodor.

Jack Cull rio de nuevo, sin poder reprimir aquel acceso de intempestiva hilaridad.

Phyllis, sentándose, lo abofeteó con todas sus fuerzas. El resultado de aquella acción fue tan aterrador como inesperado: apenas la palma de su mano entró en contacto con el rostro de Cull, ella se vio lanzada al aire y giró sobre sí misma, yendo a chocar contra la pared opuesta. Rebotó, siguiendo una trayectoria oblicua, y pataleó desesperadamente para estabilizarse, sin conseguir más que quedar cabeza abajo y flotar lentamente hacia la nube de maná, al otro extremo del cilindro.

Cull se sorprendió tanto como ella, aunque en realidad no hubiera nada de sorprendente en aquello. La fuerza del golpe recibido de Phyllis lo despegó unos centímetros del suelo y lo arrastró en dirección opuesta a la de la mujer. Se deslizó lentamente por encima del suelo antes de penetrar en la nube de maná, con las piernas

y los brazos abiertos y el rostro vuelto hacia el centro del cilindro.

—Ahora no estamos sujetos a las leyes de la gravedad —dijo—. Fyodor, muévase muy lentamente; y tú, Phyllis, deja de patalear: esto no hará más que agravar tu situación. Pero gracias de todos modos: tu bofetada ha cortado mi crisis de histeria.

El dolor de sus músculos entumecidos y el ardor de su mejilla le obligaron a hacer una mueca. También le dolía la cabeza, como si su cráneo hubiera sido pisoteado por un elefante.

Ahora, los dos extremos del cilindro estaban completamente obstruidos por el maná, cuya masa rechazaba a Phyllis y a Fyodor hacia el centro. Cull hundió sus manos en la cálida sustancia parecida a gelatina, y los filamentos se dispersaron por sus hombros y rostro. No pudo hacer más que dar puñetazos y patadas contra la pegajosa materia para intentar desembarazarse de ella, mientras intentaba propulsarse hacia la parte inferior del cilindro.

Fyodor, desobedeciendo las órdenes de moverse con precaución, saltó hacia él para sujetarlo. El resultado fue que ascendió como un cohete y golpeó con la cabeza contra la parte alta del cilindro, gritando de sorpresa y dolor. Un instante más tarde la trayectoria de Cull se vio frenada por su brutal encuentro con Fyodor, y ambos flotaron en dirección a Phyllis.

Tras algunos experimentos, Cull y sus compañeros observaron que podían controlar sus movimientos y elegir la dirección hacia donde querían ir, a condición de moverse siempre con una desesperante lentitud. Afortunadamente, el cilindro tenía tan sólo tres o cuatro metros de longitud, de modo que podían propulsarse fácilmente de un extremo a otro. Si alguno de ellos se quedaba flotando en mitad del cilindro, sin poder alcanzar ninguna pared, no le costaba nada a alguno de los otros dos propulsarse hacia delante apoyándose en una de ellas, empujando al mismo tiempo a su compañero hacia el lado opuesto.

—Esperemos que la nube de maná deje de desarrollarse —dijo Cull—. ¿Quién hubiera creído jamás que íbamos a tener a nuestra disposición más alimento del que podríamos absorber, y que esta superabundancia amenazaría con matarnos?

—Quizá podamos abrirnos camino a través del maná —insistió Fyodor—. Nos será fácil contener la respiración hasta que llegemos al aire libre.

—¿Pero es que no comprende? —dijo Cull—. Admitamos que conseguimos atravesar la nube de maná. Bastará un falso movimiento para lanzarnos fuera del cilindro. ¿Y qué ocurrirá entonces? ¡Reducidos a la impotencia, flotaremos a la deriva en un espacio que se extiende por miles de kilómetros!

Phyllis se estremeció.

—¡Yo no quiero ir a flotar en el aire! —protestó—. La sola idea de tener la tierra tan lejos debajo mío me volverá loca. ¡Tendré la impresión de caer indefinidamente! No, prefiero quedarme aquí. Este cilindro, al menos, es algo sólido.

—Creo que la nube de maná ha dejado de crecer —dijo Fyodor—. Tienen ustedes razón. Doy gracias a Dios de que el miedo no nos haya incitado a atravesarla. A veces es mejor dejar que el tiempo se encargue de resolver los problemas.

—Exacto —dijo Cull—. El maná ha dejado de crecer.

Atrapó con la lengua algunos de los delgados filamentos que les rodeaban y luego, lentamente, tomó un puñado y se lo metió en la boca.

—Será mejor que coman algo de maná antes de que se solidifique —dijo a los otros dos—. Se fundirá en sus bocas, y así tendrán un poco de líquido en sus organismos.

Como no quería desanimarles, no añadió que tal vez aquel maná fuera el último que recibieran. Quizá no se creara nunca más otra nube de maná. Aquello que desde siempre fabricaba el maná y aseguraba su distribución tal vez siguiera funcionando, pero sin duda no por mucho tiempo. Todo lo demás había dejado de operar; entonces, ¿por qué no también eso?

Fyodor y Phyllis siguieron el ejemplo de Cull. Cuando hubieron apagado su sed, el maná empezaba a tomar un color más oscuro, disminuyó de volumen y se dividió en centenares de filamentos densos como *spaghetti*. Los tres los comieron hasta saciarse.

—Me gustaría tener un recipiente en el que poder conservar este maná —dijo Cull. Luego, encogiéndose de hombros, añadió—: ¿Pero para qué desear nada? Ayúdenme a llevar el maná al centro del cilindro. Lo apilaremos a ambos lados, dejando un paso libre en el centro. Quizá podamos almacenar un poco para formar una reserva. Sin duda la necesitaremos.

El comer les había dado nuevas fuerzas, y consiguieron arrancar de la nube algunos filamentos de maná. Pero, con el esfuerzo, se hundieron hasta medio cuerpo en la nube. Así que al final decidieron que mientras uno de ellos recogía bolas de maná, los otros dos formarían una cadena para llevarlo lanzándoselas de uno a otro hasta el centro del cilindro. Afortunadamente, el maná era húmedo y pegajoso, y se quedaba adherido a las paredes en el lugar donde lo colocaban.

Sin embargo, al querer atrapar las bolas de maná ocurrían extrañas peripecias: bruscamente, se veían sin querer propulsados contra las paredes, o daban una voltereta y quedaban cabeza abajo, o incluso empezaban a girar en todos sentidos antes de verse proyectados contra la blanda masa al otro extremo del cilindro.

Cuando se dieron cuenta de los riesgos que entrañaba su sistema, decidieron cambiar de táctica, y Fyodor y Phyllis se pusieron al trabajo en un extremo del cilindro y Cull en el otro. La disminución del volumen de maná permitía ahora que la luz entrara en el cilindro, y pudieron constatar que o había descendido o había sido arrastrada más lejos.

Cull se sintió feliz al darse cuenta de aquello y al sentir un soplo de aire en su

cuerpo empapado en sudor. Aquello significaba que aún existía el viento, que el aire en el interior de la esfera no se había convertido en una masa inmóvil, sino que existían aún diferencias de presión.

El trabajo de Phyllis y Fyodor, efectuado en común, avanzaba más aprisa que el de Cull. Además, éste tuvo que detenerse cuando su mano tropezó con un objeto duro en el interior de la masa. Lo desprendió del maná para ver de qué se trataba: era una rama de árbol de roca. Algunas hojas, húmedas de maná, estaban aún sujetas a la rama.

Sin decir nada a los otros, Cull siguió quitando filamentos. Muy pronto puso al descubierto otra rama, ésta rota, de unos sesenta centímetros de largo. Cull llamó a sus compañeros. Éstos tuvieron que retirar todo lo que él había conseguido desprender a fin de dejar un poco de sitio. En un cuarto de hora alcanzaron el extremo del cilindro. Entonces comprendieron lo que había ocurrido.

A consecuencia del cataclismo, varias ramas de un árbol de roca arrancado de raíz se habían encajado en aquel extremo del enorme tubo. Ahora estaban cubiertas de fibras de maná. Y, enredado en las ramas, había un hilo telefónico, de una longitud indeterminable.

Cull se detuvo para recuperar el aliento. Luego se introdujo arrastrándose por entre dos ramas y quitó un poco de maná.

Al cabo de un minuto pudo pasar la cabeza por la abertura y así, por encima del tronco y las raíces del árbol, mirar afuera.

Muy cerca de él, alejándose lentamente, había una enorme masa de maná. Ya no era una nube, sino una aglomeración de objetos vermiformes entremezclados. Más lejos, Cull divisó otro fragmento de la nube original.

Echó la cabeza atrás para mirar hacia arriba, o al menos hacia lo que parecía ser arriba. A una veintena de metros, flotando a la misma velocidad que el cilindro, había un enorme bloque errático de piedra. A su lado giraba el cadáver de una mujer, horriblemente mutilado y cubierto de sangre seca.

Más allá del cuerpo y del bloque de piedra flotaban otros objetos: una enorme bola de fango; una mesa de piedra, rota por los bordes, que giraba lentamente sobre sí misma, con una bola de piedra girando a una mayor velocidad unos centímetros por encima de su superficie; un poco más lejos que la mesa había otro árbol de roca arrancado de raíz, mucho más grande que el que se había encajado en el cilindro. Giraba muy lentamente, y esto explicaba cómo podía mantenerse el hombre que estaba sujeto a sus ramas. Era un hombre de piel oscura y ojos rasgados, indudablemente un chino o un japonés. Cuando vio la cabeza de Cull surgir del cilindro, desorbitó los ojos. Hizo una seña con la mano y gritó algo en una lengua que no era hebreo. Luego un giro del árbol lo ocultó a la vista de Cull.

Éste esperó a que reapareciera para interpelarlo en hebreo, intercalando algunas

palabras inglesas que aún recordaba. El hombre respondió en una lengua que evidentemente era el chino. El árbol giró de nuevo, y cuando reapareció; el hombre estaba encogido en su rama, dispuesto a saltar.

Cull le gritó que no corriera aquel riesgo. Pero el hombre se lanzó hacia delante, y justo en aquel momento el árbol osciló hacia arriba. Indudablemente el hombre había elegido cuidadosamente el segundo exacto en el que calculó podía abandonar el árbol: propulsado por una patada dada contra una rama y el movimiento del árbol, se lanzó hacia Cull, tendiendo los brazos en un intento de alcanzar las ramas que surgían del cilindro.

Cull trepó por la rama más grande y, desde allí, avanzó a cuatro patas por el tronco, agarrándose a las rugosas asperidades de la corteza. Finalmente llegó a las raíces y, encajando sus pies en la horquilla que formaba una de ellas, consiguió ponerse en pie. Se enderezó del mejor modo posible y tendió los brazos hacia el hombre. Pero éste pasó a treinta centímetros por encima suyo. Se puso a gritar penetrantemente cuando se dio cuenta de que había fallado su objetivo, y siguió gritando mientras se alejaba. Repentinamente, su cabeza desapareció en una enorme bola de maná, y su grito se cortó en seco. El hombre se hundió hasta las rodillas en la masa aún blanda, pero que empezaba a endurecerse por momentos. Sus piernas y sus pies se agitaron en el aire durante unos instantes, y luego se inmovilizaron. La masa de maná, girando sobre sí misma, lo hizo desaparecer de la vista de Cull. Éste siguió mirando fijamente alucinado la masa, hasta que los pies aparecieron de nuevo. Golpeándola, el cuerpo del chino había dado un impulso a la enorme bola, que ahora se alejaba lentamente. Cull se sintió aliviado por ello, ya que aquel incidente le había provocado náuseas, aunque fuera muy poca cosa comparado con tantos otros de los que había sido testigo recientemente.

Si se sentía alterado hasta tal punto era quizá porque en este caso había intentado intervenir en el destino del chino, cambiar el curso de los acontecimientos. Por un instante el terror de aquel hombre había sido el suyo... y su muerte también.

Absorto en sus pensamientos, bajó los ojos, y se sintió paralizado por el terror. A sus pies se abría el abismo. Se mantenía de pie sobre una insegura raíz de árbol de roca, por encima de un vacío insondable.



---

Por un minuto le fue imposible hacer ningún movimiento. Su corazón latía alocadamente en su pecho, su respiración era ronca, se sentía helado hasta la médula.

Finalmente, comprendió que debía regresar al cilindro y dobló lentamente las rodillas. Cuando la raíz estuvo al alcance de su mano, la agarró y se sujetó desesperadamente a ella. Sus pies perdieron apoyo; un movimiento involuntario de sus piernas le hizo perder posición y se encontró suspendido sobre la nada, con las manos cruzadas alrededor de la raíz... suspendido, no cabeza abajo con respecto a la raíz, sino horizontalmente, como si no tuviera peso... lo cual, se dijo, era exactamente el caso. No corría ningún peligro, a condición de moverse muy lentamente y con extremadas precauciones.

Cada una de mis acciones provocará una reacción igual y contraria, se dijo a sí mismo. Siempre había sido así, pero allá abajo, donde reinaban las leyes de la gravedad —o al menos su equivalente en forma de fuerza centrífuga—, sus reacciones eran maquinales. Aquí debía aprender nuevas reglas.

Se encontraba en el espacio interplanetario... aunque hubiera aire para respirar y no existiesen los planetas.

Cull fue adelantando sus manos, una tras otra, sujetándose a una aspereza, a una raíz, a una bifurcación de la raíz. Al levantar la mirada vio a Fyodor y a Phyllis, que planeaban suspendidos entre las dos paredes del cilíndrico artefacto, observándolo con ojos alucinados.

Cull se empujó dándose un pequeño impulso para penetrar en el cilindro. Phyllis se encontraba en su trayectoria, y tendió una mano para sujetarla por los hombros. Ella retrocedió; el cuerpo de Cull y el suyo se hallaban paralelos al eje del cilindro. Hubieran seguido flotando hacia el otro extremo del cilindro y de allá al espacio si Cull no hubiera conseguido, con una contorsión, rozar el suelo con sus pies. El roce detuvo su trayectoria.

—Tenemos que movernos con grandes precauciones —le dijo a Phyllis—. ¿Todavía no lo has comprendido?

—¿Vamos a flotar así indefinidamente? —murmuró ella con los ojos dilatados

por el terror—. ¿O hasta que nuestras reservas de alimentos se agoten y nos muramos de hambre?

—Tenemos comida —dijo Cull—. Y podremos conseguir más si es necesario. — Se giró, dio una patada contra la pared y flotó hacia el extremo del tubo por el que acababa de entrar. Se sujetó a una rama para detenerse y añadió—: Creo que será mejor que nos quedemos en este lado. Al menos aquí tenemos un ancla a la que sujetarnos.

Echó una mirada por la abertura del cilindro. La gran bola de maná continuaba girando sobre sí misma y, en el momento en que Cull la miraba, los pies del chino muerto desaparecieron tras ella. La masa se alejaba lentamente, arrastrada por el impulso dado por el hombre.

—Debo pensar —dijo Cull—. Pero estoy demasiado cansado. Todos estamos demasiado cansados. Necesitamos dormir, y luego comer un poco más para recuperar nuestras fuerzas.

—¿Cómo podrás dormir sabiendo que no hay nada entre tú y el vacío más que esas delgadas paredes de metal? —dijo Phyllis.

—He dormido en aviones —dijo Cull—. Y estamos más seguros en nuestro cilindro que en aquel tipo de aparatos. No podemos caer. No al menos en el sentido en que tú lo entiendes. No, lo único que temo es ser arrastrado fuera del cilindro por mis movimientos involuntarios durante el sueño. Necesitaríamos algo con lo que atarnos.

El único objeto que podía realizar esta labor era el hilo telefónico enmarañado entre las raíces del árbol. Pero para ir a buscarlo era necesario volver a salir. Cull vaciló. Aún no se había recuperado del terror que había experimentado al hallarse suspendido sobre el vacío, y hubiera preferido dormir y comer un poco antes de afrontar de nuevo aquella experiencia. Pero se trataba de una imperiosa necesidad.

Por un momento estudió la posibilidad de pedirle a Fyodor o a Phyllis que fueran a recoger el hilo, pero rechazó inmediatamente aquella idea. Sus compañeros no estaban en condiciones de hacerlo en aquellos momentos. Y no sabían lo suficiente como comportarse en caída libre para confiarles aquella misión.

Suspiró. Comunicó a los otros dos sus intenciones, y volvió a arrastrarse a lo largo del árbol ayudándose con las manos. Esta vez cuidó muy bien de mantener sus ojos fijos ante él. Pero esta precaución no le fue de mucha utilidad, ya que, mirando hacia donde mirase: arriba, abajo o delante, siempre estaba mirando «hacia abajo». Para tranquilizarse, se repitió una y otra vez que no corría el menor peligro, a condición de que no se soltase del árbol. Además, era absolutamente necesario que fuera a buscar aquel cable.

Media hora más tarde regresaba al cilindro, arrastrando tras él los veinte metros largos de hilo telefónico. Aunque temblando por el miedo y el agotamiento, cubierto

de sudor y de barro, trabajó en el hilo hasta que hubo formado un gran círculo con él. Con la ayuda de sus compañeros ató este aro a la parte exterior del cilindro, y luego lo aseguró alrededor del tronco del árbol, asegurándose de que sus nudos eran sólidos. Luego, formó con el resto del hilo tres aros más pequeños, en los que se introdujeron los tres, apretándolos alrededor de sus cinturas,

—Ahora —dijo Cull— podremos, dormir seguros, en una cama más blanda que la de un rey: el aire. Pero puede que nuestro sueño no sea muy agradable. La ausencia de peso impide que fluyan las secreciones de nuestros *sinus* y de nuestra nariz, y si se acumulan excesivamente pueden llegar a asfixiarnos. Así que no se asusten si se despiertan sin poder respirar. Resoplen fuertemente para librarse de cualquier cosa que obstruya sus mucosas. Y ahora... ¡buen sueño!

Cerró los ojos, y se durmió inmediatamente.

En el mismo momento en que se despertó de nuevo, supo que algo iba mal. Abrió los ojos y miró al «techo» del cilindro, ya que se hallaba tendido a lo largo del eje longitudinal del mismo. Su corazón latía apresuradamente, aunque desconocía las causas de su vaga inquietud.

Fuera del cilindro estaba oscuro, y Cull comprendió que el sol había disminuido su brillo y que ahora era de «noche». Levantó ligeramente la cabeza para mirar al extremo del cilindro contrario a aquel donde estaba encajado el árbol de roca, y vio una sombra que obstruía la embocadura e impedía que la luz penetrara en su interior. La sombra era parecida a la de un ser humano... pero su espalda estaba provista de un par de alas plegadas.

Cull comprendió inmediatamente que debía tratarse de un demonio. Recordó haber visto varias veces criaturas parecidas a aquélla por las calles... en tiempos en que aún existían las calles. Las alas no constituían por aquel entonces más que unos accesorios sorprendentes o impresionantes, pero absolutamente inútiles. Ahora, sin embargo, en este lugar que escapaba a las leyes de la gravedad, debían funcionar y cumplir perfectamente el papel para el que habían sido destinadas.

Girando la cabeza, Cull vio flotar los cuerpos de sus compañeros, sujetos por el hilo telefónico. Fyodor roncaba sonoramente. Phyllis respiraba con dificultad.

Bajo ella se encontraba la rama desprendida del árbol de roca, flotando a pocos centímetros del «suelo».

El demonio estaba ahora avanzando lentamente por el interior del cilindro. Se movía encogido para que la parte alta de sus alas medio replegadas no rozara contra el techo, y mantenía sujeto en su mano un cuchillo de piedra. La débil luz permitía distinguir, en el interior de su boca entreabierta, dos largos colmillos, cuya blancura contrastaba con el tono oscuro de su piel.

Cull se giró bruscamente en su sujeción de hilo telefónico y extendió la mano. Sus dedos se cerraron sobre la rama rota. Se giró de nuevo, levantó la rama para

apuntarla hacia la silueta que obstruía la abertura, y la lanzó con todas sus fuerzas a través del cilindro.

Luego, sin esperar a comprobar si había alcanzado su objetivo, sujetó con las dos manos el lazo que sujetaba su cintura y lo empujó hacia delante. Salió fácilmente del anillo del hilo, y estaba buscando un apoyo desde donde darse impulso cuando oyó la rama llegar a su destino. Hubo un sonido sordo y el demonio hizo «¡Oooouch!», cuando el aire escapó de sus pulmones ante el impacto de la rama contra su plexo solar. Levantó las manos, dejó escapar el cuchillo y retrocedió.

Si no hubiera desplegado involuntariamente sus alas, de modo que éstas rozaron las paredes del cilindro y frenaron su impulso, hubiera sido lanzado de espaldas al espacio. Pero el roce lo retuvo, y se quedó flotando, boca arriba.

Cull avanzó hacia él en zigzag, empujándose con los pies de un lado a otro del cilindro, como una pelota rebotando. Si se hubiera lanzado directamente a través del cilindro, pensaba mientras tanto, hubiera chocado contra el demonio, y ambos hubieran sido expulsados del cilindro. En el espacio, Cull se hubiera hallado reducido a la impotencia, mientras que el demonio alado, una vez repuesto del choque, hubiera podido evolucionar a placer.

Mientras se impulsaba de un lado a otro, Cull tendió la mano para agarrar en el aire el cuchillo de sílex. Luego se lanzó sobre el demonio, lo sujetó por el cuello con uno de sus brazos y, con la ayuda del cuchillo, se dedicó esforzadamente a la tarea de seccionarle la vena yugular. El demonio se retorció en todas direcciones intentando escapar a su presa. Cull se retorció con él, decidido a llegar al final.

Repentinamente, sintió un líquido cálido y espeso correr por sus hombros y cuello, y comprendió que era la sangre del demonio chorreando hacia él. Sin embargo, siguió cortando la vena de su adversario, cuya vitalidad era tal que no había cesado en su lucha. Con sus afiladas uñas desgarraba desesperadamente los costados de Cull, mientras giraba de modo increíble la cabeza en su intento por hundir sus afilados colmillos en la garganta del otro. Cull apretó más fuerte para impedirle doblar la cabeza y servirse de dientes. La horrible criatura, dejando de arañarle el costado, tendió una mano para alcanzar sus órganos genitales. Cull, sabiendo muy bien que una simple presión de aquellos dedos dotados de una fuerza sobrehumana bastaría para dejarlo inútil, si no matarle, levantó las rodillas y, con un impulso, se alejó del demonio. Sin embargo no retrocedió siguiendo el eje longitudinal del cilindro sino oblicuamente, de modo que fue a chocar contra la pared, y el choque le hizo rebotar hacia el lado contrario.

El golpe que diera al demonio envió igualmente a éste contra la pared, impidiéndole deslizarse a lo largo del cilindro hacia el exterior. Ahora estaba tumbado cabeza abajo, con el cuerpo flácido, las alas desplegadas. Cull se acercó a él prudentemente, a pequeños saltos, apoyando simplemente sus talones contra la

pared para propulsarse de uno a otro lado. Al llegar cerca de la entrada del cilindro, sujetó al demonio por un tobillo y lo arrastró en sentido contrario. Al llegar a la mitad del cilindro se desplazó más rápidamente, sabiendo que en aquel lugar podía sujetarse al hilo telefónico para evitar verse precipitado fuera, por la otra abertura, con el demonio tras él.

De pronto el interior del cilindro se iluminó, y Cull comprendió que el sol había vuelto a su estado «diurno». Sin embargo no brillaba tanto como antes de la catástrofe, ya que el polvo que flotaba en el aire matizaba su luz.

Phyllis abrió los ojos y lanzó un penetrante grito. Fyodor se despertó a su vez, y contempló con aire alucinado el cuerpo del demonio: se envaró bruscamente en el anillo que lo mantenía sujeto y tendió las manos hacia adelante, como para protegerse de un ataque del cadáver.

—Cálmense —dijo Cull—. Todo ha terminado. Al menos para él.

—¡Por el amor de Dios —exclamó Phyllis—, quítanos de delante ese demonio! ¡Échalo fuera! ¡Su vista me pone enferma! —Luego se interrumpió, con sus ojos enormemente abiertos por el horror fijos en Cull—. ¿Estás herido, Jack? —preguntó—. ¡Oh, Dios mío, estás cubierto de sangre! ¡Te lo ruego, Jack, no te mueras! ¡No me dejes sola!

—¡Y tú no te pongas histérica! —gritó Cull—. No, no estoy herido. Al menos no gravemente, aunque este maldito demonio me ha dejado los costados hechos unos zorros. Casi toda esta sangre es suya. Cuando vayas al otro extremo del cilindro ve con cuidado: hay todavía una buena cantidad de ella flotando por el aire y en las paredes.

—¿Por qué no nos libras de este cadáver? —casi sollozó ella.

—Porque quizá podamos utilizarlo —dijo Cull—. Al menos en parte. Antes de la llegada del demonio estábamos prisioneros en este cilindro, sin el menor medio para desplazarnos. Ahora, en cambio...

Sin añadir más, retiró los lazos que sujetaban la cintura de sus compañeros, y pasó el de Phyllis alrededor del cadáver, sujetándolo firmemente.

—Ahora —dijo—, súbanse al árbol y recojan tanto maná como puedan traer hasta aquí. No debemos malgastar nuestras reservas. Y necesito el maná que hay afuera para limpiar la suciedad que voy a producir.

Examinó el cadáver. El demonio tenía más o menos su misma altura... es decir, si los recuerdos de Cull eran exactos, un metro ochenta aproximadamente. Su cuerpo tenía la apariencia de un cuerpo humano, exceptuando los enormes órganos genitales verrugosos de que estaba provisto, y cuya única utilidad parecía ser hacer enrojecer a los seres humanos con su obscenidad. Su piel era de un color gris pizarra. Las largas y puntiagudas uñas de sus manos y pies merecerían mejor el nombre de garras. Las alas, parecidas a las de un murciélago, tenían el aspecto de cuero. Partían de los

omoplatos y, tal como había observado Cull, no tenían la menor utilidad en un mundo sometido a las leyes de la gravedad. El rostro tenía también una apariencia humana, excepto por los colmillos de tigre y la nariz achatada, con los orificios paralelos a las mejillas. Las orejas eran parecidas a las de un lobo; el cráneo era calvo, y estaba provisto de una excrecencia ósea que iba de la frente hasta la nuca.

Cull observó a Phyllis y Fyodor, que avanzaban vacilantes hacia los filamentos de maná enredados en las ramas del árbol de roca. Antes de que regresaran habría realizado ya una buena parte de la tarea emprendida.

El cuchillo estaba bien afilado, pero se mellaría muy pronto. Era preciso empezar por lo más importante. Ya que si no lo hacía así, cuando la hoja estuviera en mal estado tendría que renunciar a terminar su obra.

La piel de las alas fue fácil de cortar y desprender de la espalda. Pero los huesos que sujetaban las alas a los omoplatos presentaban un problema. Además, los músculos de la espalda eran muy duros y mucho más numerosos que los de un cuerpo humano. Aquellos músculos parecían estar destinados a mover las alas. Mientras los cortaba, Cull se dio cuenta de que necesitaba desprender los huesos de las alas en el punto de la articulación con los omoplatos. Y el único útil de que disponía era su cuchillo.

—¡Vuelvan! —les gritó a Phyllis y a Fyodor.

Lentamente, éstos regresaron arrastrándose a lo largo del árbol para penetrar en el cilindro. Se acercaron a Cull y examinaron con horror el trabajo que éste había realizado.

—Si este demonio podía utilizar estas alas para volar, yo soy capaz de hacer lo mismo —dijo Cull—. Ahora, apóyense los dos contra la pared, cada uno a un lado. Mantengan el cuerpo contra el suelo e impidan que se mueva mientras yo ataco los huesos.

Phyllis no conseguía decidirse a tocar al demonio. Cull tuvo que amenazarla con empujarla al vacío para que ella se decidiera a ayudar. Mientras Fyodor y ella inmovilizaban del mejor modo posible el cadáver, Cull sujetó con sus dedos el hueso del ala derecha, a la altura de la articulación, y empezó a moverlo hacia adelante y hacia atrás para soltarlo de la articulación. Tras unos minutos tuvo que renunciar. Jadeaba por el esfuerzo, y su cuerpo estaba cubierto de sudor mezclado con sangre. Afortunadamente, debido a la ausencia de gravedad, el sudor no resbalaba hacia sus ojos, pero perlaba su rostro y todo su cuerpo. De tanto en tanto se pasaba la mano por la frente para retirar la transpiración y lanzarla por la abertura del cilindro.

—Séquenme con maná —dijo con voz entrecortada a sus compañeros—. Y tírenlo luego.

Cuando Fyodor y Phyllis lo hubieron secado, siguió con su trabajo. Esta vez, intentó partir el hueso del ala un poco por debajo de la articulación, en el lugar donde

era más delgado. Tras unos intentos sonó un chasquido y el hueso se astilló. Aunque temía mellar la hoja de su cuchillo, Cull comenzó a aserrar el lugar de la fractura. El hueso resistió, pero en el cuchillo aparecieron granos de polvo gris. Cull se detenía de tanto en tanto para secarse con la mano. El polvo revoloteó hacia el exterior.

Cuando calculó que el hueso estaba lo suficientemente aserrado, Cull empezó a retorcer el ala hacia adelante y hacia atrás. Repentinamente, el ala se desprendió.

Un cuarto de hora más tarde había conseguido arrancar también el ala izquierda. Pero estaba agotado, y tuvieron que secar de nuevo el sudor que lo empapaba.

—Me hubiera gustado poder hacer una disección completa —dijo—. Podríamos utilizar los huesos de sus piernas como mangos de lanzas, y arrancar sus colmillos y montarlos al extremo de los fémures para convertirlos en lanzas. Tal vez no fueran muy eficaces, pero peor es nada.

—Ya tienes las alas —dijo Phyllis—. ¿No crees que ya es suficiente? ¡Librémonos de este demonio!

Pero, con gran sorpresa por su parte, fue Fyodor quien quiso continuar la tarea iniciada.

—No hemos de abandonar ahora —dijo—. Yo le reemplazaré. Primero los colmillos.

Cull se apresuró a pasarle el cuchillo y contempló cómo empezaba a cortar las encías alrededor de las raíces. Cuando éstas estuvieron al desnudo, Fyodor tiró de los dientes con todas sus fuerzas para arrancarlos. Tras muchos esfuerzos y frecuentes pausas, consiguió tener en sus manos dos largos colmillos puntiagudos y ligeramente curvados.

—Ya no puedo soportarlo más —murmuró Phyllis, abandonando su puesto para dirigirse hacia el centro del cilindro. Dio la espalda a los dos hombres y permaneció allí, flotando y cubriéndose los ojos con sus brazos.

Cull la observó alejarse.

—Infiernos —gruñó—, yo soy el capitán de esta nave...

—Cierto, amigo, cierto —dijo Fyodor—. Pero un capitán debe preocuparse por la salud y el bienestar de su tripulación. Podríamos decir que Phyllis está mareada.

—No creo que pueda reprochárselo —admitió Cull. Parpadeó y añadió—: Supongo que no se estará burlando usted de mí.

—¡Dios me perdone, en absoluto! —protestó Fyodor—. ¿Por qué tendría que burlarme de usted?

—Quizá sea un tanto ridículo por mi parte compararme con el capitán de una nave —dijo Cull—. Y de una buena nave, además: un cilindro abierto por los dos extremos, derivando en el aire sin timón que lo gobierne ni velas que lo hagan avanzar. ¡Y qué tripulación! Un admirador de Cristo medio loco, y una arribista frígida y sin entrañas. Sin hablar de un hipócrita tan arribista como esa puta de

Phyllis, un despreciable lameculos.

—Al menos reconoce usted sus defectos —dijo Fyodor, enarcando sus espesas cejas—. ¡Es más, incluso los confiesa públicamente! Ha dado usted un paso hacia adelante, amigo mío.

—¿Un paso hacia dónde? —preguntó Cull, observándole furiosamente—. ¿Hacia mi muerte? ¡Así que me conozco a mí mismo! ¿Y qué? ¿Acaso esto me ayuda a comprender por qué estoy aquí y qué es este lugar? ¿O a saber adónde voy, si es que existe una vida tras la muerte?

—¡Pero usted lo sabe, lo sabe! —gritó Fyodor con su voz aguda—. Usted vivió en la Tierra, y ahora está muerto. Duda realmente de que haya otra vida tras la muerte, ¡y sin embargo está aquí! ¿Acaso esto no es la prueba de que existe un vasto plan del que usted forma parte? En la forma quizá de un simple engranaje, pero un engranaje inmortal.

—Preferiría estar muerto que vivir como he vivido aquí —dijo Cull.

—¡No! —dijo Fyodor—. ¡No cree realmente en lo que dice! ¿Acaso son las cosas peores aquí que en la Tierra? ¡Por mi parte afirmo que no! Y queda siempre la esperanza. ¡La esperanza, ¿entiende?!

—¿La esperanza de qué? —preguntó Cull—. Aquí tampoco podemos obtener las respuestas a las preguntas que nos formulamos.

Calló unos instantes. Fyodor le dirigió una escrutadora mirada, mientras se rascaba su calvo cráneo, y luego desvió la vista.

—Vamos a extraerle el fémur al demonio —concluyó Cull, finalizando así la conversación.



---

Necesitaron toda una hora para conseguirlo. Arrancaron la carne de los miembros inferiores, arrojándola en grandes pedazos por la abertura del cilindro. Los trozos de carne revolotearon y desaparecieron de su vista. Pero las gotas de sangre y los pedazos de carne más pequeños flotaron a su alrededor como un enjambre de moscas, antes de ser arrastrados por un viento que se levantó de pronto.

Dejando de rascar el hueso medio al descubierto, Cull miró hacia afuera. No pudo ver más que una mezcla de restos: árboles de roca, un enorme edificio a lo lejos, una masa de maná, cuerpos o partes de cuerpos de hombres y mujeres, todo ello girando en el espacio.

El viento, aunque débil, tenía su utilidad. Secaba el sudor de sus cuerpos, y se llevaba el anhídrido carbónico, que tenía tendencia a acumularse alrededor de sus cabezas. Reflexionando en ello, Cull se sorprendió de no haber notado el viento antes. El desplazamiento del cilindro en la atmósfera debería haber producido un poco de viento, por ligero que fuera. De todos modos, aunque no lo hubieran notado, el viento tenía que haber existido.

De otro modo, el anhídrido carbónico que exhalaban se habría acumulado en el interior del cilindro, asfixiándoles hacía ya mucho.

Sin embargo, antes no había habido ninguna corriente de aire perceptible, mientras que ahora ahí estaba. ¿Por qué razón el viento se había hecho más fuerte? Sin duda se había producido alguna diferencia de temperatura en la esfera que constituía su mundo.

¡Por supuesto! La superficie interna de la esfera ya no estaba ahora recubierta de una espesa capa de piedras y tierra. Tan sólo una delgada pared metálica protegía el interior de la esfera del frío del espacio. Este frío debía filtrarse al interior, y la capa de aire cálido y húmedo cercano a la pared debía soltar su volumen de vapor de agua. A medida que el aire se enfriaba se debía formar una capa de hielo en la pared, formando una zona de altas presiones.

Los dos hombres volvieron a su trabajo. Juntos, arrancaron los fémures, del coxis hasta la rodilla. Ahora estaban en posesión de dos fémures que podían utilizar como

mazas, así como de dos tibias y dos peronés. Éstos necesitaban aún ser limpiados, pero era una tarea a la que ni Cull ni Fyodor se sentían con ánimos de dedicarse en aquellos momentos.

—Bueno —dijo Cull—, Phyllis quería que nos desembarzásemos del cadáver de este demonio. Así que hagámoslo.

Soltó el lazo que rodeaba la cintura del demonio, y luego giró el cuerpo de modo que pudiera apoyar las manos contra su espalda. Colocando los pies contra la rama del árbol, le dio un empujón. El demonio se deslizó a través de la salida del cilindro, girando sobre sí mismo debido a que el empujón dado por Cull no se había repartido por igual por todo su cuerpo. Estuvo a punto de engancharse con una rama que salía excesivamente del árbol, pero la rebasó y siguió su trayectoria. Al cabo de algunos minutos el cadáver girando en el espacio se veía reducido a las dimensiones de una grotesca muñeca.

—Lástima que haya tenido que matarlo —dijo Cull.

—¿Por qué? —preguntó vivamente Fyodor. Los músculos de su cuello se estremecían, y esto imprimía a su cabeza un temblor nervioso.

—Es inútil que se ponga en este estado porque no comprende absolutamente nada de lo que ocurre —dijo Cull—. Déjeme tiempo para hablar antes de agitarse de esta manera. Quería decir que hubiera preferido mantener prisionero a ese demonio. Pero no estaba en condiciones de hacerlo. Si conseguimos echar mano de nuevo a algún demonio, será necesario conservarlo con vida. Y lo obligaremos a decirnos la verdad, incluso si tenemos que arrancarle, y hablo literalmente, el cerebro.

—¿Qué es lo que le hace pensar que ellos conocen la verdad? —preguntó Fyodor.

—¡Bueno, aunque no la conozcan, morirán intentando decírnosla!

Los dos hombres se limpiaron lo mejor que pudieron la sangre y los restos que los cubrían, y echaron el maná sucio fuera del cilindro. Luego, Cull estudió el problema de fijar a su espalda las alas arrancadas al demonio. Avanzó por el árbol de roca, sujetándose a un tobillo con el hilo telefónico y enrollando el otro extremo a una rama que se hallaba en el interior del cilindro. Avanzando con precaución para no dejar escapar las alas que sujetaba con una mano, probó una de ellas para estudiar su funcionamiento.

—Pueden servir —le dijo a Fyodor—. Haremos unos agujeros en la piel cerca del hueso y les pasaremos hilo telefónico, que anudaré a mis brazos. La parte inferior de las alas la sujetaremos con hilo enrollado a mis muslos. Pero tendremos que hallar algún sistema para impedir que las alas se doblen en sus juntas.

Permaneció unos instantes de pie, observando con aire ausente el vacío, y luego dijo:

—Desgarraremos la fibra, enderezaremos las alas en las articulaciones, y colocaremos trozos de fibra a cada lado de éstas. Luego fijaremos sólidamente los

dos trozos alrededor del hueso con hilo telefónico. Esto mantendrá las alas rígidas.

Regresó al cilindro. Doblando en todos sentidos el hilo telefónico y cortando en los lugares donde lo había doblado, consiguió separar varios trozos. Pero la fibra era menos fácil de cortar de lo que había creído. Tras sudar más de la cuenta, consiguió terminar su tarea. Luego tuvo que seguir sudando hasta conseguir cuatro trozos lo suficientemente cortos. Finalmente, consiguió obtener todo lo que necesitaba. Esta vez, cuando subió al árbol, se quedó allá hasta que hubo terminado.

Los rostros de Fyodor y de Phyllis evidenciaban sus temores.

—Si no consigues volar con estas alas —dijo Phyllis—, vamos a perderte. ¡Nunca te volveremos a ver!

—No creí que esto te preocupara —dijo Cull—. Aunque quizá tan sólo tengas miedo de perder a tu defensor y a tu sostén.

Phyllis se alzó de hombros. Observándola atentamente, Cull se preguntó cómo había podido llegar a pensar que sería capaz de vender su alma para tenerla en su cama.

Sujetó las alas a una rama, regresó al cilindro y se metió en el armazón de hilo telefónico que había construido.

—Estoy demasiado cansado para intentar volar —dijo—. Necesito dormir antes un poco. Ustedes montarán la guardia, por turnos. No debemos dejarnos sorprender por otros demonios voladores.

Se durmió inmediatamente. Cuando despertó, vio que sus dos compañeros estaban sentados en la rama, a la que se habían atado con hilo telefónico, dejando colgar sus piernas sobre el abismo. Ambos parecían haber superado en parte su miedo al vacío.

Al ver a Cull girar la cabeza, Phyllis le sonrió.

—Hola —dijo—. ¿Cómo te sientes?

—He soñado con la Tierra —dijo Cull—. O, más exactamente, he soñado que dormía en la Tierra, y soñaba. Era un sueño dentro de otro sueño, como nos ocurre a todos de tanto en tanto. Soñaba que conseguía volar agitando tan sólo los brazos. Era algo maravilloso. Jamás me había sentido tan libre, tan glorioso. Tan... sobrehumano, si puedo utilizar esta palabra.

—Me alegro —dijo Phyllis—. Por mi parte, si al despertarme tuviera que volar con alas, estoy segura de que mi sueño sería mucho menos hermoso que el tuyo. Ya sabes, ese sueño en el que uno se siente caer sin poder sujetarse a nada, y grita y grita...

—Quizá sea una buena señal el que haya soñado esto y no lo que dice Phyllis —dijo Fyodor.

—Sí —admitió Phyllis—, es realmente una buena señal.

Cull gruñó algo, sin responder, mirándoles con aire enfurruñado. Hizo chasquear

los labios y dijo:

—Noto mal sabor de boca. Me siento mugriento, y debo estarlo. Y además huelo horribilmente. Al igual que ustedes. El viento me trae su olor, y es enormemente desagradable.

—¿No crees que las cosas ya están bastante mal, como para que vengas tú a empeorarlas con tus observaciones? —lloriqueó Phyllis—. Intento mostrarme amable, te doy los buenos días, y tú... tú... ¡no eres más que un viejo avinagrado!

—¡Y tú tienes un aspecto precioso! —respondió bruscamente Cull— ¡Desearía que pudieras verte! Tus cabellos están sucios y enmarañados, tu rostro está tiznado, tu cuerpo lleno de mugre. Mira tu vientre, tus piernas...

—¿Y qué otra cosa esperabas? —gritó ella, colérica—. ¡Tú no tienes mejor aspecto! ¿Por qué tienes que hablarme así?

—Quizá es el miedo ante lo que va a intentar —intervino Fyodor—. Quiero decir, lo de volar. No puede reprochárselo, Phyllis. Incluso yo siento la carne de gallina cuando lo imagino saltando al vacío.

—¿Entonces es eso? —preguntó Phyllis—. ¿No me detestas realmente? ¿Tan sólo estás asustado ante lo que te espera?

—¿Te preocupa el que te deteste o no? —dijo Cull—. Creía que tan sólo te interesaban los sentimientos de quien pudiera llegar al puesto de Primer Telefonista.

Ella desvió la mirada y, con un bufido de desprecio, Cull avanzó en zigzag hacia el otro extremo del cilindro. Llegado allí, hizo una contorsión para ponerse en posición vertical, dando la espalda a sus compañeros. Orinó, congratulándose de que este acto natural actuara bajo presión: así el líquido caía al exterior y uno no tenía que preocuparse por su eliminación. Sin embargo, la reacción lo empujó hacia el centro del cilindro, lejos de la abertura.

Tomó para limpiarse un poco del maná apilado en el cilindro, y echó fuera el pedazo que había utilizado. Luego regresó hacia sus compañeros, que permanecían silenciosos.

—Creo —dijo— que lo mejor es que utilicemos el hilo telefónico que nos queda para colocar en el otro extremo del cilindro una barrera de seguridad como tenemos en este lado.

Una vez realizado el trabajo, subió al árbol de roca para tomar su desayuno. El maná estaba a punto de pasar del estado sólido al líquido, que muy pronto sería arrancado por el viento de las ramas. Cull hubiera deseado disponer de un recipiente donde conservar la sustancia nutritiva. Si tan sólo dispusiera de un medio para curtir la piel, hubiera podido tomar la del demonio para hacer unos cuantos pellejos. Pero no hubiera tenido nada para coser los extremos. El estómago, por el contrario, podía haber constituido un saco natural. De todos modos, ya era demasiado tarde para pensar en ello.

Desde hacía un cierto tiempo, Cull veía aproximarse un objeto. Minúsculo al principio, era ahora lo suficientemente grande como para poder identificarlo. Se trataba de uno de aquellos innumerables edificios tallados en un gigantesco bloque, errático ahora. Incluso a la distancia a que se hallaba, Cull podía distinguir las líneas más oscuras que señalaban el emplazamiento de las puertas y las ventanas. El objeto giraba en todos sentidos. Muy pronto estaría cerca del cilindro, demasiado cerca tal vez... quizá incluso entrara en colisión con él.

Phyllis y Fyodor subieron también al árbol para desayunar. Cull les mostró el edificio con el dedo y les participó sus temores.

—¿Quizá podamos saltar a él cuando esté lo suficientemente cerca de nosotros? —sugirió Phyllis.

—Quizá —admitió Cull—. Pero tal vez el edificio esté ocupado por seres cuya compañía no nos fuera grata... No, creo que es mejor volar hasta allí.

—¿Pero qué ocurrirá si el cilindro lo cruza cuando usted esté dentro? —preguntó Fyodor—. ¿Podrá regresar?

—Puede que sea capaz —dijo Cull meditativamente—. Pero, si debemos unir nuestros destinos, lo mejor es que partamos juntos.

—Tendremos que tomar nuestro impulso algún tiempo antes de que nuestras trayectorias se crucen —hizo notar Phyllis—. Si esperamos a que el edificio esté demasiado cerca de nosotros, puede pasar de largo si va muy aprisa. Y quizá entonces no pudiéramos volver tampoco al cilindro.

Mientras hablaban, Cull enrollaba algunos metros de hilo telefónico alrededor de su cintura. Tras haber apretado bien el hilo en su parte delantera, hizo dos lazos a ambos lados. En uno de ellos fijó el cuchillo, y en el otro el fémur del demonio. Se ató otro trozo de hilo telefónico, de unos sesenta centímetros de longitud, al tobillo, con el que hizo otro lazo.

—Haga también un lazo alrededor de su tobillo —le dijo a Fyodor. Y se dedicó a fijar las alas a su espalda. Cuando hubo terminado los preparativos, dio una ligera patada al árbol de roca y se elevó en el aire. Fyodor agarró con una mano el hilo telefónico que rodeaba el tobillo de Cull para apartarse a su vez del árbol. Phyllis se sujetó al hilo que rodeaba el tobillo de Fyodor.

Cull miró hacia abajo siguiendo el eje de su propio cuerpo, para asegurarse de que sus compañeros se sujetaban firmemente y estaban bien alineados, como los vagones de un ferrocarril. Luego empezó a batir las alas. Sabiendo que si se contentaba con situar su superficie cortante en ángulo recto con respecto a su cuerpo y agitarlas de arriba abajo, no conseguiría más que subir o bajar, inclinó las alas. Ahora estaba seguro: avanzaba, ya que las sentía hendir el aire y empujarlo hacia atrás. Pero era un esfuerzo fatigoso: aunque sus pasajeros y él mismo estuvieran desprovistos de peso, la resistencia del aire era más difícil de vencer de lo que hubiera creído. Además, no

siempre conseguía mantener las alas en el ángulo deseado... tenían tendencia a girarse, pese a sus esfuerzos.

Al cabo de algunos minutos se dio cuenta de que la velocidad a la que volaba no era suficiente. El edificio iba a pasar de largo, dejándolos atrás. Y, mirando por encima de su hombro en el momento en que sus alas descendían, comprendió que tenían pocas posibilidades de regresar al cilindro.

Se esforzó en alcanzar la velocidad del edificio, en levantar y bajar sus brazos tan aprisa como le era posible, en hacerlos girar de modo que situaran a las alas en un buen ángulo. Respiraba entrecortadamente, y estaba empapado en sudor.

Por un momento, presa del pánico, consideró la posibilidad de abandonar a Phyllis y a Fyodor. Aligerado de la resistencia suplementario provocada por el peso de sus cuerpos, tal vez pudiera aumentar suficientemente su velocidad para...

Pero rechazó aquel pensamiento. No iba a dejarlos flotar, impotentes, en el vacío. Por otro lado, ¿cómo conseguir que Fyodor soltase su presa? Si Cull se detenía en su vuelo para golpear su mano, esto retrasaría aún más su carrera. Y no podía permitirse el menor retraso.

Tendió el brazo izquierdo y accionó su ala derecha de modo que pudiera girar para seguir al edificio cuando se cruzara con ellos. Siguió levantando y bajando los dispositivos de piel y huesos incluso después de que el enorme edificio pasara por su lado, ganándoles una delantera de más de un centenar de metros.

—¡Es inútil! —gritó Fyodor tras él—. No lo alcanzaremos. ¡Economice sus fuerzas, Jack!

Cull siguió con la mirada la masa de piedra tallada que se alejaba. Veía en las ventanas hombres y mujeres que les hacían señales con la mano. Llorando de agotamiento y de rabia, abandonó la persecución. Dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo, y empezó a planear, con el hombre y la mujer sujetos tras él.

Hubo un largo silencio, turbado únicamente por el jadear de Cull. Luego, cuando recuperó el aliento, no se oyó más que el ligero ruido del viento haciendo palpar las alas parecidas a las de un murciélago.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó finalmente Fyodor.

Cull se sobresaltó. Absorto en sus pensamientos, había olvidado a sus dos compañeros.

—Tendremos que dejarnos ir a la deriva durante algún tiempo —respondió—. Confío que ocurra algo...

—¿Antes de que nos hayamos muerto de hambre? —interrumpió Phyllis.

—¡Siempre tu eterno optimismo! —resopló Cull—. ¡Lo que más me gusta de ti son tus constantes palabras de aliento!

En el fondo, se decía a sí mismo que las previsiones de Phyllis tenían muchas posibilidades de ser ciertas. Pero había que hacer algo para no pensar en esta

eventualidad.

Sacó los brazos de las lazos de hilo telefónico que los unían a las alas y luego, girándose a sus compañeros, le pidió a Fyodor que soltara el hilo enrollado a su cintura. No era sencillo, ya que Fyodor no disponía más que de una sola mano, ya que la otra estaba sujeta al hilo que rodeaba el tobillo de Cull. Éste tuvo pues que renunciar y soltar primero el lazo de su tobillo.

Luego se arrastró a lo largo del cuerpo de Fyodor y sujetó uno de los extremos del hilo telefónico. Finalmente, con ayuda de Phyllis, consiguió doblar el hilo formando un doble círculo, tarea bastante difícil, teniendo en cuenta que no tenían el menor punto de apoyo. Hicieron tres grandes lazos, en los cuales se introdujeron, atándose con trozos de hilo más pequeños.

—Tres hombres en círculo —dijo Cull, esforzándose por parecer alegre—. Mejor dicho... dos hombres y una puta con más porquería encima que un cerdo.

—¡Oh, Jack...! —protestó Phyllis, casi a punto de llorar.

—Está bien, está bien, no eres ninguna puta —dijo él con tono conciliador—. Todos somos unos apuestos y elegantes Caballeros de la Tabla Redonda.

Sus dos compañeros le miraron inexpresivamente, y se dio cuenta de que no habían captado su alusión. A decir verdad, él tampoco la había captado. Lo que acababa de decir era una de esas frases banales que acudían a menudo a su mente sin que fuera capaz de darles un sentido ni de identificar su origen.

—Al menos —dijo sintiéndose incómodo— ahora podremos charlar cara a cara.

Hubo un silencio tan largo que Cull no pudo soportar su duración.

—Bueno, Fyodor —dijo bruscamente—, ¿sigue creyendo que X, su Salvador, acudirá a socorrernos en medio de la nada?

—X puede hacer cualquier cosa —dijo Fyodor, mostrando una cierta animación a pesar de su fatiga y su desesperación—. Si soy digno de ser salvado, X me salvará.

—¿Y si no lo es?

—¡Lo soy! —gritó Fyodor—. ¡Al igual que lo es usted! ¡Y también Phyllis! ¡Todos nosotros somos hijos de Dios!

—Quizá Él se haya limitado a depositar a sus hijos en el umbral de cualquier puerta celeste para abandonarlos luego allí —sugirió Cull.

—¡No! —aulló Fyodor—. ¡Mientras un hombre se acuerde de Él, Él no olvidará a los hombres!

—Bueno, entonces, será mejor que Él, o X, o quienquiera que sea, se decida rápidamente a hacer algo para...

Cull se interrumpió, observando atentamente la forma que se acercaba a ellos con pausada lentitud. Desde hacía un momento se había dado cuenta de que era el cuerpo de un hombre flotando en su dirección. Pero hasta entonces no había conseguido distinguir sus rasgos. Ahora sí.

Era X.



---

Flotaba hacia ellos, las piernas y los brazos abiertos, girando en todos sentidos, con jirones de su manchada túnica blanca flotando tras él, los cabellos y la barba enmarañados, la boca abierta, los ojos desorbitados. Uno de sus pies estaba aplastado, y la sangre seca manchaba los restos de su túnica a la altura de las rodillas.

Fyodor se giró para mirar en aquella dirección. Lanzó un grito prolongado, cubriéndose los ojos con las dos manos.

—Ya ve —dijo Cull, sin el menor asomo de malevolencia en su voz—. X está muerto.

Lamentaba haber sacado a relucir el tema. Pero su intención, al hacerlo, había sido tan sólo animar un poco al eslavo y apartar sus pensamientos de la suerte que les esperaba.

—Una nube de maná se está formando allá abajo, ante nosotros —dijo. Pero Fyodor mantuvo las manos sobre sus ojos.

Phyllis echó una indiferente mirada en la dirección señalada por Cull, y luego miró hacia «abajo»,

—Al menos tendremos algo que beber y comer —prosiguió Cull—. No moriremos de inanición.

—No es eso lo que me estoy preguntando... —gimió Fyodor.

—¡Pero es lo único que le queda, quíeralo o no! —gritó Cull salvajemente—. ¿Por qué he tenido que atarme a ustedes dos?

—Eres demasiado estúpido para saber cuándo estás vencido —dijo Phyllis.

—Sabré que estoy vencido cuando esté muerto —respondió él—, ¡y entonces será demasiado tarde para que lo admita!

Calló, mirando a la nube que se espesaba y se hacía más oscura. Más tarde —podía ser tanto media hora como tres horas después—, penetraron en la masa de la nube. Inmediatamente se hallaron inmersos en la oscuridad y notaron una resistencia. El interior de la nube era suave y húmedo. Cull sentía los ligeros filamentos deslizarse a lo largo de su cuerpo y posarse como una máscara sobre su rostro. Palmeó la masa para hacer un hueco en el que poder respirar. Phyllis lanzó un grito

que a Cull le pareció lejano y débil, como si la mujer y él estuvieran separados por una infinidad de tenues velos.

Le gritó algunas palabras de ánimo y continuó apartando el maná. Algunos filamentos oscuros, más densos y duros, rodeaban sus hombros, y uno de ellos se había posado en su frente. Los apartó con la mano e hizo un poco más de espacio ante él. Luego empezó a comer los filamentos que apartaba de su rostro. Si no moría asfixiado y conseguía atravesar la nube antes de que ésta se solidificara, al menos llenaría bien su estómago, asegurando así una prolongación a su existencia.

Pero los filamentos se hacían cada vez más numerosos, pegándose a él por todos lados. Ahora, a medida que lo iba apartando, el maná se formaba de nuevo y parecía dilatarse en las bolsas de aire que él creaba. Cull tenía la impresión de permanecer suspendido, sin avanzar en absoluto. Si realmente estaba inmóvil, el anhídrido carbónico que expelía se acumularía a su alrededor. Muy pronto perdería la consciencia y moriría.

Lanzó un último rugido de rabia e impotencia. Luego vio una forma más oscura que la nube atravesar esta última. Era enorme, y se precipitó hacia él antes de que tuviera el tiempo necesario para prevenir el choque.

Recibió un golpe que le hizo perder el aliento y lo envió girando a través de la nube, arrancando los filamentos marrón que le cubrían. Fue golpeado de nuevo, y de nuevo rebotó.

Esta vez, sus manoteos no fueron en el aire: tocó algo cuyo contacto le era familiar. Carne. Reconoció a Phyllis por los gritos de ésta. Sin duda el golpe había roto el círculo de hilo telefónico y arrojado a la mujer cerca de él.

Phyllis gritaba tan fuerte que no conseguía hacerse entender por ella. En el momento en que abría la boca para ordenarle que se callara, recibió un nuevo golpe, aunque esta vez menos fuerte que los anteriores.

La oscuridad se disipó, y la nube con ella. Ahora giraban en el luminoso aire. Cull se dio cuenta de ello al ver una gran esfera por debajo de ellos. Giraba a su alrededor, o era él quien giraba, o tal vez giraban los dos. Cull veía al enorme objeto negro aparecer bajo sus pies, luego desaparecer, luego volver a aparecer, y así una y otra vez.

La bola se acercaba a toda velocidad, y le golpeó una vez más. Pero esta vez Cull tendió la mano para sujetarse a cualquier cosa que se pusiera a su alcance. Bruscamente, dejó de girar. Se encontraba sobre terreno sólido, con los dedos sujetando el extremo de un cilindro parecido a aquél en que sus compañeros y él habían efectuado su viaje. Un cilindro que emergía de la gran bola de tierra que les había golpeado.

Sujetándose desesperadamente a él, examinó la situación. Phyllis y Fyodor estaban a su lado, ya que el hilo telefónico los había mantenido unidos. El lugar

donde se hallaban no era, como había creído Cull al principio, un gran esferoide. Era, tal como podía darse cuenta por las numerosas porciones de túneles que surgían aquí y allá de la gran bola, un conjunto de túneles de albañal y conductos de aireación que debía haber sido arrancado del cuerpo principal, y proyectado al aire. Grandes masas de tierra, piedras y conjuntos rocosos se habían ido aglomerando a su alrededor, dándoles aquella forma redondeada.

A un centenar de metros de ellos, una torre emergía del suelo. Su cúspide había sido arrancada, y una gran parte de su fachada, hecha de piedras y cemento, se había desmoronado. Pero la entrada permanecía intacta y, sobre ella, Cull pudo leer, grabadas en la roca, las palabras:

### ... Y LA VIDA

—¡Una de las casas de X! —murmuró—. ¡La Casa de los Muertos!

—¿Qué dices? —preguntó Phyllis, atontada aún por el choque.

—Nada. Sígueme. Hagan lo que les diga.

Tomando la precaución de mantenerse sujeto con una mano al túnel, se desembarazó del hilo telefónico enrollado alrededor de su cuerpo, ayudó a los otros dos a hacer lo mismo, y luego se quitó las alas. Pero no las tiró como objetos inútiles, sino que las metió en el túnel. Miró a su interior, y vio que las alas habían golpeado el suelo y rebotado, y que ahora comenzaban a flotar lentamente hacia «arriba». Cull explicó a los otros lo que tenía intención de hacer, recomendándoles que imitaran cada uno de sus movimientos si no querían salir volando hacia el espacio.

Se sujetó con las dos manos al borde del túnel y se, izó, introduciéndose luego con un empujón por la abertura. Golpeó violentamente contra la pared. Sus manos, tendidas ante él, recibieron el choque, haciendo que sus brazos se doblaran. Pero se halló en la seguridad del interior del túnel.

Un instante después se preguntó si la expresión «en la seguridad» era la más acertada. Antes de haber tenido tiempo de apartarse, fue golpeado por Phyllis, y ambos fueron a chocar contra la pared. Al rebotar, entraron en colisión con Fyodor.

Este último se quejó de contusiones en la cabeza y en los talones debidas a su brutal encuentro con la pared en el momento en que se giraba para meterse en el túnel. Pero el roce había frenado un poco su velocidad, y su choque no fue tan violento como el de los otros dos.

Sin detenerse a evaluar los daños, Cull volvió a su modo de locomoción por rebotes sucesivos, único medio de desplazarse a lo largo de aquellas redondeadas y lisas canalizaciones, avanzando de través de una pared a otra y dándose un nuevo impulso en cada ocasión. En sus esfuerzos por cambiar de dirección, a veces se

descubría cabeza abajo, o girado en una dirección distinta a donde quería ir, lo cual le ocasionaba contusiones cuando rebotaba en el otro lado. Pero muy pronto recuperó su habilidad en esta maniobra, cuyos principios había adquirido en el otro cilindro. Fyodor y Phyllis le siguieron un poco más atrás. Los tres consiguieron avanzar muy aprisa en zigzag a lo largo del túnel, controlando sus movimientos en aquel medio que escapaba a las leyes de la gravedad.

Llegaron a una bifurcación del túnel. Cull los condujo hacia la izquierda, y continuaron su trayecto.

La oscuridad no era total, como podían haber esperado. Por el contrario, al fondo se divisaba un círculo de luz que les permitía orientarse fácilmente. Cull frenó su velocidad antes de llegar a aquel orificio, y luego se izó con precaución al exterior, dispuesto a meterse de nuevo rápidamente si se hallaba en presencia de cualquier peligro.

Vio una enorme sala, completamente vacía de todo ser vivo, humano o demonio, pero ocupada por numerosos aparatos de extraño aspecto. Además de la abertura en la que estaban ellos, había una puerta al fondo, y otra en lo alto de una escalera de caracol, al otro extremo de la sala. La luz, cuya fuente no era visible, iluminaba toda la sala con una intensidad uniforme.

La sala en sí era un cubo de unos trescientos metros de lado. Grandes muebles metálicos llenaban su suelo, dispuestos según un esquema que Cull no pudo determinar. Suavemente y con infinitas precauciones, se propulsó hacia ellos. Toda su parte anterior estaba llena de botones, palancas y otros instrumentos de mando y control, instalados en placas metálicas llenas de inscripciones en caracteres incomprensibles. Muchos de aquellos grandes muebles estaban conectados a gruesos cables, mientras que otros parecían no poseer ninguna conexión eléctrica.

Cull se desplazó flotando en el aire de uno a otro mueble, deteniéndose ante algunos e intentando comprender su finalidad. Ninguno de ellos podía compararse a los aparatos electrónicos que había conocido en la Tierra. Claro que los recuerdos que tenía de estos últimos habían sido siempre muy vagos y, a medida que transcurría el tiempo, se habían ido haciendo más y más nebulosos.

Se detuvo más tiempo ante uno de los muebles, considerando que al menos podía intentar un experimento. Era un mueble de una altura doble de la suya, y tan ancho como alto. En una especie de plataforma se hallaban una docena de discos negros de forma ovalada, de unos cuatro centímetros de diámetro por un milímetro de espesor. Estaban colocados, debajo de una ranura abierta en el frontal del mueble. Este poseía dos mandos aparentes: un botón muy grande, provisto de una aguja blanca y rodeado de una hilera de marcas, y un pulsador.

Cull se situó cerca del mueble, de modo que pudiera sujetarse con una mano a la plataforma, e intentó meter uno de los discos negros por la ranura. Pero el disco era

demasiado grande, y no había ninguna forma de forzarlo.

Cull apretó el pulsador, que instantáneamente se iluminó. Inmediatamente después, un disco cayó por la ranura. El pulsador se apagó.

El siguiente ensayo produjo idéntico resultado. El pulsador se iluminó, y un segundo disco cayó sobre la plataforma.

Cull hizo girar el botón a lo largo de la hilera de marcas al mismo tiempo que apretaba el pulsador. Esta vez cayeron seis discos sobre la plataforma antes de que el pulsador se apagara.

Tomó tres discos en su mano y se propulsó al siguiente mueble. Éste también estaba provisto de una plataforma y una ranura; pero, a diferencia del otro, uno de sus lados estaba abierto. En su interior había una cavidad más que suficiente para contener a un hombre de pie.

Cull introdujo uno de los discos en la ranura y esperó.

Inmediatamente, el interior de la cavidad se llenó de una cegadora claridad, que zigzagueaba como formando rayos. Parecían venir de todos lados, cruzándose y retorciéndose.

A la luz producida por aquel entrecruzar de hilos luminosos, Cull observó algo. El lado del mueble no estaba abierto como había creído, sino recubierto de una materia transparente parecida al cristal.

Las líneas de luz continuaban entremezclándose, pero algo estaba tomando forma en el interior de la cavidad. Cull se protegió los ojos con la mano y entrecerró los párpados para resistir la cegadora luz. Al primer momento no distinguió más que una masa oscura en el centro de la luz... una forma humana. Por un momento creyó ver un esqueleto de pie ante él; luego los órganos —pulmones, corazón, vísceras— fueron situándose en su lugar correspondiente; después la osamenta se cubrió de músculos, y los músculos de piel. Pero todo ocurrió tan aprisa que Cull no estuvo seguro de haber visto realmente todo aquello. Quizá era víctima de una alucinación debida al vacilante y demasiado intenso destellar de la luz.

Unos instantes más tarde supo que no se trataba de una visión. Un hombre estaba de pie en la cavidad. Cull podía verlo ahora claramente, ya que el resplandor y la luz habían cesado. Ninguna materia vítrea parecía sellar en este momento la entrada de la cavidad.

El hombre era alto y bien proporcionado. Tenía largos cabellos castaños y una barba de la misma tonalidad. Su rostro era el de un hombre joven de unos treinta años, y tenía la agresiva belleza de las aves de presa.

—¡X! —exclamó Cull.



---

Sonriendo, X salió de la cavidad. Miró a su alrededor, parpadeando varias veces, como si acabara de despertarse. Un grito surgió del otro extremo de la sala.

—¡Es X! —gritó Fyodor—. ¡Ya vengo, Maestro!

—Apoyándose contra un mueble, el viejo se propulsó con todas sus fuerzas, con los brazos tendidos para abrazar a X. Pero falló la altura y pasó a unos cincuenta centímetros por encima de la cabeza de X. Lloriqueando y agitando los brazos, planeó a través de la inmensa sala hasta estrellarse contra la pared opuesta. Antes incluso de golpear contra ella, gritó; luego se oyó un choque sordo. Fyodor rebotó en la pared y flotó de vuelta, inconsciente, hacia el lugar de donde había partido. Su rostro y su frente estaban cubiertos de cortes, de donde manaba sangre.

El primer pensamiento de Cull fue acudir en su ayuda. Luego recordó la adoración del viejo por X. Todo lo que él, Cull, pudiera decirle o hacerle a X, traería inevitablemente consigo una intervención de Fyodor: era mejor dejarlo flotar, impotente, en el aire.

—¿Qué puedo hacer por ti, hijo mío? —preguntó X, acercándose a Cull.

—Lo primero que puedes hacer es dejar de llamarme hijo tuyo —dijo Cull irritadamente—. Sé franco. O al menos intenta serlo. Dime la verdad.

—¿Qué es...? —empezó X.

—Sí, ya sé —cortó Cull—. Siempre lo mismo: ¿qué es la verdad? Bueno, hablemos entonces de mí. ¿Qué estoy haciendo aquí? Háblame del lugar donde estamos. ¿Qué es? ¿Por qué existe?

X frunció ligeramente el ceño, luego sonrió de nuevo y empezó:

—Erase una vez un hombre que llevaba una vida virtuosa. Al menos, eso es lo que él creía. Y un hombre es lo que cree ser, ¿no?

»Mientras los resultados de su virtuosa vida se acumulaban a su alrededor, ese hombre se convirtió en un viejo de cabellos blancos y rostro arrugado. Poseía una gran casa, una esposa fiel y sumisa, muchos amigos; estaba repleto de honores; tenía muchos hijos e hijas, y aún muchos más nietos, e incluso algunos bisnietos. Pero, como suele ocurrirles a todos los hombres, vio llegar su última hora y se halló

tendido en su lecho de muerte. Hubiera podido ofrecerse los mejores médicos y los más eficaces medicamentos, pero todo ello...

—¡Ya basta, ya basta! —interrumpió Cull—. Conozco esta historia. La he oído más de cien veces. ¡Ahora escúchame! ¡Ya no quiero oír más tus parábolas ni tus enigmas! Quiero respuestas a mis preguntas. Respuestas sencillas, claras y precisas. Si alguien conoce estas respuestas eres tú. ¡Así que dámelas! —Escrutó a X con una mirada furiosa, cerrando fuertemente su puño libre. Luego su mirada se apagó, sus ojos se desorbitaron, su mandíbula cayó y exclamó—: ¡Pero tú has salido andando de este mueble! ¡No flotas! ¡Te mantienes en pie!

—Cualquiera que tenga fe —dijo X con tono sentencioso— puede andar cuanto quiera mientras los demás flotan.

Cull tuvo que contenerse para no estallar en una risotada histórica.

—¡No quiero ni proverbios ni parábolas! —aulló—. ¡Quiero respuestas a mis preguntas!

—En primer lugar —dijo X—, tienes que aprender a enunciar correctamente tus preguntas. Y para esto, hijo mío, hace falta paciencia, trabajo, sabiduría. También hay que creer...

—¿Crear que existe una respuesta a esas preguntas? —dijo Cull—. Ya te he dicho que no quería palabras de doble sentido. ¡Quiero saber! ¡Inmediatamente!

X tendió la mano en un claro gesto de bendición y dijo:

—Erase una vez un hombre que llevaba una vida virtuosa. Al menos, eso es lo que él creía. Y un hombre es lo que cree ser, ¿no?

»Mientras los resultados de su virtuosa vida se acumulaban a su alrededor, ese hombre...

Lanzando un rabioso grito, Cull se lanzó sobre X.

Mientras hendía el aire, sacó del lazo de hilo telefónico su cuchillo de sílex.

X, sin moverse, prosiguió su relato.

Cull se agarró a él y lo sujetó por el cuello con su brazo. Ambos cayeron al suelo, mientras Cull golpeaba a X con su cuchillo. Chocaron violentamente contra el piso, pero Cull se obligó a no soltar su presa, ya que temía ser arrastrado lejos de X y quedar flotando en el aire. X parecía tener peso, y Cull quería aferrarse a ese peso, mientras seguía clavando rabiosamente su cuchillo en el pecho de su adversario.

La sangre surgió a borbotones de una herida inmediatamente debajo de la barba, y se esparció en una infinidad de gotitas que fueron arrastradas por el aire. X quiso hablar, pero la despiadada presa del brazo que rodeaba su cuello lo asfixiaba.

Cull golpeó más abajo, en la región del plexo solar. La sangre burbujeó en la garganta de X, y luego surgió a chorros de su boca.

Cull tuvo consciencia de oír gritar a alguien. Era Phyllis.

Se apartó de X de un talonazo y planeó por el aire hasta uno de los grandes muebles metálicos, al que se sujetó. Entonces giró la cabeza para mirar a X. Estaba muerto y, al morir, había perdido su peso. Bajo el efecto del empuje que le había dado Cull, flotaba, con el rostro hacia abajo, a pocos centímetros del suelo. Muy pronto su cuerpo golpeó uno de los muebles y quedó allá, completamente inmóvil.

—¡Cállate! —gritó Cull a Phyllis—. ¡Cállate!

Ésta, que se mantenía sujeta a otro mueble, un poco más lejos, dejó de gritar, pero empezó a sollozar. Parecía aterrorizada.

—¡No tengas miedo! —le gritó Cull—. ¡Lo he matado, y no han caído rayos del cielo! ¡Lo he matado, ¿entiendes?! ¡Y puedo hacer aún más! ¡Mira!

Metió otro disco negro en la ranura, e inmediatamente vio brillar, danzar y entrecruzarse las líneas de luz. Luego, paso a paso, vacilando, aparecieron los huesos, los órganos, las venas y las arterias, los músculos. Finalmente, la luz se apagó y se halló en presencia de un nuevo X. O de algo que se parecía exactamente a X.

En el mismo momento en que vio al hombre barbudo salir de la cavidad, Cull metió un tercer disco en la ranura. Luego un cuarto. Al cabo de unos minutos, tres X estaban de pie ante el mueble metálico.

—¡Bueno! —gritó Cull—, ¿por qué no os ofrecéis mutuamente, los tres, la Santísima Trinidad, uno de vuestros discursos? Sería para vosotros una experiencia interesante oíros el mismo cuento que habéis servido en bandeja a tanta gente. Y además podríais responderos los unos a los otros, y yo estaría escuchando para intentar captar el fin de la historia, saber lo que tendría que haber hecho el viejo. ¿A menos que no lo sepáis ni siquiera vosotros?

—¿Qué está ocurriendo? —gritó Phyllis—. ¡No comprendo nada! ¿Qué es lo que haces? ¿De dónde vienen esos hombres?

—¡No lo sé! —gritó él—. ¡Pero voy a saberlo, incluso si para ello debo desollarlos vivos, despedazarlos, arrancarles los nervios uno a uno, extraerles la verdad junto con las entrañas!

Los tres X se giraron para enfrentarse a Cull y dijeron al unísono:

—No será necesario. Voy a decirte ahora lo que sabrás de todos modos dentro de muy poco. Pero no te será permitido transmitir a nadie lo que vas a conocer. No puedes ser profeta aquí, como no podían serlo tampoco aquéllos a los que tú llamas demonios.

Cull comprendió inmediatamente que alguien estaba usando a los tres X como portavoces mecánicos de sus palabras. Y también como receptores.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Dónde estás?

—Al otro lado del casco que forma este mundo, hombre —dijeron con una sola voz los tres X—. Iba a entrar cuando se iluminó una señal de alarma. Busqué la causa, y descubrí que una persona, que manifiestamente no había recibido ninguna

autorización al efecto, estaba usando los discos X. El transmutador alma-cuerpo no produce normalmente tantos X en tan poco tiempo. Es por ello por lo que, sirviéndome del instrumento apropiado, cuyo nombre no significaría nada para ti, me he puesto en contacto con los X.

—Has respondido a la segunda de mis preguntas —dijo Cull—. Pero aún no me has dicho quienes sois.

—¿Y cómo voy a decírtelo? —respondieron los X—. ¿Los inmortales? El calificativo es exacto, pero no nos permitiría distinguirnos de vosotros. ¿Los precursores? Llamarnos así no te daría más que una descripción parcial de nosotros. ¿Los moralistas? Es un título exacto, pero también incompleto. Digamos mejor los salvadores.

—¿Los salvadores? —repitió Cull—. ¿Pero a quiénes salváis? ¿Y de qué modo?

Hubo un largo silencio. Los tres hombres barbudos permanecían de pie, mudos, observando a Cull con una expresión bovinamente triste. Sus brazos colgaban a lo largo de sus cuerpos, y sus miradas parecían contemplar a Cull sin verlo.

Luego, precisamente en el instante en que Cull se preguntaba si sería mejor huir antes de que el pretendido salvador hiciera su aparición, los tres X tomaron la palabra, siempre con una sola voz:

—He luchado contra la tentación de aparecer en persona. No me mostraré ante ti, ya que la visión de mi aspecto te parecería tan horrible que no podrías soportarlo. Y no creas que tu forma sea agradable de ver para mí, físicamente, por supuesto, aunque te siga amando en tanto como ser. Así pues, seguiré hablándote por mediación de estas máquinas.

—¿Máquinas? —repitió Cull.

—Estos autómatas hechos de carne y de metal. Sí, estos agentes son sintéticos. No tienen alma, porque son demasiado sencillos como para estar dotados de la menor inteligencia. Ni siquiera poseen un rudimento de consciencia. Su sistema nervioso está tan desarrollado como el de los verdaderos seres humanos, pero casi no tienen cerebro, en el sentido en que lo entendéis vosotros. Cuando nosotros no controlamos sus actos, son puramente automáticos.

»Pueden andar por el suelo puesto que poseen en sus cuerpos un minúsculo elemento regulador de la gravedad. Si disecaras a uno de los que tienes ante ti, tomarías este elemento por un órgano más.

Cull miraba con aire pensativo al X muerto que flotaba a muy poca altura del suelo.

—No intentes quitarle el elemento a ese cadáver —le dijeron los X—. No podrías utilizarlo más que si estuviera conectado a tu sistema nervioso. Y de todos modos sería destruido por un dispositivo de control a distancia.

De pronto, con una rapidez que hizo sobresaltarse a Cull, dos de los X se elevaron

del suelo y se lanzaron a través del aire hacia la salida que se hallaba en lo alto de la escalera, al otro extremo de la sala. Uno de ellos se detuvo un instante para observar a Fyodor, que seguía flotando inconsciente, y luego reemprendió su vuelo.

—Han partido en busca de otros supervivientes del cataclismo —dijo el tercer X—. Éste se quedará aquí para instruirte acerca de lo que hace tanto tiempo que deseas conocer. De todos modos, temo que no te das cuenta de que serías mucho más feliz en la ignorancia.

Cull se estremeció de nuevo: alguien acababa de tocarle por detrás.

Se giró tan bruscamente que estuvo a punto de perder apoyo y quedar flotando, impotente, por encima de las máquinas. Pero la mano de Phyllis sujetó la suya y lo atrajo hacia la plataforma del mueble a la que estaba sujeta la mujer.

—Perdona que te haya asustado —dijo ella—. Lo he oído todo. De pronto me he sentido muy sola, y he querido estar cerca de ti. ¡Por favor, Cull, tengo tanto miedo!

Cull respiró varias veces profundamente, sintiéndose tranquilizar. Se sentía henchido de amor y piedad hacia Phyllis. Ambos eran dos pobres seres miserablemente pequeños y débiles, que se necesitaban mutuamente más que no importa qué otras criaturas de aquel mundo.

Se giró hacia el hermoso autómatas de aspecto inteligente y, hablando con una audacia bajo la que intentaba disimular su terror, dijo:

—¿Cómo os habéis atrevido a actuar así con respecto a nosotros? ¿Tratarnos como si fuéramos tan autómatas como X? Hace un instante, hablando del alma, decías que los seres pensantes poseían una. Si es así, Phyllis posee un alma y yo otra. Entonces, ¿por qué nos habéis puesto aquí contra nuestra voluntad, sin siquiera tomaros la molestia de explicarnos por qué lo hacíais?

—Tenía que ser así —dijo el X—. En cuanto a las almas... no existen. No al estado natural. Los seres nacen, viven, mueren. Y éste es el fin absoluto. Al menos, lo sería si no interviniéramos nosotros.

»Intentaré ser breve pero claro. No responderé a todas tus preguntas, porque para hacerlo necesitaría una buena parte de la eternidad. Bastará, pues, decirte que mi raza es originaria de un planeta perteneciente a una galaxia a tres distancias temporales de ésta. Nuestra galaxia se ha apagado y desintegrado, y una nueva galaxia ha nacido de las cenizas de aquélla. Luego la segunda también se ha apagado, y ha nacido una tercera.

»Nuestro planeta dio nacimiento, hará unos cincuenta mil millones de vuestros años, a una raza pensante: la mía. Tras haber conocido la civilización durante una decena de miles de vuestros años, adquirimos una tecnología suficiente como para poder poner a punto un alma artificial, un medio científico de asumir la inmortalidad.

»Es horrible pensar que varios miles de millones de seres de mi raza murieron, perdidos para siempre en la noche de los tiempos, antes de que lográramos descubrir

el alma sintética. Esto no parece justo, pero nuestro universo no conoce la justicia. Además, aún no hemos abandonado la esperanza de darles un día un alma a esos desaparecidos. Existen medios de... Pero no voy a entrar en detalles.

»Somos lo que vosotros llamaríais seres eminentemente morales. No nos interesamos tan sólo en nuestra propia especie y en su conservación. Amamos la vida, la consideramos sagrada. Y esto en un universo que parece engendrar y matar a los seres por miles de millones, como si no fueran más que simples subproductos de alguna reacción cósmica...

»Habiendo descubierto el medio de hacerlo, hemos decidido que todo ser dotado de sensibilidad que viva en el universo... sí, incluso nuestros animales familiares... así como un cierto número de representantes de todas las especies existentes, deberían poseer un alma.

Cull levantó los ojos hacia Fyodor, esperando verle recuperar el conocimiento. El pequeño eslavo quería de tal manera saber, creía tan firmemente en lo sobrenatural, tenía una tal fe en su X... No, de hecho, era mejor que permaneciera inconsciente. Ya que el final de la historia no era en absoluto el que él hubiera deseado. Descubrir que aquel X al que tanto reverenciaba no era más que un ensamblaje de carne y metal desprovisto de cerebro hubiera constituido una penosa decepción para él.

—He empleado la palabra «alma» —dijo el X—. Pero ¿qué es el alma? ¿Una partícula? ¿Una onda? No, su naturaleza no es electromagnética; es una forma de energía cuya existencia ni siquiera sospechan los de tu raza. Cuando la conozcan, serán capaces de crear almas. Pero su trabajo no será más que una nueva versión del nuestro, y su utilidad será nula.

»Demos al alma el nombre de “quantum”, y a los aparatos que producen y transmiten las almas el de “generadores de quanta”. Hemos construido estos generadores, los hemos hecho indestructibles, y los hemos instalado en numerosos puntos del universo. Así, incluso si algunos de ellos llegaran a ser destruidos, otros estarían en disposición de proseguir su trabajo.

»Estos generadores transmiten constantemente quanta, cuya velocidad no se limita a la de la luz, puesto que dan la vuelta completa al universo en menos de una hora terrestre. Llenan el universo, de modo que ningún ser dotado de sensibilidad puede nacer sin encontrar alguno en el momento requerido.

»Cada quantum está provisto de un elemento que le permite “aferrarse” al interior de un ser recién formado, un bebé aún en el seno materno. Detiene su actividad tan pronto como entra en contacto con este ser, y permanece en él durante todo el transcurso de su vida.

»Una vez se ha “aferrado”, ninguna otra alma-quantum puede penetrar en este ser. Teóricamente al menos, ya que a veces ocurre por accidente que más de un quantum se aferra al mismo ser, lo cual explica algunos tipos de esquizofrenia.

»Tan pronto se halla aferrado a un cuerpo, el quantum empieza a registrar todo lo que concierne a éste: la evolución de las moléculas y las células, las modificaciones que se producen en la energía electroquímica, los influjos nerviosos... en una palabra, todo.

»Acumula provisionalmente estos registros a medida que se efectúan, y luego los elimina para reemplazarlos por otros. Y así constantemente, hasta que el ser sufre la muerte física seguida de la inevitable descomposición.

»El registro definitivo es la suma de todos los que se han ido acumulando de modo permanente en el quantum. La descomposición lo libera. Hinchado con los registros del ser que acaba de morir, el quantum parte de nuevo a toda velocidad a través del universo. Finalmente, es detectado por nuestros receptores de almas y capturado. Cuando es atrapado, sus registros son “pasados” por un aparato análogo a éste en el que tú has introducido los discos negros.

»El alma, desde todos los puntos de vista, es ahora el individuo tal como era en el momento de su muerte; alberga en su interior todo lo que constituye su esencia.

»Cuando lo deseamos, podemos insertar el disco en lo que podríamos llamar una máquina de resucitar. Esta reproduce entonces, de acuerdo con los datos proporcionados por el disco, el protoplasma del cuerpo, así como todo lo que constituía el individuo.

»Así pues, como puedes ver, existe realmente una vida después de la muerte, Y ésta no nos es dada por medios sobrenaturales, como esperaban los primitivos, sino por mediación de la ciencia y de los científicos.

Cull y Phyllis permanecieron unos instantes silenciosos. Luego, Cull, con voz ronca, como si hubiera recibido un fuerte golpe en pleno cráneo, balbuceó:

—Entonces... yo no he sido resucitado... Éste no es mi verdadero yo... Eso que soy ahora no es más que un registro encarnado bajo una forma semejante a la que era antes la mía...

—No formules juicios erróneos —dijo el X—. El alma-quantum es tanto tú mismo como la piel que le crece a uno después de haber caído. Es mucho más que una excrecencia provisionalmente aferrada a ti. ¿Pretendes decir que un alma creada sobrenaturalmente e introducida en tu cuerpo no sería tú? Entonces, ¿por qué decir que un alma creada científicamente no lo es? Si recibieras un golpe que te hiciera perder el conocimiento, ¿dirías, al volver en ti, que no eres el mismo individuo? El alma-quantum es y continúa siendo tú mismo. La muerte de tu cuerpo no es más que un estado temporal, un sueño. Tu ser, al abandonar su estructura física, se convierte en inmaterial, para recuperar inmediatamente después su apariencia física. Pero esto no es más que un paso intermedio: tu yo permanece.

Cull no dijo nada. Tenía tantas preguntas que hacer que no sabía por cuál comenzar. Pero Phyllis tomó la palabra en su lugar para preguntar, con una voz

temblorosa y excesivamente aguda:

—¿Qué es lo que está ocurriendo ahora? ¿Por qué estamos a punto de ser aniquilados? Quiero decir, ¿por qué estos seísmos, este cataclismo, esta masacre de tantos y tantos de nosotros?

—Porque... —el X se interrumpió, y giró ligeramente la cabeza hacia un lado para mirar hacia la entrada situada en lo alto de la escalera. Cull, siguiendo la dirección de su mirada, vio a un demonio que flotaba en la abertura. Su piel era escarlata, y cuatro delgados cuernos en espiral partían de la parte alta de su calva cabeza. A modo de brazos tenía dos largas alas de murciélago. Una cola surgía de su parte trasera, como una pequeña alita de cuero sostenida por dos membranas cartilaginosas—. Aquí hay alguien que va a responder a vuestras preguntas —dijo el X—. Ha sido relevado de su obligación de guardar silencio en lo que concierne a vosotros. Ahora os reconoce como uno de los suyos.



---

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cull con voz ronca.

Sin responder, el X tomó impulso y se dirigió flotando hacia el demonio. Éste se apartó con un golpe de alas para dejarle salir por la puerta. Luego avanzó hacia Cull y Phyllis, extendiendo lentamente sus alas, haciéndolas girar como hélices y empujando el aire hacia atrás. Cuando llegó junto a ellos, frenó accionando las alas en sentido contrario y se detuvo a algunos centímetros de los dos seres humanos. Pese al estremecimiento que había sentido al contemplar irse a X, Cull no pudo dejar de admirar el perfecto dominio de sí mismo de aquella criatura: era tan difícil volar en un medio privado de gravedad.

El demonio esbozó una sonrisa que puso al descubierto sus largos dientes y dijo:

—¡Bienvenido, hermano! ¡Y bienvenida tú también, hermana!

—¿Qué quieres decir? —murmuró Cull—. ¿Por qué hermanos?

El demonio no respondió inmediatamente. Echó una ojeada a su alrededor y, al cabo de unos instantes, preguntó:

—¿Habéis notado el calor que hace bruscamente aquí? Los generadores se están fundiendo. Los Inmortales destruyen su instalación. Será mejor que salgamos de aquí antes de asarnos. Me gusta el calor, pero no hasta este punto.

Cull comprendió que, por primera vez, al menos por lo que sabía, un demonio acababa de decir la verdad. Un calor sofocante reinaba en la sala, y esta elevación de la temperatura tenía su origen en los muebles metálicos.

—Están fundiéndose —repitió el demonio.

Voló hacia Cull dando un giro, de tal modo que le ofreciera la parte posterior de su cuerpo.

—Sujetaos ambos a mi cola —dijo—. Os sacaré afuera y, de paso, recogeremos a vuestro amigo inconsciente.

Unos minutos más tarde, aquel extraño convoy de tres seres humanos con un demonio por locomotora volaba fuera de la sala para introducirse en el túnel. Muy pronto se hallaron en el vacío, fuera de la redondeada masa que giraba en el aire, alejándose de ella.

—De momento no vamos a tener techo sobre nuestras cabezas durante un cierto tiempo —dijo el demonio alegremente—. Pero cuando los Inmortales hayan reunido todos esos restos para formar nuevas masas que giren según ejes de rotación muy definidos, entonces nos instalaremos en una de ellas. Y podremos emprender el trabajo al que vamos a ser destinados.

—¿Nosotros? —dijo Cull, sorprendido—. ¿Quieres explicarte... hermano?

—¿Qué sabéis exactamente? —preguntó el demonio.

Cull le dijo lo que el X les había explicado. El demonio se echó a reír.

—Así pues, ahora sabéis por qué no podíamos deciros la verdad. Como tampoco podréis decírsela vosotros a vuestros sucesores.

—¿Nuestros sucesores?

—Sí... los que van a empezar a repoblar esta esfera. Es una especie que hasta ahora evolucionó en una esfera exactamente igual a ésta, sólo que era natural y no artificial. Giraba tan sólo lo suficiente como para producir una fuerza centrífuga equivalente a un quinceavo aproximadamente de la de vuestra Tierra.

»La forma de los seres de esta especie es muy distinta a la nuestra. No tienen alas; avanzan aspirando el aire por un orificio y expulsándolo vigorosamente a través de un tubo cartilaginoso. Se desplazan hacia atrás, y no teniendo necesidad de miembros óseos para servir de palancas contra la gravedad, poseen tan sólo tentáculos. Ya los encontraréis en su momento, y os parecerán tan monstruosos como os lo parecemos nosotros, los demonios.

—Pero... pero el X no ha respondido a mi pregunta —dijo Phyllis—. Le pregunté por qué nuestro mundo había cambiado tan bruscamente, por qué tantos de nosotros habían sido muertos y el resto abandonado a su suerte.

—Porque lo que le ocurrió hace ya mucho tiempo a nuestro planeta le ha ocurrido ahora a vuestra Tierra. A causa de algún agente que desconozco... quizás una guerra atómica o biológica, o una explosión del sol, o... no lo sé. Los de mi raza fueron exterminados esterilizándose a sí mismos por el empleo abusivo de productos químicos destinados a destruir los insectos dañinos. Cuando se dieron cuenta de lo que estaba haciendo, ya era demasiado tarde.

»De hecho, ni siquiera los Inmortales llegaron a darse cuenta de lo que ocurría. De otro modo, ni yo ni mis semejantes hubiéramos sido abandonados a nuestra suerte.

Calló un instante, recuperando el aliento antes de proseguir:

—Los Inmortales poseen una gran sabiduría, pero no son infalibles. Nosotros somos la prueba de ello. Calcularon mal el número de los que debían nacer, y nosotros somos los desgraciados que constituyen el excedente.

—No comprendo nada —murmuró Cull—. ¿Qué quieres decir con esto? ¿Dejados a vuestra suerte? ¿Los que debían nacer? ¿El excedente?

El demonio lanzó una estruendosa carcajada, que le sacudió de tal manera que su cohorte se vio agitada en todos sentidos. Cull apretó fuertemente los puños. Hubiera deseado matarle, y su impotencia lo ponía frenético.

—Perdonad —dijo el demonio—. No debería haberme reído. Aún recuerdo, pese al tiempo transcurrido, lo que sentí cuando supe la verdad. Aunque ahora ya me haya acostumbrado, al principio me fue difícil soportar la idea de que yo era una víctima de las estadísticas... uno de los que constituían el inevitable excedente.

»Hermano, voy a decirte algo que te va a asombrar, y que va a hacer de ti lo mismo que hizo en su momento de mí, es decir, una criatura realmente demoníaca.

»Después de oír lo que el Inmortal os ha dicho, has creído que habías vivido antes en la Tierra y que allí habías muerto. Y que este mundo era la continuación de la vida que os había sido preparada por los Inmortales; un paraíso o un infierno de una naturaleza insólita... por no emplear otra palabra.

»Pero te equivocas si piensas así. ¡Porque ninguno de vosotros ha nacido todavía!

Phyllis lanzó un grito, pero no eran las palabras del demonio las que lo habían provocado.

—¡Oh, Jack! —exclamó—. Fyodor acaba de morir. Ha abierto los ojos y me ha mirado; luego ha lanzado un suspiro y ha preguntado dónde estaba. Antes de que tuviera tiempo de responderle, ha muerto.

Sin girarse, Cull dijo:

—Suéltalo, Phyllis. El pertenece a los afortunados.

—Tienes razón, hermano —dijo el demonio—. Es afortunado, como lo seréis vosotros si sois muertos o tenéis el valor de mataros por vuestras propias manos. Entonces vuestra alma, será enviada a través del universo. Pero no llevaréis a cabo vuestro destino natural. Los de vuestra raza están muertos, así que deberéis aferraros a un individuo de alguna especie distinta a la vuestra. Y vuestro destino será no sentirnos nunca en vuestra casa, ser siempre unos extranjeros.

—¿Qué maldita cosa nos estás contando? —aulló Cull.

—Cálmate y escúchame. Los Inmortales no se han contentado con una aproximación. Habiendo inventado el alma artificial, de modo que todos los seres pensantes pueden llegar a ser, como ellos, inmortales, idearon el instaurar un condicionamiento prenatal. ¿Por qué, se dijeron, no edificar un mundo prenatal? ¿Dar al alma un cuerpo semejante al futuro cuerpo, aún no nacido, al cual deberá aferrarse más tarde en su planeta natural? ¿Y por qué no darle al cerebro unos recuerdos sintéticos, de modo que crea haber ya existido? ¿E intentar insuflarle una moral antes del nacimiento?

»La idea de los Inmortales era que este ser, llamado a llevar en la Tierra una existencia difícil, tendría problemas en actuar según las leyes de la moral tal como los Inmortales y muchos seres humanos las conciben. Pero las reglas de la moral que se

le insuflarían antes de su nacimiento le permitirían obedecer a una especie de reflejo condicionado anterior a su existencia terrestre.

»El ser en cuestión viviría durante un cierto tiempo en este mundo prenatal. Aquí, diversos X, a través de sus sermones, le inculcarían las líneas de conducta de su futura vida. Esta base moral quedaría grabada, por supuesto, en su subconsciente. El alma expedida a través del universo para aferrarse a un cuerpo terrestre no guardaría ningún recuerdo consciente de su vida preterrestre. Pero tendría una tendencia inconsciente a actuar según las reglas de esta moral.

»Para hablar como lo hacen vuestros moralistas occidentales, digamos que la humanidad está condenada a perder la gracia. Pero, a causa de la simiente plantada en ella en el transcurso de su vida anterior, el hombre puede elevarse, renacer bajo la forma de un ser moral.

»No me preguntes lo que le ocurre a un hombre que muere después de haber vivido en la Tierra. Los Inmortales han previsto para él otro mundo, pero yo no lo conoceré ni en este mundo ni en el siguiente. Cull intentaba desesperadamente poner orden en sus pensamientos.

—Pero —preguntó—, ¿qué me impediría a mí aferrarme a un cuerpo de otra raza? ¿A un chino adepto de Confucio? ¿A un africano adorador de ídolos? Y, además, ¿por qué debería terminar mi trayecto en la Tierra? Si es realmente el azar el que decide mi futuro destino, ¿por qué no podría «aferrarme» a cualquier cosa que viva en un planeta a millones de años-luz de la Tierra?

—En primer lugar, porque tu alma será... o al menos debería haber sido, liberada en las proximidades de la Tierra, y enviada hacia ella. Quizá te hubieras convertido en un hindú. ¿Y? No por ello habrías sentido con menor intensidad el deseo inconsciente de ser bueno, de actuar según las leyes de la moral, en una palabra de obedecer a la regla de oro... fuera cual fuese el dios al que adorases, fueran cuales fuesen los tabúes que te fueran impuestos por tu raza y cultura.

Cull giró los ojos hacia Phyllis. Ella lo estaba mirando con aire alucinado, como si hubiera recibido un shock. Su piel era de un blanco azulado, sus ojos tenían un aspecto vidrioso. Tras ella flotaban los despojos, lejos ya en la distancia, de Fyodor.

Si Fyodor hubiera estado consciente y hubiera oído todo esto, se dijo Cull, habría negado la razón de existir de este mundo. Hubiera dicho que los Inmortales eran ateos y blasfemos; que no tenían fe en Dios, y que era por ello por lo que intentaban suplantarle realizando su obra. Pero que era un trabajo superfluo, ya que el Creador había labrado ya las almas a su imagen y semejanza. Y que crear una multitud de salvadores, de modo que estuvieran seguros de que al menos uno de ellos llegaría a la Tierra, era, por parte de aquellos ateos, un acto aún más chocante.

Fyodor hubiera rechazado todo lo que sostenían y hacían los Inmortales. A sus ojos ellos serían los verdaderos demonios, los padres de la mentira.

—Pero —dijo Cull en voz alta—, si realmente vivimos una especie de existencia preterrestre, ¿cómo saben los Inmortales qué recuerdos proporcionarnos? ¿Cómo conocen la forma que tomará la vida en la Tierra?

—¡Oh! —dijo el demonio—, llevan varios decenios de adelanto sobre la población de la Tierra, Proporcionan sus almas más aprisa de lo que el hombre puede procrear. Y, por supuesto, están al corriente en todo lo que concierne a la cultura y la lengua de cada pueblo.

»Así, por ejemplo, tú y esta mujer estabais inscritos probablemente para pasar unos cincuenta años terrestres en el interior de esta esfera. Si erais muertos antes de que hubiera transcurrido este tiempo, hubierais sido resucitados tantas veces como hubiera sido necesario. Luego, una vez hecho aparentemente su efecto el condicionamiento, hubierais sido “grabados” y liberados como otros tantos “quanta”... si éste es el término que preferís emplear.

»Pero puede producirse lo imprevisto... incluso para los Inmortales. La humanidad ha llegado a su fin en la Tierra, del mismo modo que pasó con mi propia raza. Es así como fui abandonado aquí como un excedente. Y los terrestres que me hallaron a su llegada me llamaron demonio. Al igual que la nueva especie que va a venir para ocupar vuestro lugar os clasificará en la categoría de los demonios.

»¿Comprendéis? El recuerdo inconsciente que el alma-quantum lleva a la Tierra es más que una simple aspiración a la moralidad: está hecho también de reminiscencias de demonios, gigantes, inquietantes bestias antropomórficas... Éste es precisamente el origen de la mitología y de los distintos diablos y arquetipos de algunas religiones.

—Pero —exclamó Cull—, si esto es cierto..., y todavía no estoy seguro de que no busques simplemente atormentarnos... si esto es cierto, repito, ¿por qué no te matas para librarte de este infierno?

—Porque mi cuerpo es un cuerpo físico —respondió el demonio—. Sus células quieren sobrevivir. No puedo decidirme a suicidarme. Todavía no, al menos; no antes de sentir absolutamente su necesidad. Quizá tú seas capaz de matarte. Pero lo dudo. Has sobrevivido a todo esto, te has endurecido. Quieres sobrevivir.

»Todo lo que te he dicho y has podido ver por ti mismo no conseguirá convencerte de que existe otra vida. Incluso yo mismo aún no estoy totalmente convencido de ello. Quiero vivir en el mundo que conozco. Así pues, hermano, vamos a vivir alegremente, juntos, nuestro infierno. Haremos fracasar los designios de los Inmortales volviéndonos más y más viles, viciosos, cínicos y sádicos. Y, cuando llegue el momento de nuestra muerte, nos habremos establecido de tal modo en esta vía que miles de ciclos de nacimientos y renacimientos no conseguirán devolvernos al recto camino.

—Pero —protestó Cull— quizá tampoco los Inmortales te hayan dicho la verdad.

O tal vez seas tú quien está mintiendo y...

—¡Vete al diablo, hermano! —gritó el demonio, dando un violento talonazo a la mano de Cull para hacerse soltar su presa y liberarse. Y echó a volar aleteando furiosamente, dejando a Cull y a Phyllis suspendidos en el vacío crepuscular.



---

Y ahora flotaban enlazados el uno al otro, contemplando derivar a su alrededor los despojos de un mundo. Phyllis lloraba suavemente. Cull la mantenía apretada contra él, palmeándole la espalda o acariciándole los cabellos. Pero no pensaba en ella. Se decía que el viento iba a arrastrarles, pero ¿en qué dirección?

En las proximidades de la pared de la esfera, según había calculado antes, se había formado una zona de altas presiones. El aire más caliente en el centro de la esfera constituía una zona de bajas presiones. El aire frío a alta presión, desplazándose hacia el centro en dirección a la región del aire caliente a baja presión, producía el viento.

Lo cual significaba que Cull y Phyllis no serían arrastrados hacia la pared cubierta de hielo y rodeada de bruma, sino por el contrario hacia el interior, al lado del sol. ¿Pero qué remolinos causarían, en el interior de aquella esfera perfecta, unos vientos soplando con una fuerza igual desde cada centímetro cuadrado de su superficie y desplazándose hacia el interior? Si lo que habían dicho los Inmortales era cierto, esto imprimiría a la esfera un ligero movimiento de rotación. El aire tendría una densidad, al igual que todos los objetos que flotaban en aquellos momentos. Cull y Phyllis tendrían tendencia a derivar hacia la pared. De todos modos, los vientos soplando hacia el interior serían lo suficientemente fuertes como para arrastrarles en sentido inverso.

Un gran torbellino de aire se formaría cerca del centro. ¿Serían ambos presa de aquel torbellino, viéndose reducidos a girar impotentemente por tiempo indefinido? Los conocimientos meteorológicos de Cull no eran suficientes para permitirle decidirse.

Si morían de inanición o como consecuencia de una colisión con algún resto, sus almas —o quanta— serían liberadas y luego detectadas por los receptores de los Inmortales. Éstos las tratarían como hacían con las demás almas que recuperaban, e inmediatamente después las soltarían. Empezarían su peregrinaje por el cosmos, rebotando por los cuatro confines del universo, para terminar su viaje allá donde el azar los condujera. Cull y Phyllis se verían separados para siempre. Cull sería

capturado por algún ser cuyo aspecto y estructura nerviosa atrajeran su alma. Phyllis también, pero tal vez en otra región del universo, a millones de años-luz de donde se hallara Cull.

Y renacería, pero esta vez en un cuerpo no humano, aunque tendría que tener una cierta apariencia humanoide para poder capturar su alma-quantum. Y su destino original sería anulado. Jamás conocería el planeta Tierra. Los recuerdos que guardaría de él, incluso si su futuro ser estaba en situación de evocarlos, serían falsos. Pero, de hecho, no tendría ningún recuerdo. En cierto modo era un alivio: no recordaría nada. Incluso si, por alguna casualidad, él y Phyllis renacían en un mismo planeta, incluso en un mismo seno, como gemelos, ninguno de los dos reconocería al otro.

Pero quizá tuvieran extraños sueños, quizá su subconsciente tuviera, durante el sueño, la visión fugitiva de objetos vagamente familiares. Si efectivamente se encontraban, ¿experimentarían una inexplicable afinidad el uno hacia el otro? Y lo que habían aprendido a conocer con respecto al bien y al mal en aquel mundo, ¿los influenciaría en el otro?

Cull lo ignoraba.

Había muchas preguntas que no había tenido tiempo de considerar. Por ejemplo, ¿por qué X llevaba siempre gafas oscuras? O también, ¿cuál era el origen y el destino de los ídolos que sus compañeros y él habían descubierto en el túnel?

Quizá el rumor que corría con respecto a las gafas oscuras estaba más próximo a la verdad de lo que él hubiera supuesto nunca. En efecto, algunos pretendían que X llevaba sus gafas para disimular y atenuar el excesivamente potente destello de divinidad que brillaba en sus ojos. Era falso, por supuesto; pero era posible que X se sirviera de las gafas para crear a su alrededor un aura de respetuoso temor. Aquéllos que lo miraban imaginaban el terrible y ardiente brillo de sus ojos tras los cristales oscuros.

En cuanto a los ídolos, también tenían su historia. Se decía que antiguamente, cuando los demonios formaban mayoría, habían impuesto su culto a los seres humanos bajo la forma de aquellos ídolos. Posteriormente, cuando los hombres alcanzaron un número suficiente para derrocar a los demonios, habían destruido los ídolos.

Quizá los demonios habían conseguido ocultar algunos con el fin de sacarlos de nuevo a la luz cuando otro cataclismo diezmará a la humanidad hasta tal punto que les permitiera a ellos, los demonios, volver a instaurar sus leyes y su religión.

Desgraciadamente para ellos, los demonios también habían sido diezmados.

Cull abrió la boca para participar a Phyllis sus pensamientos, pero se dio cuenta de que no podía decir nada. Las palabras se negaban a surgir de sus labios. El silencio impuesto por los Inmortales debía extenderse a los seres de una misma esencia, a los otros... «demonios».

Ella le miró a través de sus lágrimas y preguntó:

—¿Qué ibas a decir, Jack?

—Te quiero —dijo él. Y la besó.

Más tarde, mirando por encima del hombro de Phyllis, pensó con qué facilidad habían acudido a su boca aquellas palabras. Había hablado en parte para calmar el terror de la mujer y hacerle sentir una protección, una seguridad. Pero aquel deseo de tranquilizarla, ¿no significaba acaso que la amaba? ¿Con un amor fundado no solamente en la atracción sexual, sino también en el hecho de que ella era —como él— un ser humano?

—He aquí otra alma en pena que viene hacia nosotros —dijo.

Phyllis se giró en sus brazos para mirar en la dirección señalada por él.

Al hacer esto, imprimió a los dos un movimiento de rotación más rápido. Mientras giraban sobre sí mismos, vieron al recién llegado aumentar de tamaño a medida que se aproximaba, y muy pronto pudieron distinguir todos los detalles de su cuerpo.

Era un cuerpo largo en forma de tubo, de color amarronado y amarillo. Provisto en uno de sus extremos de seis delgados tentáculos parecidos a aletas caudales y en el otro de una cresta de piel en forma de dientes de sierra. Estaba provisto a cada lado de su cuerpo de un grueso pedúnculo con ojos hundidos en sus correspondientes órbitas. Al extremo del cuerpo que apuntaba hacia Cull y Phyllis había un orificio orlado con dos gruesos labios color púrpura que se abrían y cerraban. Cull pensó que debían ser válvulas para el tubo de aire comprimido del que parecía servirse la extraña criatura para impulsarse, como un aparato a reacción, por la atmósfera.

El recién llegado dio un giro, primero prudentemente, alrededor de los dos seres humanos, y luego, decidiendo en apariencia que no podían causarle ningún daño, avanzó hacia ellos y rozó el hombro de Phyllis con el extremo de uno de sus tentáculos.

Phyllis gritó.

La extraña criatura gritó a su vez, y se alejó a toda velocidad.

—Volverá —dijo Cull—. Y tarde o temprano nos convertiremos en sus esclavos, al igual que los demonios se convirtieron en los nuestros.

Intentó comunicarle a Phyllis lo que pensaba, pero sintió pesar nuevamente sobre él la obligación del silencio.

Ahora comprendo lo que sentían los demonios, se dijo. Quisiera hacerles saber a esas pobres criaturas que los actos que cometen aquí influirán en su vida en otro mundo. Pero me doy cuenta de que es imposible. Entonces me irritaré al darme cuenta de que no ven lo que para mí es tan evidente. Les odiaré por ser tan ciegos, tan obcecados. Y, deseando verles hacer lo que es justo, les detestaré por mostrarse egoístas, crueles, indiferentes, arrogantes o mezquinos. Los odiaré pero, al mismo

tiempo, les amaré.

Y ellos me preguntarán: «¿Cuál es la verdad?». Y yo no podré decírsela, porque ellos la conocen ya.

∞



PHILIP JOSÉ FARMER Escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía nacido en North Terre Haute, Indiana, el 26 de enero de 1918 y fallecido en Peoria, Illinois, el 25 de febrero de 2009. Es uno de los autores de género fantástico más importantes del siglo xx y su denominada Edad de Oro de la Ciencia Ficción. Algunas de sus novelas recogen a personajes históricos o incluso a personajes ficticios de otros autores. Así, en su obra aparecen un supuesto hijo de Dorothy (de *El mago de Oz*), Phileas Fogg (de *La vuelta al mundo en ochenta días*), Tarzán, Doc Savage, Sherlock Holmes o Hermann Göring. Este último aparece en la más aclamada serie de Farmer, la serie *Mundo del Río*, protagonizada por sir Richard Francis Burton (un explorador y orientalista británico del siglo xix al que se deben las primeras traducciones completas al inglés de el *Kamasutra* y *Las mil y una noches*) y en la que también aparece Alice, personaje central de *Alicia en el País de las Maravillas*. La primera novela de esta serie, *A vuestros cuerpos dispersos* (*To your scattered bodies go*, 1971) se considera la más importante de sus obras y uno de los títulos míticos del género fantástico, y fue merecedora del premio «Hugo» (el más importante del mundo de género fantástico) en 1972.